

Reinaldo Sapag Chain

Mi Amigo, el Cardenal

Segunda Parte



107519

Diseño de portada ,

diagramación y composición: Claudio Sapag Puelma

Digitación: Juanita Muñoz

Primera edición

Inscripción N° 166825

Con las debidas licencias

I.S.B.N. 978-956-7119-31-8

© Mi Amigo, el Cardenal, Segunda Parte

©Ediciones Copygraph Ltda.

Rafael Cañas 270, Providencia

Fono: 4820200

Correo: editorialcopygraph@gmail.com

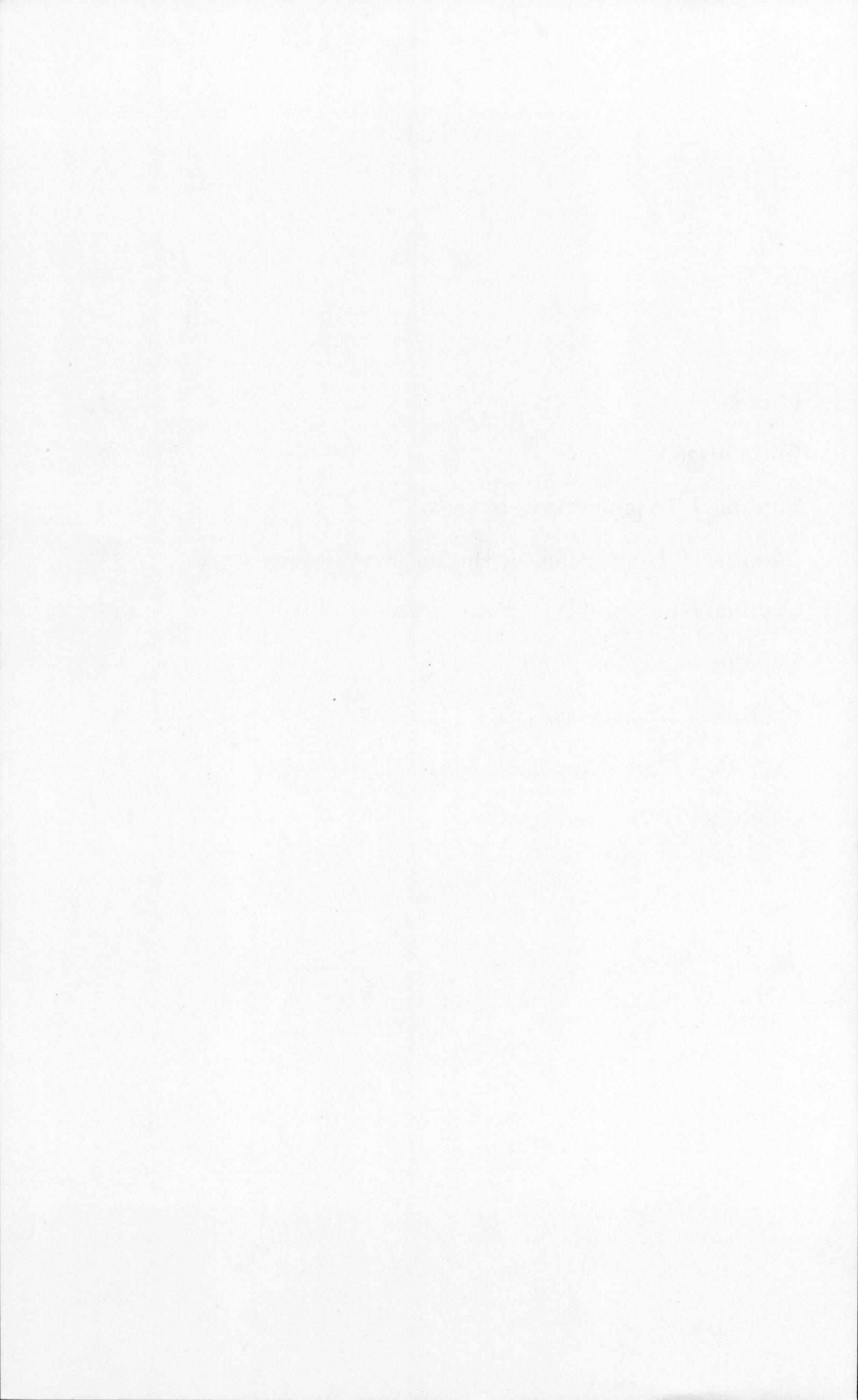
Santiago, Chile

Impresor: Alfabetá

Se terminó de imprimir en diciembre de 2007

ÍNDICE

Liminar	7
Introducción	9
Capítulo I La presencia de un santo	14
Capítulo II La Academia de Humanismo Cristiano	23
Capítulo III El conflicto con Argentina	45
Capítulo IV El Papa Wojtyla	64
Capítulo V La curia vaticana	81
Capítulo VI Las Memorias de don Raúl	99
Capítulo VII Ven dulce muerte	119



L IMINAR

¡Qué cariño y admiración más grande tuvo y sigue teniendo Reinaldo Sapag por su amigo el Cardenal! No sólo lo acompañó de muy cerca por 28 años y hasta su muerte, sino que después de ella lo ha recordado con muchas publicaciones y celebraciones. No se ha contentado con un primer volumen de recuerdos de “Mi amigo el Cardenal” sino que ahora vuelve a cantar su alegría de haber estado junto a Don Raúl en momentos de mayor intimidad todavía. Y me pide a mí una nota de presentación, no teniendo más título – y también de orgullo – de haber sido su Obispo Auxiliar durante diez años, los más duros ciertamente de su ministerio pastoral en Santiago.

Desde no tan cerca puedo sin embargo satisfacer a “Mi amigo Reinaldo” dando fe de la constancia y dedicación con que él le colaboró en tantos proyectos que ideaba el Cardenal. Y como sus ideas requerían recursos, Reinaldo economista exitoso le venía de perillas para armar y ejecutar nuevas obras de apoyo a su servicio pastoral. Nos cuenta Reinaldo que ese estilo de Don Raúl le atrajo ciertas críticas hasta en la Santa Sede. Creo que no podían comprender, por ejemplo, la creación oportuna de la Academia de Humanismo Cristiano, que permitió que se quedaran en Chile muchos académicos expulsados de la Universidad Católica y de las otras, por no haberse convertido a la ideología que la dictadura quería imponer en Chile, habiendo proclamado que querían restaurar una verdadera libertad.

Reinaldo Sapag y Jorge Awad, economistas que contaban con la confianza del Gran Canciller, fueron expulsados de los cargos que ejercían en la Universidad Católica y Don Raúl, en momentos en que perdió la esperanza de entenderse con el gobierno

militar – como tantos otros prelados chilenos y romanos – lejos de mirar para otro lado, renunció a ejercer su cargo como protesta por este atropello. Reinaldo quedó por eso impresionado por este acto de fidelidad hacia un funcionario en quien tenía confianza y se amarró casi con voto religioso a servir al Cardenal. Servicio pronto convertido en creciente amistad. Reinaldo quiere contarnos en este segundo tomo cómo fue descubriendo las virtudes pastorales del Cardenal, más allá de sus habilidades de “manager y empresario”. Lo admira no sólo como su amigo sino como su pastor virtuoso, que lo ha llevado a un más profundo encuentro personal con Cristo.

+ Jorge Hourton, Obispo Auxiliar Emérito de Santiago

INTRODUCCIÓN

En un viaje a Europa que hicimos con mi esposa Sylvia, y nuestra hija Verónica, el año 1995, comencé a redactar un anecdotario de mis vivencias con el Cardenal Raúl Silva Henríquez. Posteriormente decidí publicar esos escritos, los que tuvieron muy buena acogida por el público, puesto que durante doce semanas el libro se mantuvo en los ranking de mayor éxito del país. Lo titulé “Mi amigo el Cardenal”. Con seguridad que este éxito se debió a la figura del Cardenal Silva descrita por primera vez en un ambiente familiar y humano, desconocido para el común de los chilenos.

Ese libro representó para mi la necesidad del alma de compartir con otros, con lectores anónimos, mi amistad privilegiada con un hombre maravilloso, con un hombre santo al que aprendí a amar, a respetar, a admirar y a compartir vida, mucha vida durante muchos años.

Recuerdo que en ese viaje, apenas llegado a Madrid, pasé por una librería y adquirí un cuaderno de 100 hojas y sin saber qué resultaría comencé a escribir y a escribir. Las frases salían con fuerza y seguridad. Mi mano escribía con vertiginosidad los relatos que intentaban expresar mis sentimientos y vivencias junto a mi amigo el Cardenal.

Poco antes del viaje, el Cardenal había estado gravísimo. Se le había declarado una neumonía que lo mantuvo al borde de la muerte. Cuando me despedí de él, estaba convaleciente, había mostrado una mejoría, pero nadie era capaz de asegurar si lograría recuperarse, por lo que partí con la incertidumbre que quizás esa fuera la última vez que lo vería. No fue así y don Raúl pudo sortear satisfactoriamente su grave enfermedad.

Ahora, con el pasar del tiempo, pienso que mis ansias incontrolables de escribir y escribir en esos momentos, se debían principalmente a la angustia que sentía de que mi amigo no se restableciera y que en Europa recibiría la amarga y triste noticia que se había ido donde Jesús, donde el Padre a quien don Raúl tanto amó. Probablemente una de las maneras más directas que encontré para estar con él, para que me acompañara en mi viaje, fue justamente ir recordando nuestra vida en común, plasmándola en ese escrito, donde más que escribir sobre el Cardenal, lo hice en relación a las vivencias comunes en donde él, yo y mi familia compartimos vida, anécdotas, historias, conversaciones, gustos, sueños, esperanzas, alegrías, llantos, frustraciones y tristezas, pero principalmente afecto, cariño y amistad. En suma, la vida, regalo de Dios a todas sus criaturas

¿Qué hizo que se produjera una relación tan querida, tan limpia, tan afectiva, tan transparente entre don Raúl y yo? No lo sé. La verdad es que me sorprende por ello, puesto que dadas mis múltiples limitaciones personales, muchas veces he sentido la reprobación a mis actos o muestras de desconfianza respecto a mi proceder, poniendo dudas acerca de mis rectas intenciones. Incluso en este afán mío de dar a conocer mi amistad con don Raúl he recibido muchas incomprendiones, descalificaciones y exclusiones. Sin embargo, cuando recorro mi relación de amistad con don Raúl durante 28 años, puedo decir que nunca hubo ningún momento de angustia, de incomprendión o de ver las cosas de diferente manera. No he encontrado ningún hecho en donde nuestra relación no fuera día a día ganando espacios, siendo cada vez más y más necesaria, más y más compartida, más y más imprescindible. Para él y para mí, pero también para con mi familia; en especial para Sylvia.

Debo confesar que don Raúl con su valentía y coraje, poniendo la palabra de Jesús y su fidelidad al Evangelio como su tesoro máspreciado, lograron cautivar me definitivamente. Además me permitió mirar a la Iglesia y a sus pastores de otra forma, puesto que hasta ese momento, en mi juventud de los 30 años, cuando me sentía capaz de cambiar el mundo, observaba con decepción la actitud de algunos obispos y algunos sacerdotes. Don Raúl, con su ejemplo de vida y su amor a la Iglesia, me hizo también quererla y admirarla

con sus luces y sus sombras, me mostró que yo también soy Iglesia y que mi deber es sentirme auténticamente parte de ella, siguiendo con pasión el mensaje de Jesús y sus mandatos. Con su acción de vida me enseñó, sin decírmelo, que debía mirarlo a Él, a Jesús.

Me he propuesto escribir nuevamente sobre mi amigo el Cardenal, ahora con motivo del centenario de su natalicio. Siento que su espíritu me persigue, que está junto a mi, que me acompaña. Siento su penetrante mirada amorosa, recuerdo sus consejos y sus palabras siempre tan certeras, tan dulces, tan sabias, tan de Dios. Sí, verdaderamente este pastor santo me ha cautivado. Don Raúl decía que don Bosco lo había cautivado, y así fue. Yo debo decir que don Raúl me ha cautivado y así ha sido.

En esta segunda parte de “Mi amigo, el Cardenal” relataré otros episodios que tuve el privilegio de compartir con él. Relataré con la mayor fidelidad posible otros recuerdos que pudiesen ser útiles para conocer de mejor forma a este hombre excepcional, rogando a Dios que ellos sean de provecho y de ejemplo para las generaciones futuras.

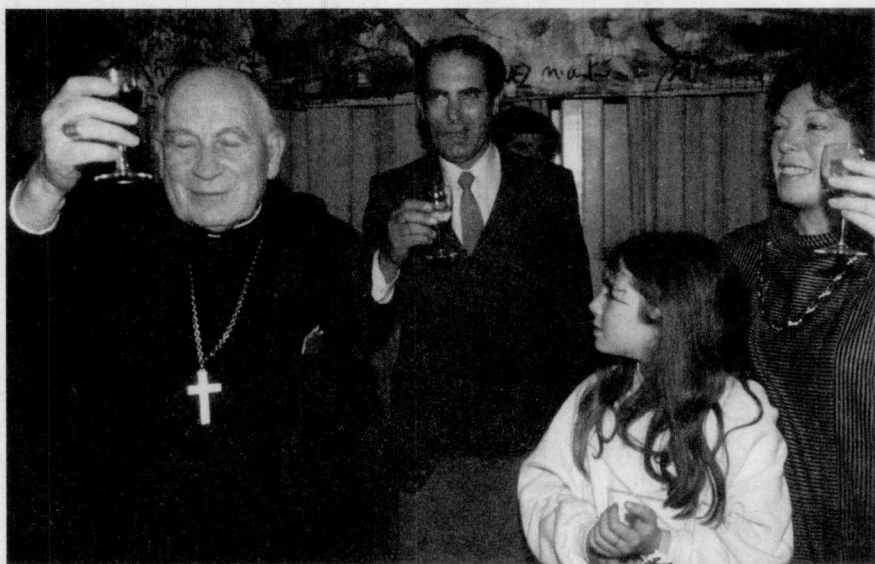
Aún me quedan para relatar muchos recuerdos y muchas otras vivencias que tuve el privilegio de compartir con mi querido amigo, el Cardenal. La visión de ellas va cambiando con el pasar de los años, va madurando y así se va escribiendo la historia de este hombre santo que tanto fue capaz de dar. Quizás, con el tiempo, tal vez, escribiré una tercera parte, no sé con qué visión, pero ciertamente que las enseñanzas y el ejemplo de vida de don Raúl merecen muchos libros más. Dios lo dirá.



El Cardenal junto a Reinaldo, disfrutando un fin de semana en Jahuel, invitados por Tomás Puig C. en el año 1991.



El Cardenal rodeado por Sylvia de Sapag y Reinaldo. Atrás los cuatro hijos: José Manuel, Verónica, Carolina y Claudio, en la casa de las Cruces en el mes de febrero de 1993.



Brindis celebrando los 80 años de don Raúl. Lo acompañan Reinaldo, Sylvia y Carolina Sapag. Atrás el gigantesco cuadro de homenaje que para la ocasión le regalaron los pintores de Chile. Se puede distinguir la firma de Nemesio Antúnez. Setiembre de 1987.

El Cardenal cuenta sus emociones de ese día en sus Memorias, expresando textualmente:

“Fueron unos días inolvidables los de aquel cumpleaños. Un grupo de amigos encabezado por Reinaldo Sapag, el compañero más fiel de mi vejez, quiso regalarme una celebración en el Círculo Español de Santiago. Yo pensaba que irían unas 50, tal vez unas cien de esas personas a las que tanto quería y debía, y que tendríamos una velada de camaradería, algo íntima y algo melancólica. Llegaron 1.200.

Yo creía y estaba seguro de no ser santo, como dije en esa ocasión, pero viendo esa muchedumbre, donde se mezclaban hombres de todas las ideologías, de todos los partidos políticos, de varias religiones, de todas las clases sociales y de los más diversos ámbitos de la cultura, me sentí obligado a dudar. Con un estremecimiento les dije:

Yo creo que es posible construir la patria y además es posible no renunciar a nuestras diversas maneras de pensar, porque cada uno de nosotros debe aportar algo a esta construcción tan bella que se llama Chile. Creo que esto es realidad, y si no, no estaríamos todos juntos aquí para celebrar a un hombre que sólo ha tenido la habilidad de decir que Chile vale más que nosotros”.

CAPÍTULO I

LA PRESENCIA DE UN SANTO

Mi estado de ánimo al escribir estas páginas es distinto, muy distinto a lo que intenté expresar en mi libro anterior editado en 1996. Reflexionando sobre el porqué de esta diferencia tan notoria en mi alma, llego a la conclusión que hoy veo a don Raúl de una manera diferente. Antes era mi compañero, el amigo con que compartimos tantas veces la mesa, el hombre de Dios que sabía reír, que siempre tuvo alegría de vivir, que le gustaba la buena mesa, el buen vino y la buena “agüita de cebada”. Y todo eso lo compartimos de muy buenas ganas, acompañado de los comentarios inteligentes y chispeantes de don Raúl, lo que hacía que cada vez que nos juntábamos, con seguridad de que viviríamos momentos de alegría, de paternidad, de amistad sincera y plena.

Ahora, al escribir estos nuevos recuerdos veo a don Raúl en otra dimensión, veo al hombre santo que entregó su vida por su Iglesia, por Jesús y su palabra, para hacerla vida en su servicio al hombre que sufre, al que tiene carencias materiales o espirituales, al prójimo, al que es necesario enjugar una lágrima en su dolor, puesto que como él decía: “vuestro pastor, si logra enjugar aunque sea una sola lágrima, aún a costa de cualquier incomprensión, se sentirá feliz”.

Recuerdo su última prédica pública en Punta de Tralca. Como todos los domingos, durante más de cuatro años lo acompañaba los fines de semana a la costa. Allí nos juntábamos en Las Cruces o en la Casa de Ejercicios de Punta de Tralca. La misa de las 12 era un ritual que él cumplía con alegría y puntualidad. Le gustaba juntarse con sus niños de la Aldea que hoy lleva su nombre y que él mismo fundara, predicarles en su lenguaje infantil y recibirlos con los brazos abiertos al momento del saludo de paz. La última misa pública de su vida, en la que él predicara y consagrara fue el domin-

go 16 de mayo de 1993. Recuerdo que era un día gris, lluvioso y frío en la costa central de Chile. La madre Magdalena Sofía Astorquiza, quien era la administradora del recinto, me dijo que dado el clima reinante, era mejor que la misa se hiciera en una pequeña capilla lateral, ubicada en la esquina nor poniente de la Casa de Ejercicios, justo en el lugar en donde se encuentra la salida al jardín. Acompañé a don Raúl a la sacristía ubicada enfrente de la capilla a fin de que se pusiese sus vestimentas sacerdotales. Lo ayudé en esa tarea y posteriormente atravesamos el pasillo con el fin de ingresar a la capilla. El recinto era pequeño, razón por la cual se encontraba repleto por los niños y los pocos fieles que llegaron a la Casa de Ejercicios ese fin de semana gris e invernal.

Durante años me correspondió ser una especie de acólito del señor Cardenal en sus misas dominicales de Punta de Tralca: le ayudaba con sus vestimentas, lo acompañaba junto al altar, le servía de apoyo para caminar, leía las lecturas, era su ministro de comunión y en fin, estaba disponible para todo lo que él pudiese requerir dada su edad. El padre Antonio Hidalgo, sacerdote salesiano español, acompañaba a don Raúl prácticamente todos los fines de semana a la querida Punta de Tralca. A veces predicaba don Raúl, otras lo hacía el padre Antonio. Sin embargo, el recuerdo que tengo es de don Raúl, allí frente al altar, nunca en el púlpito, predicando la palabra de Dios con toda la fuerza de su alma santa. Tengo en mi memoria sus últimas prédicas y en especial aquella que dijo en la pequeña capilla de Punta de Tralca. Ya no tenía las grandes capacidades oratorias que lo distinguieron como el mejor de los mejores. Sin embargo, mantenía incólume, nítido, punzante, directo y sin ambages el sentido, el gran sentido de su visión evangélica, el de un hombre entregado a dar testimonio y a predicar con fuerza ineludible el mensaje de amor de Jesucristo. Recuerdo como si fuera hoy como sintetizaba permanentemente, en sus últimas prédicas, la lectura del Evangelio, fuese cual fuese el mensaje que Cristo nos entregaba en él, puesto que después de hacer una reflexión acerca del sentido de la lectura dominical, siempre terminaba diciendo que la síntesis de lo que Cristo nos predicaba y enseñaba es que amáramos a nuestros hermanos, en especial a los más pobres, que no se puede llegar a Dios si no se ama al prójimo y más aún, no se puede amar a Dios sino amamos a nuestros hermanos.

Después de terminada esa última misa pública, don Raúl fue a almorzar con nuestra familia y el padre Hidalgo a nuestra casa de Las Cruces. Esa misma tarde regresó a Santiago. Días más tarde enfermó, le vino una neumonitis que casi le costó la vida. Nunca más predicaría, nunca más volvería a su amada Punta de Tralca, nunca más tendríamos los hermosos e inolvidables almuerzos de los días domingo en Las Cruces, nunca más visitaría a sus niños de la Aldea, a aquellos niños que le quitaban sesenta años cada viernes, cuando los veía felices salir a su encuentro con esas “manitas inocentes, puras y cariñosas”, como describe a los niños de la Aldea en sus Memorias.

A medida que va pasando el tiempo voy admirando más y más a este hombre, a este amigo excepcional que Dios nos regaló. Voy apreciando en toda su magnitud, otras visiones de su personalidad fascinante, me voy dando cuenta de tantas actitudes de nobleza que él adoptaba y que en un principio no me percataba del sentido profundo de santidad que ellas significaban. De su permanente y constante regreso a la caridad, de su respeto irrestricto a sus hermanos a fin de no herirlos, de no criticarlos jamás en público, aún cuando pudiese tener con ellos opiniones muy divergentes. En mis 28 años de amistad jamás escuché de sus labios una palabra descalificatoria para nadie. Lo podían criticar públicamente, lo podían insultar, podían llamarlo cura rojo, podían amenazarlo, podían despreciarlo, podían tildarlo de político o marxista y él todo lo aceptaba, su otra mejilla estaba disponible para su adversario, sin rencores, sin odios, sin caer jamás en el juego destructivo de la descalificación perversa.

Pude ver a don Raúl en momentos muy difíciles, cuando el odio engegucido no tenía límites. Pude verlo triste y preocupado no por él, sino por su patria, por su Iglesia y por los que sufren. “Hay que destruir el odio antes que el odio destruya el alma de Chile” clamaba sin cesar. Lo acusaban de todo con violencia inusitada. Pero él todo lo aceptaba, todo lo perdonaba, jamás claudicaba. Tenía la claridad con que el Señor premia a sus hijos predilectos, lo que lo hacía actuar sin rencores, sin insultos, rogando a Dios humildemente para que los hombres se entendieran, se respetaran y fueran realmen-

te hermanos. Podía ser criticado en el interior del propio clero o por algunos de los obispos o por el Nuncio, pero él, seguro de que estaba cumpliendo con su deber de pastor, aceptaba esas críticas sin jamás responder de la misma forma.

En una oportunidad, los sectores de derecha, tan vinculados al régimen militar que gobernó con tanta dureza al país durante muchos años, atacaron violentamente a don Raúl por su ineludible defensa a los derechos humanos. La Vicaría de la Solidaridad, creada por él, había tenido un éxito notable en sus campañas nacionales e internacionales, en la defensa de miles de perseguidos, torturados, desaparecidos o exiliados con que se distinguió la dictadura militar chilena. En el interior de la Iglesia, ciertamente que había sectores que no estaban de acuerdo con su posición de defensa irrenunciable a quienes sufrían la violenta acción de la dictadura. Algunos obispos tenían una actitud más contemplativa ante esos hechos y no compartían su acción pastoral acusándolo de estar comprometiendo a la Iglesia al realizar una oposición tan directa al régimen militar.

En cierta ocasión el Cardenal había recibido la visita de dos obispos, quienes le manifestaron su preocupación por la forma en que él estaba guiando a la Iglesia de Santiago y su relación tan divergente con la autoridad militar, lo que estaba significando, según ellos, una división al interior de la propia Iglesia.

Ese mismo día pasé a visitar a don Raúl a su casa de calle Simón Bolívar. Me invitó a sentarnos en la terraza puesto que era un día de calor en plena primavera. Allí, conversamos acerca de los problemas que él estaba viviendo. Yo aproveché la oportunidad para contarle los míos. Se produjo un momento de silencio y entonces el Sr. Cardenal se levantó de su silla y me dijo: “Vamos a contarle estos problemas al Señor”. Yo también me paré de mi silla y entonces él me tomó del brazo y caminamos hasta la puerta de acceso lateral de la capilla, la que daba al jardín interior, justamente donde se encontraba la terraza.

Yo pensé que nos hincaríamos en unos reclinatorios que existían frente al altar y que cada cual en silencio ofrecería sus súplicas.

plicas y sus oraciones al Señor. Sin embargo, no ocurrió así. Sin dejar de tenerme tomado del brazo me guió hasta el altar, subimos los dos o tres peldaños que lo separaban de los asientos del público y entonces, después de saludar al Señor mediante una genuflexión, comenzamos a caminar frente al altar, íbamos de un lado a otro mientras en voz alta el señor Cardenal, empezó a decir aproximadamente lo siguiente:

“Señor, mira los problemas que tenemos. Ayúdanos a resolverlos, danos fuerza, entendimiento, inteligencia para servirte cada día mejor” y después, volcándose en su propia situación continuó hablando en voz alta diciendo:

“Señor, todos los días de mi vida, mis primeras palabras son para ti. Todos los días te pido y más que eso, te suplico que me ayudes a servir, a ser un servidor de los que sufren, de los desposeídos, de los que necesitan de la iglesia, de ti y de mí”.

“Tú me conoces Señor, tú sabes que no me mueve otro afán que cumplir con tu Evangelio, con tu mensaje entregado a los hombres y por el que tuviste que morir por amor a nosotros. Yo quiero seguirte, quiero serte fiel hasta la muerte. ¡Cómo te he suplicado que me ilumines y que guíes mi vida, mi pensamiento, mis palabras y mi acción! Señor, todo lo hago por ti; te he ofrecido y entregado mi vida para servirte y nunca he dejado de hacerlo. Y sin embargo, mira lo que nos pasa, mira los problemas que tenemos. ¿Estaremos equivocados, Señor? ¿No habremos hecho todas las cosas bien? No sé Señor, yo sólo sé que nunca he dado un solo paso si no es pensando en ti. Que todas las decisiones las he puesto en tus manos, que todos los días te digo con amor y respeto que se haga tu voluntad y no la mía. Todos los días te digo que sólo soy un pequeño instrumento a tu servicio, pero soy tuyo Señor. Es por ello que tú tienes el deber de cuidarme y de guiarme para que así las capacidades que tú me has dado, den fruto y ayuden a los hombres a amarse y a entenderse. Quizás me he equivocado, quizás no he hecho todo lo que tú quieres que yo haga; pero yo, este humilde y pequeño servidor sólo puedo decirte que todo lo que he hecho, todo, todo Señor, lo he hecho por ti, sólo pensando en ti.”

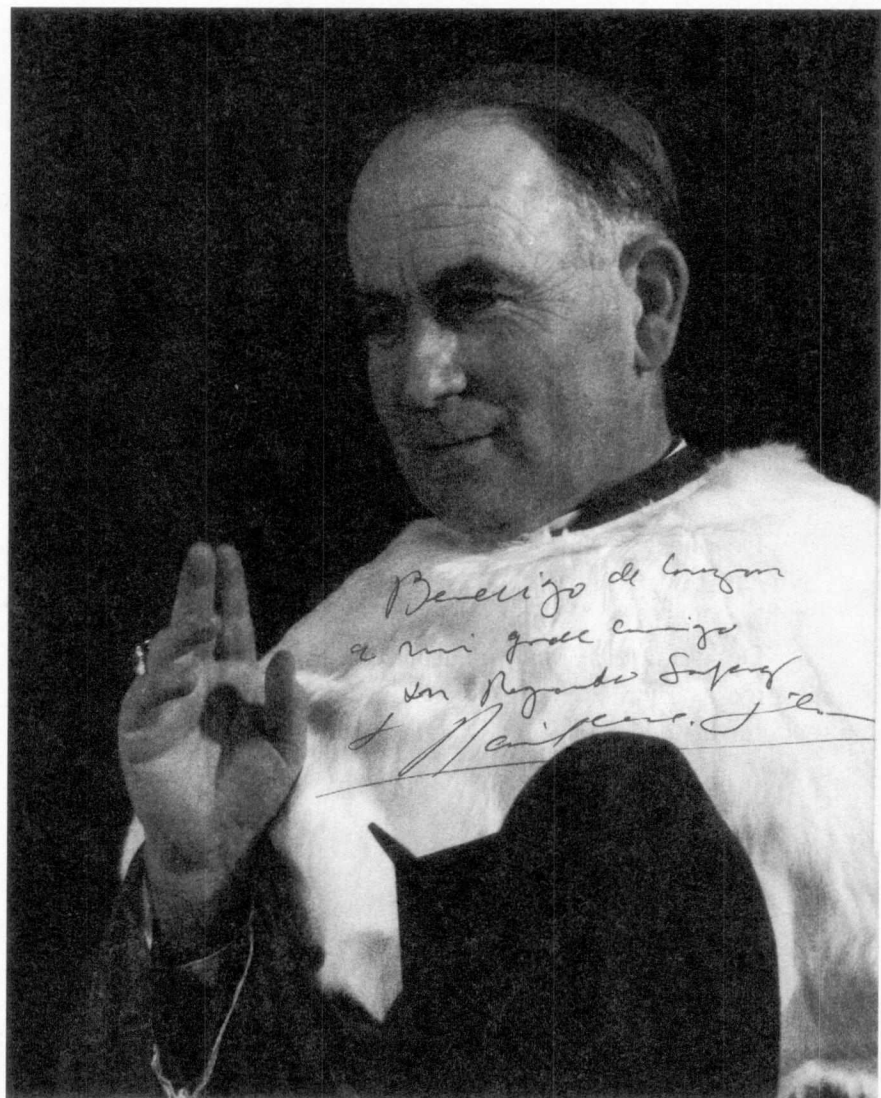
Y después, sonriéndome con sus ojos llenos de picardía, se detuvo frente al altísimo y terminó diciendo:

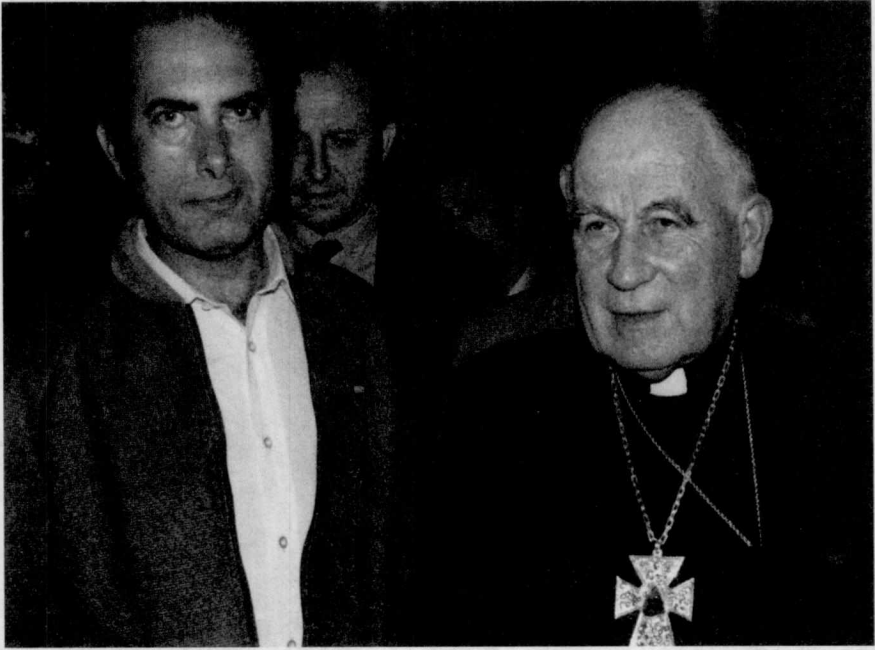
“Mira Señor, todo lo he hecho de corazón y con único ánimo de cumplir con tu Evangelio y ser así un servidor tuyo y de los hombres, y si a pesar de ello, me he equivocado, cuando te he implorado tanto que me guíes y me ilumines, entonces Señor, cuando llegue a tu presencia no me hagas cargos si es que tú crees también que he cometido estos errores con que me acusan, porque entonces, tu también tendrías una cuota de responsabilidad”.

Diciendo esto, nos despedimos del Señor. Hicimos la genuflexión correspondiente y nos retiramos de la capilla.

Después seguimos conversando alegremente de otros temas. Nuestros espíritus estaban en paz.

Debo confesar que nunca me imaginé que se podía orar al Señor con esas expresiones tan directas, de tanta confianza y a la vez tan respetuosas de la voluntad de Dios.





Un sábado en la tarde de octubre de 1983, los Colegios Profesionales de Chile, rinden homenaje al recién Arzobispo Emérito en muestra de gratitud. Atrás se distingue a Iván Radovic.



En Punta de Tralca, una tarde de verano de 1982.

CAPÍTULO II

LA ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

La violación a los derechos humanos se inició el mismo día del golpe militar, el 11 de septiembre de 1973. A partir de las primeras decisiones adoptadas por la junta de gobierno, en conjunto con las perentorias instrucciones a la población, a través de lo que ellos denominaran “bandos”, se pudo apreciar que la fuerza de las armas se impondría con firmeza tanto con aquellos que habían adherido al gobierno de la Unidad Popular, como también a todo aquel que osara manifestar su punto de vista discordante con el accionar político de los militares.

La persecución comenzó de inmediato, publicándose en los bandos los nombres de las personas que debían presentarse ante los militares, partiendo por aquellos que ocuparon altos cargos en el gobierno destituido, como también a todos aquellos dirigentes sociales y políticos que habían respaldado al gobierno de Salvador Allende. Se acribillaba a todo aquel que ponía alguna resistencia, se multiplicaban los lugares de detención, los tribunales de justicia no operaban, no existía el estado de derecho, pero sí existía el derecho a matar, a detener, a torturar a todos quienes aparecían en las listas que confeccionaban los encargados de la represión, muchas de ellas sugeridas por dirigentes políticos, sociales y empresariales de derecha, quienes respaldaron a la Junta Militar desde el primer momento.

Ciertamente que el caos reinante en el país en 1973, con problemas de todo tipo, tenían a buena parte de la población hastiada del gobierno de la Unidad Popular. Ello contribuyó en buena medida a que hubiese una especie de complicitad tácita, e incluso de gratitud, a los militares que habían logrado “restablecer el orden”. Muchos estaban dispuestos excusar los primeros excesos, como el

precio necesario que permitiría dar paso a una convivencia interna que se había destruido durante el régimen de Salvador Allende, a pesar de los enormes esfuerzos desplegados por el Cardenal Silva, implorando por desterrar el odio antes que el odio destruyera el alma de Chile.

En los momentos que ocurría el golpe de Estado, me encontraba en Nueva York en misión oficial, con el objeto de revisar las cuentas en dólares que disponía la Pontificia Universidad Católica de Chile en el City Bank de esa ciudad. Tenían poder de firma en esa cuenta el propio Cardenal Silva, el rector Fernando Castillo, el vicerrector Jorge Awad y yo.

En vista del férreo control de la moneda extranjera que había impuesto el gobierno de Chile, la Universidad Católica, con el consentimiento del Cardenal Silva, abrió una cuenta en Estados Unidos, en ese banco, de tal forma que las donaciones en dólares que se recibían como aportes a las investigaciones que se realizaban en la Universidad, pudiesen ser efectivamente utilizadas en los objetivos para los que fueron solicitados. En el hecho, si los dólares llegaban a Chile, ellos debían ser declarados y entregados al Banco Central de Chile, entidad que los utilizaba para la importación de tantos productos y materias primas de primera necesidad que el país requería con urgencia. De esta forma la Universidad no percibía esos dólares que necesitaba para la importación de equipos y tecnología, incumpliendo con los objetivos de los convenios internacionales de ayuda. A cambio se entregaban escudos equivalentes a esos dólares a valor oficial, en momentos en que en el país existía una distorsión de precios de magnitudes increíbles.

Pero cuando la universidad solicitaba al Banco Central la adquisición de dólares para traer los equipos y tecnología que los convenios establecían, nos encontrábamos con mil dificultades para su recuperación, ya que ellos se utilizaban en las prioridades que fijaba la autoridad. En los momentos del golpe militar, la moneda oficial era el escudo, moneda que se desvalorizaba día a día. El gobierno para financiar sus crecientes déficit, emitía papel billete lo que sumado a la enorme incertidumbre política existente en el país, ocurría

que los más pudientes demandaban dólares, los que sólo se podían adquirir en el mercado negro. Se produjo una fuerte especulación hasta tal punto que un dólar se cotizaba al momento del golpe militar en 3.300 escudos. Para tener una medida de comparación, cabe señalar que en aquel tiempo un litro de gasolina, por lo demás muy difícil de conseguir, tenía un precio oficial fijado por el gobierno de sólo 3 escudos. O sea que con el equivalente a un dólar comprado en el mercado negro, se podían adquirir 1.100 litros de combustible.

Nos ayudaba en la administración de los recursos depositados en esa cuenta un sacerdote salesiano de gran bondad e inteligencia, el padre Joseph Perozzi, quien vivía en la hermosa casa que esa Congregación tiene en New Rochelle, localidad muy cercana a Nueva York y en donde el Cardenal Silva se alojaba cuando tenía que ir a esa ciudad. Cuando junto a Cristián Precht, recibe el premio de las Naciones Unidas por la tarea cumplida en la Vicaría de la Solidaridad en el año 1978, allí se alojó junto a Cristián, situación que relataré mas adelante.

Como consecuencia del golpe de Estado, la Junta Militar había decidido suspender los vuelos internacionales desde y hacia Chile. Sólo 12 días después del golpe, pude abordar en Panamá un avión Lan, que se había quedado varado en esa ciudad hasta que se le diera autorización para regresar a Chile. A sabiendas de esta situación me trasladé hasta Panamá a fin de tomar ese avión. Por cierto que yo y mi esposa Sylvia, quien me había acompañado en esa ocasión, nos encontrábamos muy angustiados, puesto que no teníamos noticias de nuestros 3 hijos pequeños, en consideración a que las comunicaciones también se encontraban interrumpidas.

Fue muy terrible y traumática la llegada a un país dominado por la angustia y el temor. Fue también muy doloroso constatar en la Universidad Católica, lo que había acontecido en los primeros quince días de dictadura, el desconcierto y la incertidumbre era total, previéndose la posibilidad de una intervención militar en ella. Fernando Castillo Velasco, el excelente y carismático rector de la Universidad, se encontraba hospitalizado, aquejado de un serio problema cardiovascular en el Hospital Clínico de la universidad, por lo que su ad-

ministración se encontraba bajo la conducción del Vicerrector Académico, el destacado abogado Alfredo Etcheverry. La Junta Militar estaba efectuando los nombramientos de los principales cargos de la administración pública a personas incondicionales a ellos. Observábamos con desazón lo que ocurría en el país y en el resto de las universidades, donde muy pronto se designaron militares a cargo de ellas, quienes decidían eliminar de los cargos académicos o de investigación a todo aquel que se opusiese al régimen o a los que habían adherido a la Unidad Popular, cualquiera fuera su capacidad académica o los títulos que dispusiese. Poco a poco se fue consolidando un poder hegemónico donde sólo tenían cabida aquellos que habían sido duros opositores al gobierno de Allende. El país estaba dividido en bandos irreconciliables, donde la tolerancia había cedido paso a la intransigencia por lado y lado. El odio invadía y envenenaba el alma nacional, a pesar de las súplicas de don Raúl.

Nunca estuve de acuerdo con el golpe militar. En la Universidad Católica primaba, a pesar de las dificultades de la época, un espíritu de pluralismo y diálogo. Ahora, con el paso del tiempo, valoro en toda su dimensión la sabiduría del rector Fernando Castillo, quien siendo ferviente partidario y promotor de la reforma universitaria, que en definitiva le permitió asumir la rectoría, nunca adoptó una actitud sectaria o hegemónica. Por el contrario, siempre nos instaba a ser respetuosos con todos al interior de la Universidad, independientemente si habían sido partidarios o detractores de la reforma universitaria. Recuerdo también que nunca aceptaba llevar a votación en el Consejo Superior las diferentes posiciones que se presentaban, a pesar de que se disponían de las mayorías que hubiese permitido imponer los puntos de vista de los reformistas. Por el contrario, le gustaba escuchar los argumentos de la otra parte, no se irritaba por los planteamientos de los otros, aunque no estuviera de acuerdo con ellos, buscando a través del diálogo y la persuasión el mejor camino a seguir. Así, aprendí de Fernando Castillo ese difícil camino de estar siempre abierto a escuchar y nunca imponer.

De esta forma la Universidad Católica se había convertido en un oasis de tolerancia, tan distinto a lo que ocurría en el resto del país. Pienso, además, que la sabiduría de Fernando provenía de sus

permanentes conversaciones personales con don Raúl, quien lo instaba a actuar con respeto y consideración hacia aquellos que tenían posiciones distintas, pero sin transar los principios de una reforma imprescindible, que probablemente contribuyó, en buena medida, a que la Universidad Católica tenga el privilegiado lugar en que hoy se encuentra en el concierto universitario chileno y mundial. De hecho, a pesar del golpe militar y la llegada a la universidad de un almirante retirado, Jorge Swett Madge, que nada sabía de cómo gobernarla, se mantuvieron los órganos colegiados que se habían creado en los tiempos universitarios, se supo mantener dichos organismos pero procurando, a diferencia del rector Castillo, rodearse tan sólo de los incondicionales y decidir con dureza la salida de todos los que tenían posiciones críticas a su línea de gobierno universitario, claramente dirigida por el movimiento gremialista, con Jaime Guzmán a la cabeza.

Así, Swett Madge, implacablemente, comenzó a perseguir a todo aquel que pensara distinto, con un nivel de sectarismo y prepotencia tan distintos al estilo de gobierno de Fernando Castillo.

Recuerdo que en una oportunidad el rector delegado me pidió que lo acompañara a visitar la imprenta de la Universidad Católica que se encontraba ubicada en calle Lira, muy cercana a la Casa Central. Le pidió también a Cristián Santa María, encargado de las ediciones universitarias que nos acompañara. Le avisé oportunamente de lo anterior al Gerente de la imprenta, Jaime Vicente, a fin de que nos esperara. Iniciamos la visita guiados por Jaime, quien se esmeraba en explicar al rector delegado la forma como operaba la imprenta, y los distintos trabajos que se podían hacer con la maquinaria disponible.

Cuando ya nos encontrábamos al final de la visita, rodeado por los jefes de las distintas áreas de la imprenta y por nosotros, se dirige a Cristián y le dice: “Tengo entendido que aquí se imprimieron los “Artefactos” de Nicanor Parra, documento grosero y denigratorio de la iglesia, de la persona y de la universidad”. “Los Artefactos” eran unas doscientas tarjetas postales con las típicas, agudas e irreverentes caricaturas de la realidad que había dibujado y escrito

Nicanor Parra en el año 1972. Cristián, bastante nervioso, le expresa que la decisión de imprimirlas fue adoptada en forma colegiada por los responsables de las ediciones universitarias y que a juicio de todos ellos, el trabajo de Nicanor tenía plena validez. El rector delegado se molestó con ostentación y le replicó diciendo que cuando se utilizan escritos y dibujos groseros y que ello se editan en un recinto católico, perteneciente a la universidad, se está actuando en forma irreverente e irresponsable; y sin aceptar otro comentario dio una orden perentoria: que se destruyan todos los ejemplares de las tarjetas postales que se encontraban disponibles sin distribuir. A Cristián y Jaime no les quedó otra posibilidad que acatar la orden recibida y así se destruyeron todas las cajas que contenían las postales. Este hecho ocurrió en el mes de diciembre de 1973, en momentos en que la dictadura allanaba miles de casas y destruía todo libro que en apariencia o contenido, tuviese, para el limitado juicio del inquisidor, algo que ver con la Unidad Popular o el marxismo.

Poco a poco Swett y los gremialistas fueron consolidando su poder mediante la exclusión de los que no pensaban como ellos. Hubo académicos que fueron torturados o desaparecidos. Otros fueron asesinados, a pesar de los esfuerzos de don Raúl para impedir esos atropellos. Pero ciertamente, la mayor acción represiva se efectuó sistemáticamente a través del expediente de cerrar unidades académicas completas y despedir, sin indemnización alguna, a todos aquellos que pensaban distinto a los intereses de la dictadura.

Jorge Awad y yo contábamos con el apoyo de don Raúl; Jorge era el Vicerrector de Asuntos Económicos y yo ocupaba el cargo de Director General de esa vicerrectoría. Ambos disponíamos del más decidido y público respaldo de don Raúl, Gran Canciller de la Universidad, lo que nos permitió sortear algunas dificultades, pero sin poder impedir que el rector y los gremialistas actuaran de la forma que lo estaban haciendo. El Cardenal nos instaba a mantenernos en nuestros puestos, a pesar de las graves dificultades y atropellos que ocurrían a diario, destruyéndose de esta forma una convivencia interna que tanto había costado construir. Habíamos pasado de la tolerancia y el diálogo del rector Castillo, a la prepotencia y sectarismo del rector Swett y sus sostenedores. A fines de septiembre de 1974

estando Jorge Awad en luna de miel, se produce un acto inaudito e inaceptable; en efecto, el rector envía para mi firma dos decretos ya firmados por él y por el Secretario General Francisco Bulnes Ripamonti, quitándole todo poder a la vicerrectoría y reduciéndola de tal forma, que su único rol sería el de los registros contables, tanto en lo financiero como en la administración de personal, dejando todas las decisiones importantes y de política universitaria, en sendas direcciones bajo la personal dependencia del rector. Informé de esto al Cardenal Silva, quien respaldó de inmediato mi decisión de no firmar los decretos. Devolví al rector los documentos sin mi firma y por lo mismo, sin validez legal.

El rector se enfureció, me hace llamar y al constatar que yo no cambiaría de opinión, me comunicó oficialmente que yo había renunciado, agregando que todo aquel que no acataba su autoridad estaba renunciando. Yo le repliqué con diversos argumentos y finalmente le dije que no había renunciado, y me retiré a mi despacho.

Al poco rato apareció en mi oficina la secretaria del rector, quien me hizo entrega de un sobre. Al abrirlo me percaté que era un decreto de la universidad firmado por el rector Swett y el secretario general Francisco Bulnes R., el cual señalaba que vistos mi renuncia verbal presentada, e incorporando en esos vistos sus atribuciones y poderes que lo designaban como rector delegado, aceptaba mi renuncia verbal. Así de simple. Por cierto que siempre estará disponible en los anales de la Universidad Católica, para quien quiera verlo, el vergonzoso decreto donde se aceptaba una renuncia inexistente, jamás presentada, como una muestra palpable de la prepotencia y el abuso.

Por cierto que el hecho anterior era inaceptable, tanto para Jorge Awad como para el propio Cardenal, y así, apenas llegó Jorge de su luna de miel, intentó retrotraer la situación exigiendo la derogación del decreto vergonzoso. Sin embargo, sus esfuerzos fueron estériles, por lo que decidió renunciar. Don Raúl le manifestó al rector Swett su gran molestia en forma personal, y en consideración a que no logró cambiar la tozuda decisión del almirante, decidió suspender su cargo de Gran Canciller, previa consulta al Nuncio Sótero

Sanz de Villalba y al Comité Permanente del Episcopado, quienes lo respaldaron en su decisión. Así, en octubre de 1974 Jorge y yo nos encontramos en la calle, sin trabajo y sin pago de indemnización alguna. Jorge recién casado y yo con tres pequeños hijos a cuestas.

Al suspender don Raúl su cargo de Gran Canciller, decidió crear un nuevo cargo en la Universidad Católica, el de pro Gran Canciller, designando en ese puesto al padre Jorge Medina, quien posteriormente llegaría a ser Cardenal, con destacada participación en la curia vaticana, correspondiéndole incluso, ser el Cardenal Camarlenigo, quien anunció la designación del Papa Benedicto XVI, en el cónclave efectuado después de la muerte de Juan Pablo II en el año 2006. Por cierto que don Raúl jamás pensó, en esos momentos, la actitud que adoptaría el padre Medina en la Universidad y en su relación con la Santa Sede junto al futuro Nuncio monseñor Angelo Sodano.

Recibimos con Jorge múltiples muestras de aprecio y gratitud. Habíamos intentado mantener el espíritu universitario que tanto don Raúl como Fernando Castillo se habían esforzado en construir. Pero ahora, la prepotencia y la intransigencia se habían entronizado en el país, al son de los compases dictatoriales y abusivos de la Junta Militar.

A partir de ese momento mis relaciones de amistad con don Raúl se estrecharon aún más. A él le preocupaba muchísimo que no tuviera trabajo y que me encontrara en la casa sin una actividad que me permitiera el sustento diario. Se sentía de alguna manera responsable de lo que había ocurrido, puesto que tanto Jorge como yo, nunca dimos algún paso importante en la vicerrectoría económica, sin consultárselo previamente. Sus invitaciones a su casa de Simón Bolívar se fueron haciendo cada vez más frecuentes.

Recuerdo que en una oportunidad, a fines de ese año 1974, me invitó a conversar con él en su casa y me ofreció la posibilidad de nombrarme administrador de los bienes del Arzobispado. Deseché agradecido tal ofrecimiento ya que con Jorge Awad habíamos decidido formar, junto con otros profesionales exonerados, una empresa consultora y así dedicarnos a prestar servicios profesionales a empre-

sas y en especial al movimiento cooperativo. La empresa se llamó “Asesores Consultores de Empresas y Cooperativas” ACEC Ltda., la que inició su labor en enero de 1975. Por otra parte, Jorge Awad había logrado una buena relación con el padre Baldo Santi, a la sazón vicepresidente ejecutivo de Cáritas, quien nos ofreció ser sus asesores y colaboradores tanto en Cáritas Chile como en la Fundación Civitas y en la empresa de Turismo Expreso Villalonga de su propiedad.

No me resultó para nada fácil trabajar con el controvertido padre Baldo Santi, hombre rústico y pragmático, con el cual muy pronto se presentaron dificultades que me indujeron a no seguir colaborando con él. Al contarle estos hechos a don Raúl, me señaló que se alegraba muchísimo de la decisión que yo había tomado.

Iniciamos nuestra vida profesional independiente, junto a Jorge Awad, en un hermoso departamento ubicado en calle Ismael Valdés Vergara 348, segundo piso y también con ascensor, como la letra del famoso tango. Apenas lo tuvimos alhajado y arreglado, invitamos a don Raúl a que lo bendijera y así, en marzo de 1975, recibimos la visita del Cardenal, quien procedió a bendecirnos a nosotros y las nuevas instalaciones que disponíamos.

Nunca dejamos de vernos con don Raúl aún cuando ahora no nos dedicábamos a conversar del tema que a la fecha más nos había unido: la Universidad Católica. A pesar de los difíciles momentos que él vivía, intentando buscar siempre los caminos de la paz, denunciando con coraje el abuso y la prepotencia, defendiendo a los perseguidos, pero a la vez siempre preocupado por su iglesia, su congregación, los jóvenes, las vicarías, los pobres o las comunicaciones para llevar el mensaje de salvación a todos los rincones, nunca dejó de invitarme a conversar en su casa de los más diversos temas. Yo le contaba mis afanes y él los suyos, en su escritorio de calle Simón Bolívar. Colocaba algún concierto de su agrado, mientras hablábamos, puesto que él tenía el convencimiento que la dictadura disponía de sofisticada tecnología que le permitía grabar sus conversaciones privadas. Estaba seguro de que sus teléfonos estaban intervenidos y que todos sus pasos eran seguidos a diario, por los funcionarios a sueldo del aparato represivo del Estado.

En aquellos tiempos el chofer del auto de don Raúl era un hombre de unos 55 años, de nombre Augusto, no recuerdo el apellido. Al principio don Raúl pensaba que las conversaciones en su auto no podían ser interferidas, también pensaba que al combinar el sonido de los conciertos con alguna conversación, ello impedía la posibilidad de una grabación. Pero a pesar de todas estas precauciones, don Raúl se percató que los servicios de inteligencia secreta de la dictadura, estaban al tanto de sus pasos y de sus intenciones. Diversas conversaciones con autoridades del régimen y con el relacionador entre la Iglesia y el gobierno, le hicieron sospechar que ellos estaban al tanto de algunos de los cuidadosos pasos que él quería llevar adelante. Esto lo hizo sospechar de Augusto, ya que pudo darse cuenta de que algunas de las conversaciones que había tenido en su automóvil, estaban en conocimiento de los militares. Como era habitual en aquellos tiempos, el aparato represivo de la dictadura pagaba a informantes secretos, y don Raúl terminó por pensar que su chofer era uno de ellos y decidió despedirlo. En su reemplazo contrató a un hombre más joven, atento y amante fiel de don Raúl, don Osvaldo Fica.

A pesar de estar alejado de la Universidad Católica, siempre estuve al tanto de lo que ocurría en ella. Así pude constatar que ahora, sin la presencia del Cardenal, de Jorge Awad y la mía, el proceso de descuartizamiento y exoneración se habían acentuado gravemente. Alejandro Foxley director de CEPLAN, unidad académica dependiente de la Universidad, la que desarrollaba una fructífera tarea de investigación social y económica, opta por formar el CIEPLAN y así desarrollar su excelente trabajo profesional sin el alero de la Universidad Católica, ya que la libertad intelectual se encontraba seriamente amenazada.

Yo no era el único informante de la opresión a que nos vimos enfrentados los académicos chilenos, en especial aquellos que estaban vinculados al área de las Ciencias Sociales. La dictadura identificaba como marxistas u opositores a todos aquellos que dedicaban su inteligencia y sus talentos al estudio de la sociedad. Don Raúl valoraba en su verdadera dimensión los aportes de los intelectuales, cualquiera fuera su signo político o creencia religiosa; se había ju-

gado siempre por la libertad académica, consideraba que las distintas visiones era la savia necesaria que permitía a los intelectuales y académicos enriquecerse en la sana confrontación de ideas. Tanto en Valparaíso, como Gran Canciller de la Universidad Católica, cuando fue arzobispo de esa ciudad, o en la Pontificia Universidad Católica de Chile, en Santiago, nunca exigió que en las facultades de filosofía, o en cualquiera de los institutos vinculados a las Ciencias Sociales, se impidiese el ingreso a intelectuales marxistas, agnósticos o de visiones distintas al humanismo cristiano. Sólo exigía que los que llegasen a la Universidad tuviesen méritos académicos suficientes, que les permitiese desarrollar una tarea intelectual de buen nivel, y que no efectuaran proselitismo político en una universidad confesional. Por cierto que don Raúl, no se inmiscuía en las decisiones internas que los responsables de las distintas unidades académicas adoptaban, pero todos ellos conocían perfectamente la línea de pensamiento que guiaba al Gran Canciller en esas universidades.

Muchos intelectuales de gran valer debieron exiliarse, en consideración a que la dictadura les cerraba las puertas, o los expulsaban y exoneraban, por el sólo hecho de pensar distinto. Don Raúl estaba al tanto de lo que ocurría en todas las universidades del país, ya que muchos de ellos se acercaron a él, a fin de contarle el drama que estaban viviendo.

En nuestras frecuentes conversaciones, cuando tocábamos este tema, notaba en él su honda preocupación por lo que estaba ocurriendo en las universidades chilenas. Le preocupaba la fuga de cerebros y el desarraigo que ello producía en las familias, con el consecuente precio de dolor e incertidumbre. Cierta día del mes de julio de 1975 me dijo que estaba pensando crear una institución académica del más alto nivel, que permitiera cobijar a los intelectuales chilenos, bajo el alero de la Iglesia y que él, como arzobispo de Santiago, presidiría esa institución. Acordamos iniciar una serie de conversaciones, con distintas personalidades, que habían ocupado puestos destacados en la conducción del país en los tiempos de libertad. Así, don Raúl conversó con el arquitecto Jaime Bellalta, quien fuera vicerrector de comunicaciones en la rectoría de Fernando Castillo Velasco, en la Universidad Católica de Chile, con Ed-

gardo Boeninger y Enrique D'Etigny quienes habían sido rector y prorrector respectivamente, de la Universidad de Chile; con Duncan Livingston quien había sido vicerrector académico de la Universidad Católica de Valparaíso, con el padre Beltrán Villegas quien había sido decano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica, con el padre Renato Poblete, sacerdote jesuita, con quien el cardenal mantenía una gran amistad y le estimaba muchísimo, tanto por su inteligencia como por su capacidad de acción; con su obispo auxiliar, monseñor Jorge Hourton; con su ex secretario personal el padre Raúl Hasbún y con otras personas a quienes transmitió su idea, y les pidió colaboración a fin de poder llevar adelante con éxito este proyecto, tan audaz y de indudables repercusiones tanto en Chile como en el extranjero.

En conversaciones posteriores, me expresó que había decidido que la nueva institución llevaría el nombre de Academia de Humanismo Cristiano Santo Tomás de Aquino. Su intención al disponer de una institución intelectual que valorara al ser humano desde una perspectiva cristiana, no constituía obstáculo a la posibilidad que se pudieran incorporar a ella, personas que tuviesen concepciones diferentes al pensamiento humanista cristiano. En una de esas conversaciones me señaló con vehemencia que el directorio tenía que estar compuesto por personalidades que tuvieran una fuerte inspiración en el pensamiento social cristiano, y que era nuestro deber demostrar a los que no razonaran de la misma manera, que el pensamiento social superaba con creces a otras corrientes del pensar. Me hace mención que ha decidido que la institución llevara el nombre de Santo Tomás de Aquino, en homenaje al destacado filósofo y teólogo italiano, sacerdote dominico, quien llevó a cabo la gigantesca tarea de reconciliar la dogmática cristiana con el pensamiento de Aristóteles, entregando significativos aportes intelectuales, donde relacionó con gran maestría la filosofía con la teología y la razón con la revelación.

En los meses de agosto, septiembre y octubre de 1975, se trabajó en distintos frentes a fin de dotar a la futura Academia de Humanismo Cristiano, de los soportes jurídicos, financieros y académicos que permitiesen una operación eficiente, a pesar de las evidentes dificultades con que comenzaba su incipiente accionar.

Don Raúl, como buen abogado y experto en derecho canónico, me señaló que la Academia tendría personalidad jurídica de la Iglesia y que en virtud a que en el Código Civil de Chile, se acataban explícitamente las disposiciones canónicas, la escritura de constitución se haría conforme a ellas, y que por lo tanto, podríamos obtener las autorizaciones legales, correspondientes que permitirían a la Academia funcionar sin contratiempos legales y sin tener que rendir cuentas al Ministerio de Justicia, o a las autoridades de la dictadura.

Posteriormente el Señor Cardenal, poco antes de firmar el decreto arzobispal que creaba la Academia de Humanismo Cristiano, me informó que había decidido nombrarme en el cargo de Secretario de Finanzas y a Jaime Bellalta en el cargo de Secretario Ejecutivo. Me señaló además que todo el problema de financiamiento de la Academia, los veríamos en conjunto, instruyéndome perentoriamente en orden a que ninguna información de carácter financiero o contable podía ser entregado a las autoridades de gobierno. Toda la información se debía entregar al directorio que él presidía. Me señaló que si las autoridades de gobierno solicitaban información, ésta no les sería proporcionada, puesto que una institución de derecho canónico, sin fines de lucro, no tiene la obligación legal de rendir cuentas al Ministerio de Justicia, y que la única institución responsable de la administración de la entidad era el Arzobispado de Santiago.

Ciertamente que estas instrucciones fueron para mi muy decisivas, puesto que toda la información de la obtención de recursos y su destino, sólo sería entregada al Directorio y a don Raúl como su presidente.

El conocimiento que los directores disponían acerca de cómo obtener aportes financieros internacionales a la actividad académica, constituyó pieza clave para lograr disponer de recursos económicos para la institución. Si a ello se agregaba el enorme prestigio que iba ganando la Iglesia y el Cardenal Silva, como consecuencia de su firme posición de defensa de los derechos humanos, se entiende el que muy prontamente la Academia comenzara a recibir recursos que le permitieron cumplir con sus objetivos en forma rápida y eficiente.

Por cierto que con esta decisión, se le abría al Cardenal un nuevo frente con el gobierno, y para éste una nueva dificultad para lograr acallar la conciencia crítica, representada por los académicos disidentes, que así pudieron mantenerse en el país y desarrollar sus actividades bajo el amparo de la Iglesia y de su Cardenal.

El 15 de noviembre de 1975 nace oficialmente la Academia de Humanismo Cristiano, mediante decreto arzobispal firmado por el Cardenal Silva, otorgándosele personalidad jurídica de derecho canónico.

Las reuniones con el señor Cardenal se tornaron entonces cada vez más frecuentes. Ahora había un proyecto en común y una vez más él me había distinguido con su confianza y amistad. Conversamos bastante acerca de donde funcionaríamos, él pensaba que deberíamos hacerlo en algunas de las dependencias del antiguo palacio arzobispal, ubicado en plena Plaza de Armas y colindante con la Catedral. Don Raúl estimaba que ese lugar nos daría mayores seguridades de funcionamiento, en una época en que los allanamientos a casas y poblaciones enteras, era pan de todos los días. Soldados armados y envalentonados por las órdenes que recibían de sus superiores, actuaban impunemente, obligando a los pobladores a salir de noche, incluso desnudos desde sus casas, en forma masiva y entrando en las rústicas viviendas, las que saqueaban llevándose las modestas pertenencias y el poco dinero que encontraban en ellas. También detenían a los más osados, o a aquellos que estaban siendo buscados por instrucciones de los organismos represivos con que contaba el terrorismo de Estado. Por estas razones es que el Cardenal pensaba, que al estar ubicada la Academia en un recinto de la Iglesia, haría más difícil la decisión de un allanamiento a la sede de la flamante institución.

Conversamos del tema con Jorge Awad, Jaime Bellalta, Ricardo Jordán y otras personas preocupadas del devenir de la nueva institución, y llegamos a la conclusión de que era mejor que no funcionaríamos en la Plaza de Armas. Por lo demás, en la visita que hicimos a ese lugar, pudimos constatar que los espacios eran muy grandes, que no había teléfonos, en un momento en que existían serios

problemas para obtener una línea telefónica. Una pequeña centralita costaba miles de dólares y la posibilidad de una pronta conexión era muy remota, más aún cuando en aquellos tiempos la compañía telefónica estaba controlada por la dictadura militar. Decidimos con Jorge Awad que se podría compartir, en un principio, las oficinas de la Consultora que habíamos formado a principios de 1975 y así se lo comunicamos a don Raúl. Por lo demás, la oficina de 240 metros cuadrados, se encontraba totalmente amoblada y con varias líneas telefónicas, disponía de una magnífica sala de reuniones y con una vista privilegiada al Parque Forestal. El Cardenal meditó un rato acerca de nuestra proposición, la que a su juicio tenía la ventaja de empezar a operar de inmediato frente a la escasez de recursos económicos, pero tenía la desventaja de una acción militar, la que sería más fácil de llevar a cabo en un recinto privado que en un local de Iglesia. Finalmente don Raúl accedió a que formalmente la Academia de Humanismo Cristiano comenzara a funcionar en Ismael Valdés Vergara 348.

Posteriormente, don Raúl se convenció de que esa decisión fue la correcta, puesto que el local de la Plaza de Armas sería ocupado por la Vicaría de la Solidaridad, la cual fue fundada el primero de enero de 1976, es decir 45 días más tarde que la Academia. Muy pronto, adentrado el año 1976, don Raúl se percató que el local de la Plaza de Armas 444 debía de ser utilizado totalmente por la Vicaría, en consideración a la multiplicidad de atrocidades que a diario cometía la dictadura, mediante detenciones ilegales, desapariciones, encarcelamientos, tortura y muerte de los opositores al régimen. El antiguo palacio arzobispal se transformó de esta manera en un recinto de esperanza ante un terrorismo de Estado que todo lo controlaba, y que hacía funcionar a las instituciones del aparato estatal de acorde a sus propios intereses políticos.

La Academia recibió desde un principio un importante apoyo internacional. La Fundación Ford, quien respaldaba diversos proyectos a distintos centros de la Universidad Católica, decidió volcar buena parte de su ayuda a proyectos presentados por académicos e intelectuales que ahora se empezaban a vincular a la Academia. La calidad de los académicos era indiscutible y así formaron parte de ella directa o indirectamente intelectuales de la talla de:

- Monseñor Jorge Hourton
- Enrique D'Etigny
- R.P. Renato Poblete
- Ricardo Ffrench-Davis
- Mario Arellano
- Sergio Villalobos
- Manuel Antonio Garretón
- Jaime Bellalta
- Duncan Livingston
- Domingo Santa María
- Jaime Lavados
- Fernando Rozas
- Manfred Wilhelmy
- Ernesto Livacic
- Arturo Gaete
- R.P. Raúl Hasbún
- R.P. Beltrán Villegas
- Fernando Moreno
- Raúl Urzúa
- Genaro Arriagada
- Waldo Romo
- Edgardo Boeninger
- Fernando Monckeberg
- Ricardo Jordán
- Juan Noemí
- Humberto Vega
- Enrique Browne

A mediados de 1976 la Academia estaba funcionando a todo vapor en el departamento de Ismael Valdés Vergara. Fue tal el entusiasmo que despertó en Chile y en el mundo académico esta iniciativa de don Raúl, que muy pronto se requirieron nuevos espacios físicos para acoger a tantos intelectuales exonerados y así evitar su salida del país.

En la Universidad Católica, el rector Swett había decidido, a principios de 1974, cerrar la revista interna denominada "Debate Universitario". Uno de los periodistas que trabajó en ella fue mi amigo Juan Pablo Cárdenas. Al quedar sin trabajo, buscó horizontes en la Universidad Católica del Norte, donde muy pronto y como consecuencia a su valiente y permanente defensa a la libertad de expresión, y su decidida y vehemente oposición a un régimen dictatorial que cercenaba tan violentamente los derechos individuales y colectivos, volvió a quedar sin trabajo. Fue despedido de la universidad por defender la libertad.

Al volver cesante a Santiago, en 1975, con cuatro hijos pequeños a cuestas, Juan Pablo conversó conmigo en el departamento de Ismael Valdés Vergara y decidí contratarlo como periodista y relacionador público de la empresa de consultorías que ya a esa fecha, tenía cerca de dos años de existencia. Al poco andar y dado su

espíritu inquieto y su enorme vocación de servicio, Juan Pablo se interesó y se integró a los trabajos académicos que realizaba la Academia de Humanismo Cristiano en ese mismo lugar. Dado el rápido crecimiento de la institución, habíamos arrendado el departamento del primer piso, donde se instaló Duncan Livingston, Secretario Ejecutivo de la Academia quien había reemplazado a Jaime Bellalta, cuando éste decidió radicarse en los Estados Unidos, como académico de la Universidad de Notre Dame. La Academia no pudo retener a este excelente académico y gran arquitecto que fuera Vicerrector de Comunicaciones de la Pontificia Universidad Católica, hasta el golpe de Estado y la intervención de la universidad.

En Juan Pablo comenzó a meditar muy prontamente la idea de sacar una revista bajo el alero de la Academia, no tan sólo con el objeto de dar a conocer las investigaciones que se estaban realizando, sino además, que permitiera dar una visión periodística y fundamentada de los principales problemas que enfrentaba el país.

Conversé acerca de esta idea con don Raúl en varias oportunidades, encontrando en él una actitud abierta y muy favorable para llevar a cabo este proyecto audaz, en momentos en que la libertad de expresión se encontraba claramente impedida y totalmente controlada por el Estado. Así, en 1977 se edita el primer número de la revista "Academia", bajo la dirección de Juan Pablo Cárdenas. Sin embargo, algunos directores de la Academia, no estuvieron de acuerdo que esta publicación fuese el órgano oficial de la institución y, se decidió que se convirtiera en un proyecto académico más. De esta forma el número dos de la revista salió a la luz pública con el nombre de "Análisis", transformándose, en la única revista editada en el país que no tiene número uno.

En el difícil año de 1976, habían ocurrido en el país hechos extremadamente graves, provocados por la dictadura, los cuales afectaban directamente a la Iglesia. Las desapariciones, las torturas y el terrorismo de Estado se hacía sentir en todo el país. En mayo de ese año toda la plana mayor del Partido Comunista fue detenida y todos sus miembros desaparecidos. No se supo nunca más de ellos.

Otro hecho que ocurrió en el año 1976, fue la expulsión del país, sin motivo o causa legal alguna, de los connotados juristas don Jaime Castillo Velasco, y Eugenio Velasco Letelier. La arbitrariedad de estas medidas, demostró que la dictadura no estaba dispuesta a aceptar el más mínimo movimiento u opinión en su contra, por nadie en Chile.

También en mayo de 1976, fue detenido el abogado de la Vicaría de la Solidaridad, Hernán Montealegre, acusándolo de ser el correo por el cual los comunistas en la clandestinidad, se comunicaban entre ellos. Le imputaron graves y falsos cargos, cuyo objetivo pretendía atemorizar a todo profesional que quisiera dedicarse a la noble y cristiana tarea de defender a los perseguidos por la dictadura. Ya antes, el año anterior, y con el mismo objetivo, se había detenido al valiente abogado José Zalaquett, a quien conocí en la Universidad Católica cuando él era el director general de la Vicerrectoría Académica y yo ocupaba el mismo cargo en la Vicerrectoría Económica. Inteligente, sencillo, consecuente, amante de la verdad y de la justicia, sin lugar a dudas un hombre admirable a quien Chile mucho le debe. Declaro mi admiración y cariño por Pepe Zalaquett, un chileno ejemplar.

El Cardenal Silva, y su obispo auxiliar monseñor Sergio Valech, se movilizaron de inmediato ante la arbitraria detención de Hernán Montealegre. Finalmente pudieron ubicarlo en el campo de detención llamado "Tres Álamos". Don Raúl y monseñor Valech llegaron al sitio de torturas y detención y exigieron ver a Montealegre. Los guardias quisieron impedir el ingreso, argumentando que el detenido tenía el carácter de incomunicado; sólo la tenaz insistencia de don Raúl y de don Sergio, hicieron posible que finalmente pudieran hablar con él, quien les relató las torturas, los interrogatorios, el dolor, el sufrimiento y los vejámenes a que eran sometidos los presos políticos en ese verdadero campo de concentración.

El Cardenal no podía aceptar que un abogado de los suyos estuviese preso, sin cargo alguno que se pudiera probar, y así, después de su conversación con Montealegre decidió hablar personalmente con Pinochet, exigiéndole que lo entregara a los tribunales

de justicia. Le dijo: “General, yo le pido que lo entregue a los tribunales y, si es culpable, que lo condenen; pero si es inocente, que lo liberen de inmediato”. En noviembre de 1976, Montealegre fue liberado, después de seis meses de martirio, sin cargo alguno.

También en 1976, específicamente en el mes de agosto, el gobierno militar de Ecuador, aparentemente en directa comunicación con los militares chilenos, decidieron apresar violentamente a dos arzobispos, trece obispos y 22 religiosos que se habían reunido en Riobamba para dialogar acerca de la situación del campesinado en América Latina. Entre los detenidos estaban tres obispos chilenos: Fernando Ariztía, de Copiapó, Carlos González, de Talca y Enrique Alvear, obispo auxiliar de don Raúl en Santiago.

Después de 24 horas de arresto, el gobierno militar de Ecuador decidió librar a los presos, ante la conmoción mundial que originó esta arbitraria decisión. Entre los detenidos había cuatro obispos de Estados Unidos, lo que motivó una fuerte movilización de la jerarquía de ese país a fin de lograr la libertad incondicional de los 22 religiosos detenidos.

A la llegada de los obispos chilenos al aeropuerto de Pudahuel, lo esperaban grupos organizados, proclives a la dictadura, en especial gremialistas de la Universidad Católica, quienes los recibieron con gritos insultantes, pancartas en donde se podían leer expresiones como: “Hijos del Marxismo”, “Curas Vendidos”, “Rechazamos a los curas marxistas”, y otros carteles con duras expresiones en contra de los obispos. Pero el colmo de la situación se produjo cuando los obispos se subieron a los automóviles que los llevaría a la ciudad; entonces, la turba les lanza una lluvia de pedradas, insultos y salivazos, golpeando físicamente a los obispos y dañando seriamente los vehículos de sacerdotes y amigos que fueron a esperarlos.

El día 31 de diciembre, después de reflexionar en torno a estos acontecimientos ocurridos, en ese año difícil de 1976, decidí llamar a don Raúl a su casa de Simón Bolívar. Pido hablar con él y le pregunté si podía pasar a saludarlo con motivo del nuevo año que se iniciaba esa misma noche. Con su amabilidad acostumbrada me

dice que pase a verlo a eso de las cuatro de la tarde. Le compré una muy buena “agüita de cebada” y se la llevé de regalo. A pesar de todo lo que había tenido que vivir, sufrir y soportar ese año, lo vi jovial y alegre. Después de saludarnos y yo hacerle entrega del regalo, me invita a su escritorio y allí comenzamos a conversar. Yo pensaba quedarme tan sólo unos pocos minutos pero él estaba relajado sin mayores compromisos esa tarde, por lo que pude gozar de su compañía excepcional. Hablamos de la Academia de Humanismo Cristiano y cómo habíamos logrado avances tan significativos en tan poco tiempo. En esa oportunidad le entregué mis argumentos en torno a la posibilidad de editar una revista bajo la dirección de Juan Pablo Cárdenas. Él por su parte, me manifestó que deseaba que el abogado Hernán Montealegre trabajara en la Academia, en un ambicioso proyecto de investigación, en el que Hernán estaba trabajando, sobre la seguridad del Estado y los derechos humanos.

Posteriormente dirigimos nuestra conversación acerca de todos los momentos por él vívidos durante el año 1976. Fue una conversación distendida, grata, de amigos. Sentí cómo su corazón se abría y con qué afecto me contaba sus sentimientos. Cuán honrado me sentí en esas horas de confidencia participándome con tanta confianza sus afanes, sus desvelos y la razón que lo impulsaba a actuar de la manera que lo había hecho, poniendo siempre a Jesús y su mensaje como el centro motor de su acción.

Al momento de despedirnos, lo abracé con admiración y cariño, deseándole lo mejor para él y su labor pastoral para el año que se iniciaría a la medianoche. Entonces él, después de abrazarme, me dijo que también quiere hacerme un regalo. En su escritorio habían cuatro o cinco ejemplares de una recopilación de algunos de sus escritos que había hecho su ex secretario, el padre Luis Antonio Díaz, titulado “El pensamiento social del Cardenal Raúl Silva Henríquez”, sacó el primero de ellos y tomando su lapicera me lo dedicó escribiendo: “A Reinaldo Sapag, colaborador, inteligente y generoso de este su amigo y Cardenal”, y después lo firma, colocando la fecha: 31 de diciembre de 1976.

Nunca pensé recibir unas palabras tan inmerecidas de parte de don Raúl, la persona que más ha influido en mi vida después de mis padres. Desde ese momento lo empecé a ver de otra manera, lo vi como un amigo fraterno y sincero y quizás más aún, lo vi como a un padre en suplencia del que había perdido, a esa fecha, seis años antes. En tan pocas palabras el Cardenal me describía considerándome su amigo. Pienso que nunca podré recibir un regalo igual.

EL PENSAMIENTO SOCIAL
DEL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ

A Reinaldo Zeng
Colaborador inteligente
y generoso de este su
amigo y Cardenal

+ David Ad. J. S.

Sgo 31. Dic 1946.

CAPITULO III

EL CONFLICTO CON ARGENTINA

El Papa Juan XXIII, el Papa del Concilio Vaticano Segundo, en el que le cupo una participación muy destacada al Cardenal Silva Henríquez, fue quien designó obispo de Valparaíso a don Raúl el año 1959. Entre ellos se forjó una gran amistad; don Raúl al referirse a Juan XXIII lo retrataba como un hombre de Dios, afectuoso y cariñoso. Por algo lo denominaron el Papa bueno. “El fue quien me nombró Obispo, Arzobispo y Cardenal” comentaba don Raúl al referirse en elogiosos términos a este Pontífice que tanto hizo por acercar la Iglesia a la gente.

Don Raúl tuvo el privilegio de participar en tres cónclaves para la elección de Papas. En efecto, a la muerte de Juan XXIII participó en la elección de Pablo VI y al fallecimiento de éste en la elección de Juan Pablo I, el Papa que sólo vivió 33 días de pontificado, sorprendiendo al mundo con su abrupta muerte. Finalmente participó en la elección de Juan Pablo II, al que le presenta su dimisión al cumplir los 75 años de edad en septiembre de 1982.

Los Cardenales que sucedieron a don Raúl, monseñor Juan Francisco Fresno Larraín y Carlos Oviedo Cavada, no tuvieron la oportunidad de elegir Papa y dimitieron al cumplir la edad reglamentaria, transformándose en eméritos antes de fallecer de Juan Pablo II. El Cardenal Francisco Javier Errázuriz, nombrado también por Juan Pablo II, sí tuvo la posibilidad de participar en el cónclave del 2005, en la elección de Benedicto XVI.

Ciertamente que será muy difícil que otro Cardenal chileno tenga la posibilidad de participar en tres cónclaves¹, y estar al servicio de la Iglesia en cuatro papados como lo estuvo el Cardenal Silva Henríquez.

Cuando se eligió a Pablo VI en el año 1963, yo no tenía los vínculos de amistad con don Raúl que tuve a partir de 1972. Pero cuando le correspondió asistir a Roma, al cónclave que culminó con la elección de Juan Pablo I, ya habíamos construido una relación muy directa y asidua. El día que partió a Roma a participar en el cónclave, se hallaba en su casa la madre Mariana Silva, sobrina suya, hija de su hermano Armando, quien le estaba preparando la maleta para su viaje. Los cónclaves tienen fecha de inicio pero no de término, puesto que mientras los Cardenales no se pongan de acuerdo no hay humo blanco, por lo que el período podía demorar algún tiempo.

En la fecha en que don Raúl partió a Roma, la posibilidad de un conflicto bélico entre Chile y Argentina estaba ad portas. El gobierno militar argentino se estaba preparando para la guerra, después que Argentina rechazara el laudo arbitral que ambos países habían concordado encargar a Inglaterra, a fin de dirimir los límites territoriales en el canal Beagle, instancia que acogió la tesis chilena, lo que significó que las islas Nueva, Picton y Lenox pertenecían al territorio nacional.

En los mismos días que moría monseñor Sótero Sanz, la dictadura militar argentina declaró unilateralmente nulo el laudo arbitral de la reina de Inglaterra. A partir de ese momento comenzó a surgir el tema de un conflicto armado entre los dos países. En el hecho, poco después de declarar nulo laudo, se pudo advertir una gran movilización de contingentes militares hacia la zona del conflicto.

¹ El término cónclave procede del latín "cum clave" ("bajo llave"), por las condiciones de reclusión y máximo aislamiento del mundo exterior en que debe desarrollarse la elección, con el fin de evitar intromisiones de cualquier tipo. Este draconiano sistema de encerrar a los electores del Papa, vigente al menos desde el II Concilio de Lyon (1274), fue mitigado por Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Universi Dominici Gregis* (UDG), sobre la Vacante Apostólica y la elección del nuevo Pontífice (22 de febrero de 1996). Se establece en ella que los electores pueden residir, mientras dura el cónclave, en la recién construida Casa de Santa Marta, una residencia al efecto en el propio Vaticano, pero manteniendo la rigurosa prohibición de cualquier clase de contacto con el mundo exterior.

Desde hace siglos, los cónclaves tienen lugar en la Capilla Sixtina, dentro del complejo Vaticano.

Los obispos chilenos se pusieron en alerta intercambiando antecedentes acerca de lo que estaba ocurriendo en las distintas zonas del país, en especial en la región del conflicto, cuyo obispo era el gran amigo de don Raúl, el salesiano Tomás González. De esas conversaciones entre los obispos y vislumbrándose como inminente un conflicto armado entre Chile y Argentina, nace la idea de solicitar la intervención de la Santa Sede en un desesperado intento de impedir lo que muchos creían a esa altura como inevitable. Cuando ocurrían estos hechos, la nunciatura Apostólica se encontraba acéfala.

Transcurrieron dos meses antes que llegara monseñor Angelo Sodano, momentos en que la situación en que se debatía la acción pastoral de don Raúl se centraba en dos fuentes altamente conflictivas la violación a los derechos humanos y una posible guerra fratricida.

Tuve el privilegio de conocer estas características tan sobresalientes de monseñor Sáenz de Villalba puesto que había podido conversar con él en la Pontificia Universidad Católica cuando yo ocupaba el cargo de Director General de la Vicerrectoría Económica. También había estado almorzando junto a él y el cardenal Silva en la casa de Simón Bolívar. Sin embargo, el recuerdo más grato que guardo de él fue con ocasión de mi abrupta salida de la Universidad Católica.

Viajar en las condiciones que vivía el país, constituía para don Raúl, una carga muy difícil de sobrellevar, puesto que los problemas y los dolores del pueblo de Chile nunca le fueron indiferentes. Muy por el contrario, los enfrentaba con decisión poniendo al Evangelio y la palabra de Jesús como guía de su acción: “Que nadie diga de mí que ante los problemas y el sufrimiento de la grey que me ha sido confiada, pasé de largo”, refiriéndose a la parábola del buen samaritano donde Jesús relata que un sacerdote y un levita al ver un hombre caído, asaltado y golpeado en el camino, no se detuvieron a auxiliarlo y pasaron de largo.

Pero en este empeño tan suyo, de estar siempre al lado del que sufre, poniendo todo su poder, inteligencia y energía en la búsqueda de soluciones concretas, haciendo vida en la acción al

mandato de amarnos los unos a los otros, tuvo que soportar muchas incomprendiones. No le fue fácil a don Raúl vivir el Evangelio y ser consecuente con la palabra de Jesús. No todos los obispos concordaban plenamente con sus posturas y con su firme posición de defensa de los Derechos Humanos. Con el Nuncio Apostólico, monseñor Angelo Sodano, tampoco le fue fácil que éste estuviese de acuerdo con todas las acciones que emprendía don Raúl, puesto que muchas veces tuvieron desencuentros. El gobierno militar chileno no aceptaba la tarea que desarrollaba la Vicaría de la Solidaridad, quien denunciaba al mundo la violación sistemática a los derechos humanos que el terrorismo de estado aplicaba implacablemente a quienes se oponían al régimen, a la vez que intentaba dar protección a los perseguidos, los desaparecidos y denunciaba las muertes que ocurrían a diario en los campos de detención y torturas que había creado la dictadura militar.

Monseñor Angelo Sodano había llegado a Chile en marzo de 1978 designado por el Papa Pablo VI, entregando sus cartas credenciales al gobierno militar de Chile que lo acreditaban como el nuevo Nuncio Apostólico después de la muerte de Monseñor Sotero Sáenz de Villalba, quien había fallecido en enero de ese mismo año.

A pesar que don Raúl había discrepado en múltiples ocasiones con monseñor Sotero Sáenz, existía entre ellos un gran aprecio y amistad. Ambos se respetaban mutuamente y el Cardenal permanentemente elogiaba su espíritu de preocupación para con los más pobres y su contribución a la búsqueda de soluciones que mitigaran el dolor que vivían muchos chilenos, como consecuencia de la flagrante violación a los derechos humanos. Sin perjuicio de su alto rango diplomático, monseñor Sáenz se preocupaba de decir misa los días domingos en localidades rurales, conversaba con los sacerdotes del pueblo y escuchaba a la gente. Fue un pastor cercano y querido. Se encontraba entre dos fuegos, por una parte las permanentes quejas del gobierno chileno por la acción de la Vicaría de la Solidaridad y por otra, su palpable vinculación con el pueblo chileno quien se le quejaba de las atrocidades que a diario cometía el régimen militar.

La relación con monseñor Sodano fue difícil desde la partida. Las discrepancias amistosas de don Raúl con monseñor Sotero Sáenz se transformaron en discrepancias confrontacionales con monseñor Sodano. Definitivamente el nuevo Nuncio Apostólico no estaba de acuerdo con que la Iglesia desarrollara una acción tan decidida en la férrea defensa a los derechos humanos que encabezaba don Raúl, y menos estaba de acuerdo que se inmiscuyera al Santo Padre en el conflicto entre Chile y Argentina. Su posición era la de suavizar los roces con la dictadura, intentando evitar que la Iglesia tuviese divergencias tan profundas con el gobierno militar. A su juicio, el liderazgo que demostraba don Raúl en estas materias, más bien se identificaba con las de un dirigente político, antes que la de un pastor de la Iglesia. Y en cuanto al conflicto con Argentina, el sólo pensar en una intervención de la Santa Sede, le parecía una pretensión inadmisibile.

Ciertamente que las posiciones de uno y otro eran muy diferentes, y por cierto que ninguno de ellos estaba dispuesto a ceder, ya que ambos tenían el convencimiento que la razón estaba de su parte, y que ese era el mejor camino para la Iglesia. No le fue fácil a don Raúl su relación con el Nuncio, por lo que desde un principio se advirtió que el fuerte carácter de uno y otro, tenderían a chocar en más de una oportunidad.

El año 1978 fue un año difícil, muy difícil. Don Raúl, a pesar de la posición del Nuncio, decidió asumir un rol de liderazgo en la búsqueda de una solución pacífica entre Chile y Argentina. Advertía que difícilmente la diplomacia podría llegar a acuerdos, en especial por la actitud de los militares argentinos. Entonces decidió jugarse por entero en la búsqueda de una intervención papal, puesto que intuía que esta era la única instancia posible ya que ambas dictaduras, que se confesaban públicamente como católicas, difícilmente podían rechazar la mediación de una autoridad moral de tanta envergadura. Sin embargo, esta pretensión de don Raúl no era fácil de lograr y menos con un Nuncio que no estaba de acuerdo con aquello. Por otra parte el Cardenal pensaba que para lograr lo anterior necesitaría del respaldo de la propia Iglesia argentina y también la de Perú y de Bolivia, en consideración a la permanente reivindicación,

en especial de Bolivia, por los territorios perdidos en la guerra del Pacífico. El Cardenal pensaba que una guerra con Argentina abriría también frentes bélicos en las fronteras con Perú y Bolivia. El panorama no podía ser más desolador.

Pero don Raúl nunca se achicaba en los momentos de dificultad y así, estando convencido que no había otra alternativa para la paz que una intervención papal, decide poner en juego toda su influencia a fin de lograr el difícil objetivo, a pesar de tantas dificultades.

Envía de emisarios a los padres Renato Poblete y a su secretario privado Luis Eugenio Silva a Bolivia y Perú, a fin de auscultar la posibilidad de emitir un documento conjunto de los Episcopados abogando por la paz en el cono sur de América y apoyando la petición de una mediación papal. Pero esta tarea no era fácil de realizar ya que evidentemente existían posiciones divergentes al interior de los Episcopados a pesar de la amistad personal que unía a don Raúl con monseñor Jorge Manrique arzobispo de La Paz y con el Cardenal peruano Juan Landázuri. Estos dos últimos tenían una posición de acercamiento a las posturas de don Raúl y así manifestaron su intención de suscribir un documento conjunto, pero la posición de ellos no era totalmente compartida por el resto de los obispos de sus respectivos países.

Quiero hacer un paréntesis a este relato que me parece pertinente incluir en este anecdotario, puesto que durante ocho años me correspondió viajar muchas veces a Bolivia como consultor del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). Muchas veces me reuní con monseñor Manrique en esos viajes ya que lo había conocido en Punta de Tralca junto al Cardenal Silva. Incluso en cierta oportunidad que me correspondió una misión en La Paz, invité a mi esposa Sylvia, a mi hija Carolina y a la hermana del padre Gustavo Ferraris, Giuseppina, más conocida como Pinetta. Allí, durante todo un fin de semana fuimos muy cordialmente atendidos por monseñor Manrique quien incluso nos llevó a conocer la milagrosa virgen de Copacabana cuyo santuario se encuentra a orillas del lago Titicaca, a unos 140 kilómetros de la capital. Allí nos ofició una misa con una prédica dirigida directamente a sus huéspedes. Varias

veces nos juntaríamos posteriormente con monseñor Manrique en su casa en La Paz, la que era atendida por sus dos hermanas quienes se esmeraban en hacer grata la estancia de los que llegaban a visitarlo.

Con motivo de la presentación del primer tomo de las Memorias de don Raúl, decidí invitarlo a Chile a fin de que estuviese presente en tan solemne acto. El aceptó gustoso y estaba feliz con la posibilidad que yo le estaba ofreciendo. Cuando fui a esperarlo al aeropuerto apareció con un notorio parche en su cabeza producto de que cuando fue a retirar el pasaje que le había enviado desde Santiago a las oficinas de LAN en La Paz, se estrelló con la puerta de vidrio de acceso produciéndole una herida de cierta significación. Se alojó en Santiago en la parroquia de El Bosque y posteriormente iría a pasar unos días en la costa a mi casa de Las Cruces, a la cual también iría el Cardenal Silva.

Estando allí, en la tranquilidad de ese lugar monseñor Manrique me expresa su admiración por el Cardenal Silva y su obra. Monseñor Manrique había estudiado en el seminario Pontificio Mayor y le encantaba ir a Punta de Tralca, lugar que conoció cuando era seminarista. Me relató los tantos momentos vividos junto a don Raúl, deteniéndose en los contactos que habían tenido a raíz del inminente conflicto con Argentina. Don Raúl, además de haber enviado a los emisarios que se ha hecho mención, decidió conversar el tema directamente con su amigo el entonces Arzobispo de La Paz monseñor Jorge Manrique. Al relatarme estos hechos en mi casa de Las Cruces, sus palabras estaban llenas de admiración hacia don Raúl, no tan sólo por haber conseguido finalmente la mediación papal, sino que principalmente por su amor a Chile y por su irrenunciable e incesante búsqueda de caminos de paz entre hermanos. Mientras sostenía entre los dedos de su mano derecha una copa de coñac, a la que había que “humanizarla” según su propia expresión, dándole así calor humano, me relataba con entusiasmo su rol en esos difíciles momentos. Me confesó que él en lo personal apoyó desde sus inicios las gestiones que estaba efectuando don Raúl, pero que no podía garantizar el apoyo del resto del Episcopado de Bolivia. En todo caso, me señaló, que su gestión y su participación habían contribuido a hacer posible una mediación que parecía una tarea imposible de lograr. Concluyó diciendo que se sentía feliz de

haber apoyado a don Raúl en este empeño tan audaz y tan importante de conseguir la paz entre países hermanos.

Por otra parte en noviembre del año 1978 se realizaría en Santiago el Simposio de los Derechos Humanos organizado por la Vicaría de la Solidaridad, con el decidido respaldo de don Raúl, el cual contaría con la presencia de representantes de muchos países quienes apoyaban a la Vicaría de la Solidaridad, en un acto que a todas luces era cuestionado por la Junta Militar. A la cabeza de su organización se encontraba el vicario Cristián Precht a quien el Cardenal quería muchísimo. No creo equivocarme si digo que Cristián era su discípulo más querido como lo fue San Juan para Jesús.

La labor de Cristián al frente de la Vicaría había sido formidable, valiente, inteligente, con gran capacidad organizativa, amante de Dios y de su rebaño y por sobre todo una admiración y una lealtad incondicional hacia don Raúl. Tenía ideas muy claras de lo que había que hacer en la dura batalla por la defensa de los derechos humanos y para ello contaba con el incondicional apoyo de don Raúl. Pero ciertamente que la tarea, no era nada de fácil y claro que también Cristián tenía detractores en el interior de la Iglesia, quienes pensaban que a través de la Vicaría se estaba desarrollando una labor de carácter político. También había otros que pensaban que el rumbo con que se había conducido la Vicaría debía de enmendarse. Así, don Raúl no sólo se encontraba al medio de la crítica de la Junta Militar, la que permanentemente se quejaba del accionar del Cardenal ante el Nuncio Angelo Sodano, sino que además en el interior de la propia Iglesia había opiniones claramente discordantes con su acción pastoral. Algunos sacerdotes y obispos pensaban que se debía poner fin a la Vicaría y otros como el padre Juan de Castro quien pensaba que la línea directriz de ella debía enmendarse, manteniendo el organismo vivo y poderoso. Por cierto que el Padre Juan de Castro se conmovía profundamente ante el dolor de tantos chilenos y estaba convencido que con otro sello la labor de la Vicaría debía continuar.

Todos estos hechos ocurrían simultáneamente en el difícil año de 1978, por lo que al partir don Raúl a Roma al funeral de Pa-

blo VI y a la elección de un nuevo Papa, todas estas contingencias estaban presentes en su ánimo, su corazón y su oración de todos los días. Pero, su mayor preocupación era la paz con Argentina y se hizo el propósito de poder lograr alguna intervención ahora de un nuevo Papa, cuyo nombre nadie podía saber en ese momento.

Los Cardenales tienen la prohibición de hablar de la sucesión del Papa mientras éste viva, cualquiera sea el estado de su salud; pero al revés, una vez muerto se tiene la obligación de hacerlo y así buscar con ayuda del Espíritu Santo aquella persona que disponga, a juicio de los Cardenales, de las mayores y mejores aptitudes para ser dignos sucesores de San Pedro.

Conversé con don Raúl poco antes de su partida a la Santa Sede en el mes de agosto de ese año. Le pregunto acerca de cómo él veía la elección de nuevo Papa, ante lo cual se explaya diciendo que los periodistas y la prensa en general no resisten la tentación de señalar como papables a los cardenales que de acuerdo a rumores o deducciones, podrían resultar electos, pero que en definitiva las conversaciones entre los cardenales antes y durante el Cónclave resultarían claves para esa importante designación.

Le pregunto entonces que cuál sería su posición en esa elección a lo cual me responde que antes que nada hay que tomar en cuenta el momento que vive la Iglesia y así buscar aquella persona que reúna ciertas características curriculares que, de acuerdo al discernimiento de los cardenales, podría conducir en mejor forma a los católicos. Le insisto inquiriéndole acerca de cuáles deberían ser esas características. Entonces me dice que el nuevo Papa debería disponer al menos de tres condiciones básicas; la primera de ella es que sea de nacionalidad italiana en consideración a que todavía, según don Raúl, la Iglesia no estaba preparada para la elección de un Papa de otra nacionalidad; la segunda condición es que manifiestamente sea una persona que haya adherido a los cambios del concilio Vaticano II y que por tanto esté imbuido del espíritu post conciliar, poniendo sus capacidades a seguir avanzando en esos cambios. La tercera condición es que no pertenezca a la burocracia del Vaticano o la curia Vaticano como la mencionaba don Raúl. La Iglesia, para acercarse al pueblo de Dios, necesita de un

pastor, que sepa conducir a los católicos y no ser un gobernante administrador. Estas son, a mi juicio, las características que debe reunir el próximo Papa, concluyó don Raúl.

A su regreso de Roma, don Raúl me contó que, antes del inicio del Cónclave, decidió ir a conversar con su amigo el Cardenal Sebastián Baggio, quien había sido Nuncio Apostólico en Chile y a quien muchos consideraban como posible sucesor de Pablo VI. El Cardenal Silva, quería compartir con él sus puntos de vista acerca de las condiciones que, a su juicio, debía reunir el nuevo Papa próximo a ser electo en el Cónclave que se iniciaría días más tarde. Acordaron reunirse en la residencia del Cardenal Baggio la que se encontraba a bastante distancia de la de don Raúl. Posteriormente, en el cónclave estarían bajo el mismo techo pero, antes de su inicio, los cardenales se alojaban en distintos lugares. Muy graciosamente contaba don Raúl que en la casa de los Salesianos donde se encontraba alojado le facilitaron un pequeño Fiat 600 para trasladarse en Roma, el cual era conducido por las tortuosas y siempre atochadas calles de Roma por su secretario privado de aquel entonces, el padre Luis Eugenio Silva.

Por la amistad que le unía con monseñor Baggio y porque fue un buen amigo de Chile, es que don Raúl optó, en un acto de deferencia muy propio de él, de comunicarle a monseñor Baggio las razones que lo impulsaban a pensar cuáles debían ser las características que debía reunir el nuevo Papa, una de las cuales no la reunía ya que el Cardenal Baggio pertenecía a la Curia Vaticana.

Fue elegido Papa el Cardenal Albino Luciani quien no pertenecía a la Curia vaticana ya que era patriarca de Venecia. Cuando me enteré de su designación y leí su biografía sentí una profunda satisfacción en especial por don Raúl, ya que el Cardenal Luciani cumplía a cabalidad las tres condiciones que él me había expresado. Además, dando una clarísima señal de cuál sería su línea de conducta en la dirección de la Iglesia católica, decidió llamarse Juan Pablo I en honor a sus antecesores Juan XXIII y Pablo VI verdaderos artífices de los cambios que se habían producido en la Iglesia y por los que tanto luchó don Raúl en el Concilio Vaticano II.

Esto ocurrió el día 26 de agosto de 1978. Don Raúl quería retornar a Chile a la brevedad en consideración a la compleja situación que vivía el país en aquel entonces. Además, se acercaba el 11 de septiembre, fecha dramática para los chilenos debido al golpe militar en 1973 y también porque quería preparar el mensaje que le correspondía decir en la catedral, con motivo del solemne Te Deum de acción de gracias al cumplirse un aniversario más de la independencia nacional.

Sin embargo, don Raúl no quería retornar a Chile sin haber hablado previamente con el nuevo Papa. Quería implorarle su personal intervención para hacer posible la mediación ante el inminente conflicto bélico. Después del anuncio de que se había elegido un nuevo Papa, hecho que ocurrió a fines de agosto, se fijó la fecha del 3 de septiembre para la solemne ceremonia de entronización.

Don Raúl había viajado a Roma acompañado de su secretario, el padre Luis Eugenio Silva, quien conocía al cardenal argentino Raúl Primatesta con quien mantenía una muy buena relación desde los tiempos que era alumno del colegio argentino Pío Latino. Esta providencial circunstancia permitió que en la semana que mediara entre la elección y la entronización se produjeran varias reuniones con los cardenales argentinos Aramburu y Primatesta, quienes finalmente estuvieron de acuerdo en suscribir una carta conjunta en términos muy directos, solicitándole al Papa su personal intervención a fin de evitar un conflicto bélico que cada vez se veía más inevitable. Con esa carta en su mano el Cardenal Silva solicitó una entrevista con el nuevo Papa a fin de, no tan sólo hacerle entrega de ella, sino que además tener la oportunidad de conversar con él. Sus esfuerzos fueron infructuosos ya que en la Casa Pontificia, donde había que solicitar la audiencia, le señalaron que eso sólo sería posible en la segunda quincena de septiembre.

El Cardenal estimaba imprescindible que Juan Pablo I supiese directamente la urgencia de su petición y entonces toma una decisión muy arriesgada: le hablaría al Papa en la solemne ceremonia de entronización fijada para el 3 de septiembre, donde los cardenales arrodillados delante del Sumo Pontífice le prometen obediencia.

Toda la televisión mundial estaría presente en esa ceremonia, para lo cual se estimaba en no más de 10 segundos el voto de promesa y fidelidad de cada cardenal. Por cierto que esa decisión le acarrearía fuertes críticas en la rígida organización protocolar del Vaticano y las molestias de la curia por tal impertinencia. Pero la paz estaba primero y ante la inminencia de la guerra, de nefastas consecuencias, con miles de víctimas inocentes, con el dolor de las familias al constatar a sus hijos caídos o mutilados y, en fin, frente a la inmensa angustia que provoca un conflicto bélico, no lo dudó un instante y decidió hablarle por el tiempo que fuera necesario en esa solemne ceremonia de obediencia.

En esos momentos yo me encontraba en mi casa observando la televisión y no comprendía la razón por la que los periodistas comentaban sorprendidos que el cardenal Silva, allí postrado a los pies de Juan Pablo I, le hablaba y le hablaba sin cesar, mientras el Papa asentía con un rostro más bien serio. Pasó un minuto, dos, tres o, quizás cinco minutos y allí estaba don Raúl implorando por Chile y por la paz en un gesto de amor que la historia aún no ha recogido en su real dimensión, puesto que a mi juicio, ese gesto audaz pero lleno de amor, fue el que en definitiva permitió la mediación papal, la que desembocó en la designación del Cardenal Samoré como mediador, el que con prudencia e inteligencia logró finalmente la paz; pero ese gesto y esa actitud de don Raúl fue el paso imprescindible que permitió lograr una salida que parecía imposible.

Sólo supe a su llegada lo que había ocurrido ese día 3 de septiembre y noté a don Raúl contento por lo que se había atrevido hacer en tan solemne ocasión. Pero ciertamente que ello no fue del gusto de los encargados de la ceremonia y tampoco del Nuncio en Chile, monseñor Angelo Sodano, quien tan apegado al protocolo, no concebía esta audaz actitud de un sencillo Cardenal sudamericano amante de Chile y su pueblo, amante de la justicia, amante de la paz. En la conversación con el Papa éste le dice que entregue en la Casa Pontificia la carta firmada por los cardenales de Chile y Argentina.

Después de estos hechos la intervención del Papa se hizo sentir. Para reafirmar la posición de paz escrita por los cardenales de

Argentina y Chile en Roma y entregada en la Santa Sede, los Comités Permanentes de los Episcopados de Argentina y Chile deciden reunirse en Mendoza emitiendo un mensaje conjunto llamando a los gobiernos a detener los preparativos bélicos y buscar los caminos de la paz. Juan Pablo I, como consecuencia de la conversación con don Raúl, envió una carta a los Episcopados exhortando a los católicos a redoblar sus esfuerzos junto a sus pastores en la búsqueda de una solución pacífica. Esa carta debía hacerse pública el 29 de septiembre tanto en Chile como en Argentina, fecha en que encuentran muerto en su lecho al Papa, sólo 26 días después de su entronización.

De nuevo a Roma. El Cardenal partió con el ánimo de procurar que lo iniciado por Juan Pablo I, pudiese continuar. Acuerda nuevamente con los cardenales argentinos, Aramburu y Primatesta, quienes se jugaron por entero por la paz, enviar una carta similar a la anterior al recientemente elegido el Papa, el polaco Juan Pablo II. En esta oportunidad el Cardenal Silva no utilizó el tiempo que debía jurar obediencia y así plantear arrodillado ante el nuevo Papa un tema distinto al establecido en la solemne y protocolar ceremonia. Por lo demás los encargados del protocolo se encargaron de hacerle saber de antemano que no debía repetir tal osadía.

Por su parte, los gobiernos de Chile y Argentina estaban perfectamente informados de los pasos que estaban dando los cardenales y los Episcopados de ambos países. Sin embargo, y a pesar que entre las cancillerías se mencionó la posibilidad de una mediación papal, ésta no prosperó. Sólo el 25 de noviembre de 1978 se recibe una respuesta a la carta que entregaron en Roma a Juan Pablo II y después de urgentes e insistentes llamados tanto del episcopado de Chile como el de Argentina. En ella se instaba a que tanto los gobiernos como los episcopados se movilizaran en la búsqueda de una solución pacífica. Aún cuando la carta no estaba firmada por el Papa, ella constituía un documento oficial y formal de la Santa Sede cuyo peso en los países de tradición católica era sin duda formidable.

En el mes de diciembre de ese año la situación tomó caracteres de real angustia. A pesar de los esfuerzos realizados, los preparativos bélicos por una y otra parte se acrecentaban. Los avio-



nes de empresas privadas debieron ser puestos a disposición de las autoridades, un gran contingente de soldados se trasladaron hacia la zona conflictiva. A pesar de que las autoridades chilenas optaron por no generar una psicosis colectiva, en el ambiente se sentía la angustia ante una situación tan delicada. A esa fecha, diciembre, ya se había realizado y con singular éxito el Simposio de los Derechos Humanos. Este acto fue de gran envergadura, con representantes de todo el mundo y donde se pudo escuchar la magnífica Cantata de los Derechos Humanos. El país pudo vivir un corto período en que los chilenos nos sentimos libres. Bajo el amparo de la Iglesia se pudo hablar con libertad y se pudo escuchar lo que la televisión, la prensa y el periodismo callaban. Fueron días inolvidables, a pesar de la actitud negativa del gobierno y los difíciles momentos que tuvo que vivir el Cardenal como consecuencia de haber consentido e impulsado este gran encuentro universal.

Las críticas a su acción arreciaban no sólo por parte del gobierno y sus partidarios sino que también en el seno de la misma Iglesia donde algunos le criticaban con ardor, acusándolo de politizarla. Su inicial autorización a que se utilizara el templo catedral tanto para las sesiones plenarias como para las de trabajo de las comisiones, le representó fuertes críticas. Finalmente optó por autorizar que sólo se usara la Catedral para las sesiones inaugural y de clausura, incluyendo la Cantata de los Derechos Humanos. El día de cierre del Simposio fue emocionante. El templo catedral se atiborró muy temprano y la Plaza de Armas se llenó de un pueblo que, convocado por la Iglesia y su Cardenal, clamaba libertad, paz y justicia. Aún conservo con emoción una hermosa vela de color amarilla, de unos 5 centímetros de diámetro y 8 de alto con un papel transparente y envolvente, donde está impreso el logotipo y el nombre del Simposio. Ese día, en ese oasis de libertad y de denuncia a los atropellos que la prensa y el gobierno callaban, no pude contener las lágrimas. Allí también escuché con emoción a un pueblo que agradecía a su Iglesia y a su Cardenal gritando con fervor: Raúl Amigo, el pueblo está contigo. A partir de ese momento ese grito constituyó un grito de libertad, de gratitud a un hombre bueno y justo, un grito de denuncia ante la arbitrariedad y el atropello. El grito desesperado de un pueblo que ansiaba paz, justicia, democracia y libertad.

Otro hecho importante ocurrido en diciembre de 1978 fue el premio por la defensa de los derechos humanos que las Naciones Unidas decidió otorgar a la Vicaría de la Solidaridad en Nueva York. El Cardenal viajó a esa ciudad acompañado de Cristián Precht a recibir ese merecido premio. Sin embargo, en el mismo momento en que ocurría este importante hecho, don Raúl estaba meditando acerca de efectuar un cambio en la Vicaría y así designar a Cristián en otro puesto. No era fácil para don Raúl dar este paso, ya que el cariño mutuo y entrañable entre ambos, hacía muy difícil plantearle un cambio en esos momentos en que la Iglesia chilena estaba logrando un enorme grado de credibilidad entre los chilenos y en el extranjero, en buena medida como resultado de la gigantesca labor cumplida por Cristián a cargo de la Vicaría de la Solidaridad. Las críticas en el interior de la propia Iglesia, la soterrada oposición del Nuncio Apostólico Angelo Sodano, quien incluso citó a Cristián para manifestarle su preocupación por la acción de la Vicaría, todo ello pesaba en el corazón de don Raúl. Además, no quería que por la lealtad demostrada por Cristián y su apoyo incondicional a las directrices que el Arzobispado le imponía en la decidida defensa de los derechos humanos, pudiera afectarlo, en especial tomando en consideración la posición de monseñor Angelo Sodano y la evidente capacidad demostrada por Cristián que lo hacía merecedor a ocupar importantes cargos dentro de la jerarquía de la Iglesia. Por cierto que la opinión y el informe del Nuncio sería gravitante para una posible designación de Obispo a Cristián Precht y por eso el Cardenal deseaba alejarlo de un cargo tan polémico. Sin embargo, y a pesar de ello Cristián no fue designado Obispo, teniendo todos los méritos para ocupar un cargo de tanta trascendencia. Yo sé que a Cristián esto no le importa ya que a él lo único que le importa es servir a Dios y a su pueblo. Hace unos días asistí en Peñalolén a la ceremonia de inauguración de un gigantesco Centro de Salud, construido por el Alcalde Claudio Orrego, quien junto a su Consejo Municipal deciden denominarlo Cardenal Raúl Silva Henríquez. Allí estaba también Cristián y cuando el locutor señaló que estaba presente, el pueblo de Peñalolén le tributó un espontáneo y prolongado aplauso. En ese aplauso estaba presente el reconocimiento de toda la ciudadanía a una tarea realizada con amor a favor de aquellos que más sufrían.

Allí mismo en Nueva York, en la hermosa Casa Salesiana de New Rochelle, después de recibir el premio de la ONU, le comunica, explicándole con detalle las razones que lo impulsaban a ello, que había decidido nombrarlo como Vicario de la Zona Oeste y designar al padre Juan de Castro, quien se había manifestado crítico al estilo de trabajo de la Vicaría, como nuevo vicario de la Solidaridad. Se producía por lo tanto un enroque entre dos grandes amigos: los padres Cristián y Juan.

¡Cuántos hechos significativos ocurrieron en el año 1978!: la llegada de Angelo Sodano y su postura tan ortodoxa y tan apegado a los cánones del protocolo vaticano, la muerte y elección de dos Papas, el grave conflicto con Argentina con evidentes posibilidades de una guerra fratricida, un año plagado de disensiones al interior de la Iglesia chilena, el año del Simposio de los Derechos Humanos, el premio en la ONU, la propuesta a su amigo Cristián Precht para retirarse de la Vicaría de la Solidaridad. Ciertamente que Jesús había puesto en los hombros de don Raúl una responsabilidad inmensa que él asumió con valentía y coraje, osadía, audacia, perseverancia y amor, mucho amor a Dios y a los hombres.



PREFETTURA DELLA CASA PONTIFICIA

*Permesso personale per partecipare all'Udienza del Santo Padre che avrà luogo nella **Piazza San Pietro**, mercoledì 22 settembre 1982, alle ore 17.*

Ingresso: da Piazza del Sant'Uffizio

PRIMA FILA

Nº 13

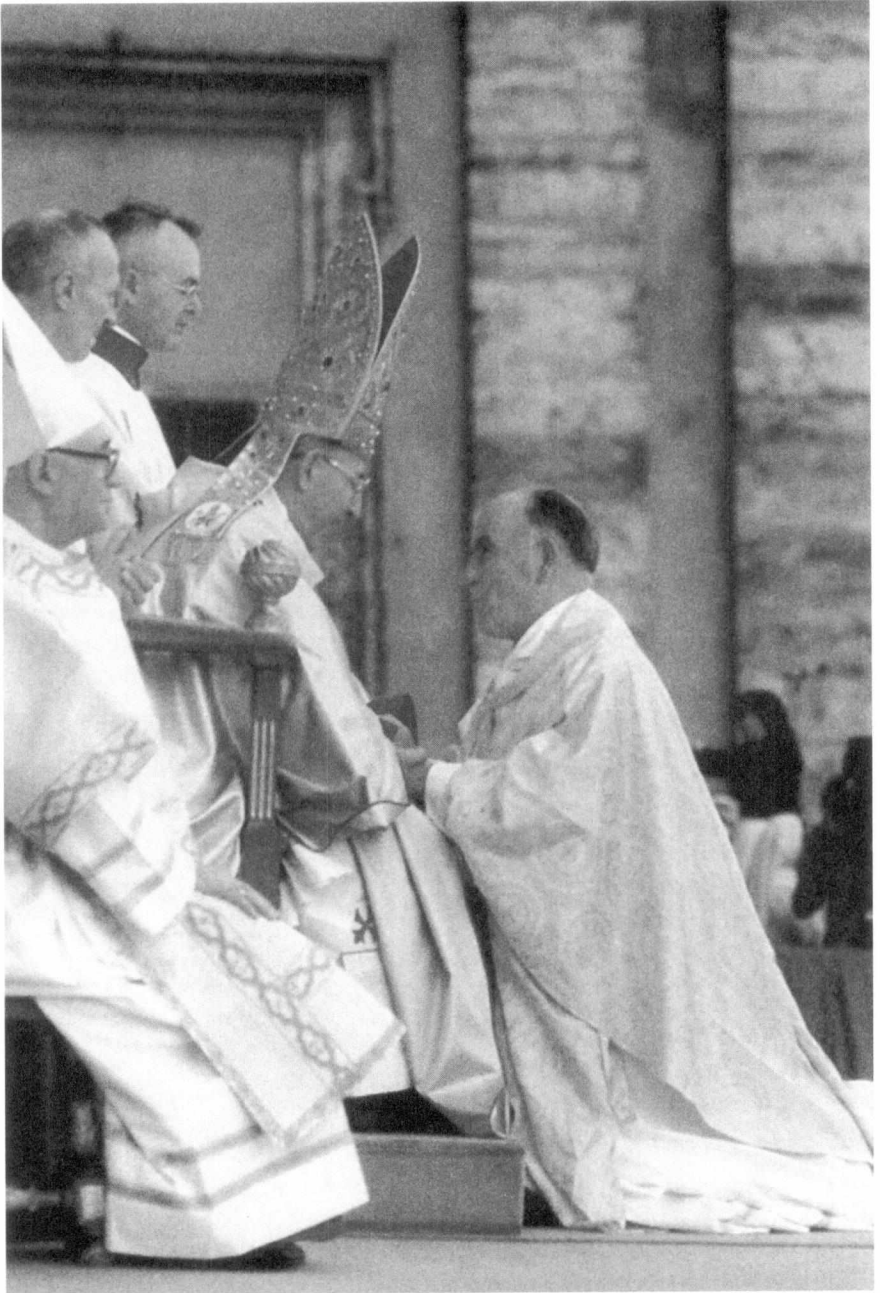
Il biglietto è del tutto gratuito.

L'ingresso sarà dato alle ore 15.

Invitación conseguida por don Raúl a Reinaldo y Sylvia para estar con el Papa y poder conversar con él, el día 22 de septiembre de 1982, al acompañarlo a Roma con motivo de la entrega de su carta renuncia al cumplir 75 años.



Roma, 22 de septiembre de 1982.



El cardenal Silva, postrado a los pies de Juan Pablo I, le solicita la mediación ante el inminente conflicto con Argentina. Plaza de San Pedro, septiembre de 1978.



Reinaldo Sapag con monseñor Jorge Manrique, Arzobispo de La Paz, junto a la iglesia de San Francisco de esa ciudad en 1990.

CAPÍTULO IV

EL PAPA WOJTYLA

Apenas recibida la noticia de la muerte de Juan Pablo I, el 29 de septiembre de 1978, dos días después del cumpleaños número 71 de don Raúl, tuvo que preparar nuevamente las maletas y retornar a Roma a un nuevo cónclave.

Antes de partir volvimos a conversar acerca de estos acontecimientos tan inesperados. Si bien en la elección de Juan Pablo I se habían cumplido las tres condiciones que a juicio de don Raúl debía de cumplir el Papa, la posición de buena parte de los cardenales alemanes difería de la de él, puesto que ellos, sí pensaban que las condiciones estaban dadas para elegir un Papa que no fuera de nacionalidad italiana.

El Cardenal Silva mantenía una muy buena amistad con el Cardenal de Colonia, Joseph Höffner, por lo que durante el cónclave que eligió a Juan Pablo I, intercambiaron muchas veces opiniones acerca de la nacionalidad que podría tener el nuevo Papa. La iglesia alemana se había ganado un merecido respeto ante el resto de la Iglesia universal, como consecuencia, no tan sólo de sus inmensos aportes a la doctrina de la fe, sino que también, por sus significativos aportes económicos a la Santa Sede.

Los Cardenales alemanes tenían buenas razones para plantear en el cónclave un cardenal no italiano, después de la muerte de Pablo VI. Ellos pensaban, desde ese entonces, en el Cardenal polaco Carol Wojtyla, quien había sido nombrado Cardenal por el Papa Pablo VI a la edad de 47 años, en el año 1967. Según ellos, Wojtyla reunía todas las condiciones para asumir el papado, en especial considerando que en el Concilio Vaticano II había sido un

actor muy activo y particularmente proclive a los urgentes cambios que la Iglesia debía asumir, de acorde a los nuevos tiempos. Sin embargo, los cardenales italianos daban por sentado que el sucesor de Pablo VI debía ser de nacionalidad italiana. Los alemanes contrargumentaban señalando que la iglesia necesitaba un prelado que representara a la valiente y combativa Iglesia de los países del Este, controlados en ese momento por la hegemonía marxista liderada por la Unión Soviética.

El Cardenal Raúl me dijo que él pensaba, que la posición de los cardenales alemanes, se debía principalmente a su deseo de reparar los graves daños que la Alemania nazi le propinó a Polonia durante la Segunda Guerra Mundial. Don Raúl pensaba que además de los méritos propios de Carol Wojtyla, su nacionalidad polaca constituía un factor muy gravitante que jugaba en su contra para la elección.

Los cardenales italianos, que representaban una fuerte mayoría en el cónclave, no pensaban lo mismo que los alemanes, por lo que en definitiva la elección se centró entre tres candidatos italianos; los cardenales Giuseppe Siri, Giovanni Benelli y Albino Luciani, siendo electo este último. Nadie podía pensar, en esos momentos, que apenas transcurrido un mes de papado se produciría su fallecimiento.

Retornar a Roma 33 días después de esa elección, a un nuevo cónclave, hacía que los argumentos acerca del perfil del candidato se mantuvieran en los mismos cánones que en el cónclave anterior. Los cardenales italianos se alinearon divididamente entre Siri y Benelli, produciéndose dos grupos que defendían irreconciliablemente cada cual a su candidato. Ante tal pugna, la posición de los cardenales alemanes, apoyados por algunos norteamericanos, en orden a que habían llegado los tiempos de un Papa no italiano, tomó fuerza y así poco a poco el nombre de Carol Wojtyla fue ganando terreno hasta ser designado como nuevo Pontífice con el nombre de Juan Pablo II el 15 de octubre de 1978.

Don Raúl relataba que las condiciones de vida en el cónclave eran muy precarias, puesto que el número de cardenales había aumentado notoriamente, y el hecho de que los cardenales se reunie-

ran y alojaban en las dependencias vaticanas, resultaba ser particularmente incómodo. Mientras no saliera humo blanco, había que estar encerrados, sin contacto con el exterior. Por cierto que no existían en la Santa Sede el número de dormitorios con baño privado que permitiese alojar a tal número de dignatarios, muchos de ellos de avanzada edad. Contaba don Raúl que a él le correspondió dormir en una cama improvisada que se ubicó bajo una escalera de madera que crujió ostensiblemente cuando algún ocupante tenía que utilizarla. No había baño privado, por lo que a veces había que caminar un largo trecho para ducharse o utilizarlo. Don Raúl pensaba que en cualquier futuro cónclave, el alojamiento de los cardenales no se haría en la misma Santa Sede. Y en el hecho así ocurrió, ya que al fallecimiento de Juan Pablo II, para la elección de Benedicto XVI, el alemán Joseph Ratzinger, los cardenales tuvieron mayores comodidades alojándose así en diversos lugares.

Juan Pablo II decide no cambiar a monseñor Angelo Sodano como Nuncio en Chile, por lo que don Raúl debería seguir desarrollando su tarea pastoral a sabiendas que el representante diplomático de la Santa Sede, no comulgaba totalmente con su decidida acción en la Vicaria de la Solidaridad, y en la búsqueda de una solución con intervención Papal en el diferendo con Argentina. Los roces entre ellos se mantuvieron, a pesar de que ni uno ni el otro manifestara públicamente sus diferencias. En el hecho, cada uno estaba convencido de que mediante su estilo, se servía de mejor forma a la Iglesia.

Por cierto que el tiempo le daría la razón al Cardenal Silva, ya que por una parte se logró, mediante la mediación papal, la paz con Argentina y por la otra, don Raúl se ganó el corazón de los chilenos por su defensa ineludible de los derechos humanos. Su testimonio de vida nunca será olvidado por el pueblo de Chile quien agradece al pastor que con coraje y valentía levantó su voz, teniendo a Cristo por delante, en defensa de los más pobres, de los perseguidos, de los atropellados. A pesar de las dificultades que tuvo que vivir, a pesar de la oposición a su actuar por parte de la Nunciatura, a pesar que en el interior de la Iglesia chilena muchos lo criticaban, a pesar de que el gobierno militar no lo quería y lo tildaban de Cardenal rojo, este hombre que tanto fue capaz de soportar, que tanta tena-

ciudad mostró en cualquier lugar que el Señor le encargó, supo guiar a su querida Iglesia por el camino del buen samaritano, por el camino del amor, intentando ser siempre fiel al magisterio de la Iglesia.

Por otra parte, al Papa Juan Pablo II también le había correspondido enfrentarse con la dictadura marxista en Polonia. Sabía muy bien lo difícil que resulta llevar la palabra del Evangelio a autoridades que desprecian la justicia, y que imponen sus puntos de vistas mediante la fuerza y la opresión. Además, el gran prestigio de don Raúl a nivel internacional, y el respaldo que le otorgaban los cardenales de tantos países, que observaban con admiración el papel que jugaba don Raúl en la Iglesia chilena, constituía ante Juan Pablo II una formidable carta de presentación, a pesar de la posición del Nuncio.

Al momento de asumir el nuevo Papa, don Raúl había cumplido los 71 años de edad. Le faltaban cuatro para entregar su dimisión de acuerdo a lo aprobado en el Concilio Vaticano II. La norma señala textualmente “en el año en que el obispo cumpla los 75 años, deberá entregar su dimisión al Papa”. Pero el año comienza un 1° de enero y termina un 31 de diciembre, por lo que la norma daba un amplio margen de un año para que ocurriese tal obligación. Al aproximarse la fecha, don Raúl decide en 1982, consultar a sus vicarios acerca de cuál sería la mejor fecha. En cierta oportunidad conversando este tema con él me explica que si presentaba su dimisión el 1° de enero, se generaría la impresión que deseaba dejar sus altas responsabilidades cuanto antes y, si al revés, la entregaba el 31 de diciembre, daría la impresión que deseaba “aferrarse”. En vista de lo anterior, tanto él como sus vicarios, llegaron a la conclusión de que lo mejor sería entregar su carta de renuncia en el mes de septiembre, mes que cumpliría los 75 años.

En varias oportunidades conversamos acerca de cómo sería su dimisión. El no quería dejar su cargo todavía, puesto que pensaba que aún tenía fuerzas para guiar a la Iglesia de Santiago; además pensaba que la lucha por la defensa de los derechos humanos aún no terminaba y que había que seguir en la senda de búsqueda de la paz, la justicia y el retorno a la democracia. No estaba seguro de cuál sería la línea que adoptaría su sucesor. En alguna de esas conversaciones

surgió la posibilidad de que fuéramos juntos a Roma para una fecha tan significativa. Nos pusimos de acuerdo y así junto a mi esposa Sylvia partimos a Roma. En vista que él tenía que pasar previamente por Lima, acordamos que lo llamaría por teléfono a la Casa donde él alojaría en Roma, un hermoso lugar regentado por los salesianos donde se encuentran ubicadas las catacumbas de San Calixto, en la Via Apia Antica. Me indica el teléfono y la dirección para que nos juntáramos en Roma.

Cuando nos juntamos allá, junto con mi esposa Sylvia, me dijo que tenía una escueta carta de dimisión en donde sólo señala que en vista que en una semana más cumpliría 75 años de vida, pone en manos del Santo Padre su renuncia al cargo del Arzobispo de Santiago, cargo que había ejercido durante 22 años. La carta estaba fechada en Roma el 20 de septiembre de 1982.

Yo le había pedido a don Raúl la posibilidad de reunirnos con el Santo Padre, junto con mi esposa Sylvia, a lo que él me responde que haría las gestiones en la Casa Pontificia; esto ocurre antes de su entrevista con el Papa. El Cardenal hace las gestiones pertinentes y me llama al hotel para avisarme que para la audiencia general del 25 de septiembre, estaríamos en primera fila y que el Papa se acercaría para saludarnos junto a mi esposa. ¡Qué felicidad más grande el poder estar con Juan Pablo II y conversar con él! Fue realmente un momento muy emocionante en el que Sylvia no pudo contener las lágrimas. Después de conversar muy poco rato con él, y al saber que éramos chilenos y muy amigos de don Raúl, me dice: "Ustedes tienen un querido y gran Cardenal". Al observar el llanto de mi mujer, se dirige a ella y le pregunta, ¿y usted por qué llora?, cuénteme, cuántos hijos tienen. Entonces Sylvia con voz entrecortada le responde que teníamos cuatro hijos. Nos pone sus manos en el hombro derecho de mi mujer y en el izquierdo mío, y rogando al Señor, nos da su implorada bendición. Fueron momentos inolvidables y de mucha gratitud a Dios, al Papa y a don Raúl.

El Cardenal entregó su carta renuncia en las manos del Papa en una sesión privada. Abrazaba la posibilidad de que le manifestara, como había ocurrido con otros obispos dimisionarios, que la acepta-

ción de la renuncia se demoraría, puesto que el Sumo Pontífice tiene la facultad de determinar el momento que la haría efectiva.

Conversaron cerca de 40 minutos y don Raúl se explaya relatándole las motivaciones pastorales que le habían permitido realizar una gigantesca tarea, con errores y aciertos, pero siempre impulsado por servir al Señor, su mensaje y su Iglesia. Don Raúl pensó que había sido muy convincente al señalarle al Papa sus motivaciones y su acción. Le expresó cuál había sido su vinculación con la dictadura y las acciones que había desplegado en la defensa de los derechos humanos. Dejó en claro que se sentía con fuerzas para seguir en esta y otras tareas importantes de la Iglesia; le manifestó sus puntos de vista acerca de cómo veía al arzobispado de Santiago, su estructura y su organización e incluso le señaló nombres de aquellos obispos que él pensaba que podrían sucederle, sin provocar cambios fundamentales a una línea pastoral que él defendía como exitosa y de gran respaldo por parte de los chilenos y de gran apoyo por la mayoría de los católicos.

No recuerdo si fue el mismo día o al día siguiente de su entrevista con el Papa, cuando me invita a almorzar junto a Sylvia en la casa que ocupaba en la Via Apia. Llegamos a la hora acordada, encontrándonos con otros invitados, entre los cuales se hallaba el padre Gustavo Ferraris, quien había estado en días pasados en su casa natal, en el pueblo de San Salvatore, al norte de Italia, y había traído dos botellas de vino rosso (tinto) que se encontraron enterradas en su casa y que pensó llevarlas a Roma para así compartirlas con don Raúl. La verdad es que el vino estaba buenísimo.

Antes de entrar a ese almuerzo, don Raúl me toma del brazo y me lleva a caminar por los jardines de la hermosa casa donde estaba residiendo temporalmente. Me dice que no está tranquilo y que no sabe cuál sería la decisión del Papa. “Creo haber sido convincente, pero él en ningún momento me dio señales de aceptar mi propuesta de posponer la aceptación de la dimisión o de que algunos de mis candidatos a continuar mi obra sean aceptados. Me señaló que la opinión del obispo dimisionario siempre se tomaba en consideración, y agradeciéndome por toda la labor cumplida nos despedimos”.

Don Raúl tenía buenas razones para estar intranquilo, ya que apenas llegado de vuelta a Santiago se pudo percatar que las recomendaciones del Nuncio con el objeto de dividir el Arzobispado de Santiago, creando los obispados de Melipilla y San Bernardo, parecían tener mayor eco en Roma que su opinión, en orden a que ello no sería conveniente para la Iglesia de Santiago. Las opiniones de Sodano empezaban a tener mucha más fuerza que las suyas, y eso evidentemente lo preocupaba.

A finales de abril de 1983, o sea siete meses después de su conversación y entrega de su dimisión al Papa, se recibe la carta oficial de nombramiento del arzobispo de La Serena, monseñor Juan Francisco Fresno, como nuevo Arzobispo de Santiago. No le gustó a don Raúl este nombramiento, puesto que monseñor Fresno siempre había mostrado una actitud mas proclive al gobierno militar y no siempre había estado de acuerdo con el proceder del Cardenal Silva, planteando sus puntos de vista tanto en la Conferencia Episcopal, como en conversaciones privadas.

Por otra parte, don Raúl tenía una espina en su corazón con respecto a monseñor Fresno, no por sus posiciones, que aunque no las compartía, no dudaba de la sana intención que lo movía, sino que por un hecho que a él le había dolido muchísimo. Me contó don Raúl que con motivo del nombramiento de su obispo auxiliar, monseñor Fernando Ariztía, como obispo de Copiapó, él había decidido acompañarlo en tan solemne oportunidad. Esto ocurrió en el año 1976. En aquel tiempo la única forma de llegar a esa ciudad, ubicada a 900 kilómetros al norte de Santiago, era por vía terrestre, ya que el aeropuerto Chamonate de Copiapó se encontraba cerrado, como consecuencia que las autoridades de Lan Chile, habían determinado que no les resultaba económico mantener el itinerario a Copiapó, debido a la baja demanda de pasajes

Don Raúl decide hacer el viaje en dos etapas, dada la distancia, y opta por llegar a la Serena, pernoctar allí y después seguir al día siguiente a Copiapó. Su secretaria hace los contactos respectivos y él parte a La Serena con el convencimiento que monseñor Fresno lo recibiría en la casa del arzobispado, puesto que a pesar

de las legítimas diferencias, don Raúl sentía estimación por él. Llega a la casa al anochecer y al anunciarse, le comunican que monseñor Fresno no está en la casa y que el personal no tenía instrucciones que don Raúl se alojase en ese lugar. Entonces él con mucha tristeza se tuvo que ir a dormir a un hotel.

Apenas conocido el nombramiento, don Raúl lo llama por teléfono para felicitarlo por ello. Le señala que deseaba hacerle entrega en forma ordenada del mando arzobispal y que había encargado a los vicarios Juan de Castro y Cristián Precht, llevar adelante todas las actividades y trámites que hicieran posible el traspaso en forma ordenada. En sus conversaciones con sus más cercanos, don Raúl les comunicaba que él mismo estaría presente junto a monseñor Fresno, en las reuniones que sostendrían en conjunto tanto el arzobispo saliente y el entrante, en cada una de las reparticiones del complejo Arzobispado de Santiago. Don Raúl estaba convencido de que eso se haría así, y no dudó en transmitirlo de esa manera a sus más directos colaboradores. Al menos así lo anunció con respecto a la Academia de Humanismo Cristiano.

Sin embargo, los hechos no ocurrieron como lo pensaba don Raúl, ya que monseñor Fresno asume su nuevo cargo y comienza a dirigir el arzobispado sin solicitar en ningún momento el parecer o la compañía de don Raúl. El Cardenal Silva, que se sentía repentina y prematuramente emérito o jubilado, como se apresuraba a explicarlo a quien quería indagar acerca del significado de esa palabra, esta actitud del nuevo arzobispo le causó un gran dolor del alma. Personalmente me tocó estar con él y constatar su tristeza.

Por su parte la Junta Militar mostraba su satisfacción por el cambio ocurrido, ya que la figura y la acción del Cardenal Silva, a partir del año 1973, les había molestado muchísimo, y así lo habían manifestado tanto al nuncio monseñor Sótero Sández como también a monseñor Angelo Sodano. De alguna forma, don Raúl estimaba que la rápida aceptación de su renuncia, constituía un triunfo de ellos y una derrota suya. Incluso la esposa de Augusto Pinochet llegó a declarar públicamente que por fin Dios los había escuchado.

Don Raúl, ya a fines de 1982, comenzó a preocuparse del lugar donde se iría a vivir. La casa que él había ordenado construir en Simón Bolívar, en el antiguo jardín que pertenecía a la Congregación del Amor Misericordioso, en momentos en que su sobrina la madre Mariana Silva era la superiora y dos tías mías, la madre Mercedes y la madre Elena, pertenecían a ella, debía entregarla a quien fuese designado nuevo arzobispo. En esos momentos la hermana de don Raúl, la señora Clementina Silva Henríquez, recientemente llegada de Australia, asumía la administración de una nueva casa que debía adquirir el Arzobispado de Santiago para ser habitada por los arzobispos eméritos.

El Cardenal deseaba seguir viviendo en la comuna de Ñuñoa y así, junto a su amigo arquitecto y ex rector de la Universidad Católica, Fernando Castillo Velasco, se dedican a buscar la futura casa donde viviría. Finalmente encuentra, en calle Los Pescadores 2060, una casa de dos pisos, de unos cuarenta años de antigüedad y cuyo dueño había sido un arquitecto que la había construido para ser habitada por él y su familia.

Cuando don Raúl me contó que había encontrado esa casa, le pregunto si no sería un impedimento que tuviese dos pisos, en consideración a que sólo Dios sabe hasta cuando tendría capacidad para subir las escalas. Entonces me responde que ese punto ya lo había conversado con sus médicos de confianza, los doctores Alberto Luchini y Juan Fierro, quienes se habían manifestado de acuerdo, señalándole que incluso tendría efectos benéficos, ya que subir y bajar escalas a la edad de él, constituiría un ejercicio que no le perjudicaría y más bien lo beneficiaría.

La señora Clementina comienza a preocuparse por el alhajamiento de la nueva casa, y le consulta acerca de qué muebles se llevaría don Raúl desde Simón Bolívar a Los Pescadores. El Cardenal le responde que nada, que sólo se llevará su ropa y nada más y que el amoblado de la nueva casa le correspondía al arzobispado, quien debería decidir lo que estime conveniente. La hermana de don Raúl se molesta ante esa respuesta y le hacer ver que algunos de los muebles que existían en Simón Bolívar, eran regalos hechos a él como perso-

na y que; por lo tanto él podía llevárselos a la casa de calle Los Pescadores. El Cardenal no acepta el criterio de la señora Clementina y le responde con firmeza que él hizo el voto de pobreza, y que todo lo que él ha recibido en donación, le pertenece a la Iglesia. Entonces ella le hace ver que su escritorio personal, se lo habían regalado sus antiguos compañeros de clase del Liceo Blanco Encalada de Talca, y que; por lo tanto él se lo puede llevar. Don Raúl mantiene en forma inflexible su punto de vista y le dice que sólo su ropa y nada más.

A monseñor Eduardo Canessa se le encargó la búsqueda y adquisición de muebles para la nueva casa. La verdad es que ella quedó muy digna, sencilla, pero con muebles de estilo, por lo que la señora Clementina quedó finalmente satisfecha con la decisión de su hermano.

Fue muy difícil el inicio de la nueva vida que le esperaba a don Raúl. Acostumbrado a tener su agenda más que completa, sus continuos y permanentes viajes a Roma, Europa o a los Estados Unidos, tanto para dar cuenta de sus tareas pastorales, como para presentar proyectos de diversa naturaleza, a fin de conseguir recursos en beneficio de los más pobres o a recibir distinciones y premios o doctorados honoris causa, en diversas universidades del mundo. Sí, de la noche a la mañana se quedó sin nada que hacer, y había entonces que adecuarse a las nuevas circunstancias. Nada fácil la vida que le esperaba.

Sin embargo, poco a poco comenzó a habituarse con el nuevo ritmo de vida; habló con el párroco de Ñuñoa y se puso humildemente a su servicio a fin de colaborar con las tareas parroquiales; otro tanto ocurrió en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen a cargo de Cristián Precht; se preocupó con dedicación a sus niños de la Aldea de Punta de Tralca por él fundada en 1978. El padre Miguel Ortega, gran amigo de don Raúl, le solicita que sea el confesor de los niños del colegio Seminario Menor, lo mismo ocurre con el colegio Saint Gaspar ubicado muy cerca de su casa en calle Los Pescadores. El nuevo arzobispo, monseñor Fresno, en un acto muy deferente, se encarga de comunicarle que el departamento que don Raúl ocupaba en Punta de Tralca, como arzobispo de Santiago, él no lo utilizaría y

que prefería la casa de descanso de Melocotón. De esta forma, don Raúl podría ir todos los fines de semana a la costa, y así poder visitar a sus niños de la Aldea.

El Cardenal Silva mantuvo la costumbre de reunirse con los que habían sido sus vicarios, y así los invitaba a cenar a su casa de Los Pescadores los días jueves. Allí, en la camaradería de la amistad y junto a una buena mesa, se reunían a compartir con alegría la vida de la Iglesia y la de ellos mismos. Algunas veces, don Raúl me invitaba a que también fuera a compartir con ellos, a pesar que a mi me correspondía organizar los almuerzos de los días martes y jueves, además de preocuparme los fines de semana en Punta de Tralca, en consideración a que mi casa de Las Cruces no distaba más de 13 kilómetros de la suya.

A través de distintas fuentes, el Cardenal se enteraba de los pasos que estaba dando monseñor Fresno. En junio de 1985, el Papa Juan Pablo II lo designa Cardenal de la Iglesia Católica. Recuerdo sorprendido cuando recibo un llamado del padre Cristián Precht, quien acompañó a monseñor Fresno a Roma a recibir el capelo cardenalicio, me dice que el Cardenal Fresno había solicitado para mi y mi familia, un certificado de gran tamaño, en donde el Papa nos confiere su bendición. El Cardenal Silva ya había solicitado esa misma bendición años atrás, pero esta bendición solicitada por el cardenal Fresno, en un momento tan significativo para él y la Iglesia, me sorprendió muy gratamente, gesto hermoso que no tengo palabras para agradecer.

Con don Raúl comentábamos permanentemente el acontecer nacional y el de la Iglesia. El Cardenal Silva se manifestó gratamente sorprendido por el accionar de monseñor Fresno, y también por el de monseñor Sergio Valech, designado Vicario de la Solidaridad por el nuevo Arzobispo de Santiago. El Cardenal Fresno y monseñor Valech, cada uno en su propio estilo, estaban refrendando la férrea defensa de los derechos humanos iniciada por él, hasta tal punto que en una oportunidad en 1989, la Junta Militar exigió las fichas médicas de unos perseguidos por la dictadura, y que habían sido atendidos médicamente por la Vicaría. Entonces Monseñor Valech se opuso,

a pesar de las amenazas que recibió. La Vicaría no terminó su labor con la llegada de monseñor Fresno, sino que muy por el contrario, en forma valiente y decidida optó por mantener su línea de ayuda y apoyo a los perseguidos por la dictadura.

La venida a Chile del Papa Juan Pablo II, se efectúa durante el mes de abril de 1987, siendo recibido en el aeropuerto de Pudahuel por los Cardenales Silva y Fresno. La venida del Papa no dejó a nadie indiferente; el pueblo salió vibrante y multitudinario a las calles, escuchando con fervor sus hermosos mensajes que cautivaron a los chilenos.

Monseñor Fresno propició con ahínco el Acuerdo Nacional para la Transición a la plena Democracia, creando así las bases para la realización de un plebiscito, el que finalmente se realizó el 5 de octubre de 1988, lográndose así un paso fundamental para el retorno pacífico a la democracia.

Reflexionando sobre estos hechos, el Cardenal me dijo un día, que la designación de monseñor Fresno había sido providencial, un regalo del Señor para los chilenos que tanto sufrieron durante cerca de 17 años de dictadura. “Si yo hubiera continuado a la cabeza del arzobispado, probablemente este acuerdo no se habría podido lograr” me señaló, ya que monseñor Fresno no generaba en el gobierno y sus seguidores, los anticuerpos que don Raúl creaba. Todo esto significó para él un consuelo inmenso. A pesar que entre ellos no hubo mayores contactos, ni tampoco mayores intercambios de ideas, don Raúl celebró con entusiasmo su accionar, dando gracias a Dios por los logros que tanto monseñor Juan Francisco Fresno y monseñor Sergio Valech estaban consiguiendo, y con los cuales había tenido, en su momento, evidentes puntos de vista divergentes.

Recuerdo que en cierta oportunidad don Raúl y monseñor Fresno se encontraron casualmente en Punta de Tralca. Ambos eran ya eméritos y Chile vivía la tranquilidad de la democracia que ambos lucharon por lograr. Era un día sábado, y habíamos acordado con don Raúl que lo pasaría a buscar para ir almorzar a mi casa de Las Cruces. Me encuentro con monseñor Fresno en la galería de entrada al

departamento del Cardenal Silva; nos saludamos muy efusivamente, contándole que iba a buscar a don Raúl para almorzar en Las Cruces. Monseñor Fresno sabía de mi casa en la costa, puesto que una sobrina suya, Carmen Correa Fresno, tenía casa contigua a la nuestra y en la cual él había estado allí, en más de una oportunidad, a quedarse unos días junto a sus familiares. Nos despedimos y pasé a buscar a don Raúl, contándole que me había encontrado con monseñor Fresno. Después de conversar un rato, y mientras él se preparaba para la partida, le pregunto: ¿qué le parece don Raúl si invito a almorzar al cardenal Fresno? Entonces don Raúl me mira fijamente y me dice: sí, me parece bien, invítalo.

Salí del departamento de don Raúl y consulto donde podría encontrar al cardenal Fresno. La madre Merceditas que estaba cuidando el jardín que da a las habitaciones especiales reservadas para los obispos y otras personas, me dice que recién había ingresado a su pieza, me indica cuál es y procedo a golpear su puerta y le pregunto si desearía almorzar con nosotros, y que sería para mi un honor poder compartir la mesa con dos cardenales. De inmediato capté su entusiasmo por la invitación, y sin dudarle un instante me responde favorablemente. Le avisa a la madre Merceditas que irá a almorzar a mi casa y fuimos juntos a buscar a don Raúl. Partimos los tres en mi automóvil manejado por mi, mientras ellos comenzaron a conversar muy animadamente. Me percaté de inmediato que las heridas entre ambos estaban definitivamente sanadas, y que tanto uno como el otro comprendían a cabalidad el rol que les correspondió desarrollar, mientras fueron arzobispos de Santiago; cada uno con su estilo y con sus circunstancias intentaron de la mejor forma posible servir al Señor. A ambos Chile tenía que agradecerles todo lo que hicieron por sus ovejas, ambos habían puesto su inteligencia y su acción al servicio de ellas y ambos estaban en paz con ellas, entre ellos y con Dios.

El almuerzo fue distendido, lleno de anécdotas jocosas. Estaba también presente Pinetta Ferraris, hermana del padre Gustavo y gran amiga nuestra. No pararon de contar historias monopolizando, el uno y el otro, la alegre conversación donde nos reímos a carcajadas ante las entretenidas historias que nos contaban. Don Raúl trata-

ba a monseñor Fresno, de Pancho y el Cardenal Fresno al Cardenal Silva, de Raúl.

En un momento le pregunto a monseñor Fresno que desde cuando conocía Las Cruces, entonces él, muy sonriente, me dice que el procede de la zona agrícola cercana a Melipilla y que allí estaba el fundo de su padre. El estudiaba en Santiago y el verano los pasaba en la casa paterna donde había muchos caballos. Aquí en Las Cruces, continúa, en mis tiempos de juventud, y antes que naciera mi vocación sacerdotal, venía a veranear una chiquilla que era mi pololita, así que montado en uno de los caballos del fundo de mi padre, cabalgaba por entre los cerros hasta llegar aquí a la playa para estar junto a ella.

Fue una reunión inolvidable para todos, la que se prolongó hasta pasadas las seis de la tarde. Entre ellos toda la historia pasada había quedado saldada en esa tarde maravillosa, que no dejo de agradecer a Dios por la feliz iniciativa de haber invitado también al Cardenal Fresno a mi casa.

Termino de escribir estos recuerdos en Roma, en la plaza de San Pedro, lugar de tantos momentos históricos de gran importancia tanto para don Raúl como para monseñor Fresno. Estamos a domingo 24 de junio del 2007 y en pocos momentos más entraremos a la misa de las 10:30 horas. Partimos de Santiago el jueves 22 para asistir a dos hermosas ceremonias que se efectuarán en Roma. La primera de ellas se llevará a cabo el miércoles 27, organizada por el Rector magnífico de la Pontificia Universidad Salesiana de Roma, el padre Mario Toso, S.D.B. y don Pablo Cabrera, embajador de Chile ante la Santa Sede con el motivo de conmemorar el centenario del natalicio del Cardenal Raúl Silva Henríquez.

En tan solemne ocasión le rendirán homenaje al Cardenal Silva, además de los nombrados, el Rector Mayor de la Congregación Salesiana padre Pascual Chávez, S.D.B. el Cardenal Oscar Rodríguez, Arzobispo de Tegucigalpa, don Natale Vitali, S.D.B. padre Inspector Salesiano de Chile, monseñor Ricardo Ezzati, S.D.B., Arzobispo de Concepción, Don Ascanio Cavallo, editor de las memo-

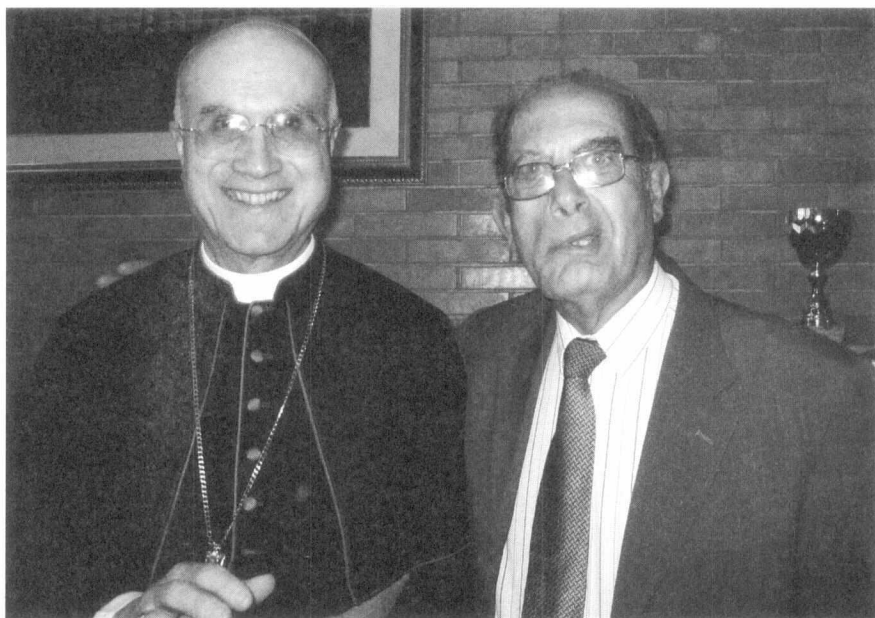
rias de don Raúl y el Cardenal Tarcisio Bertone, S.D.B., Secretario de Estado y Camarlengo.

El segundo acontecimiento importante ocurrirá el viernes 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo, cuando monseñor Ricardo Ezzati recibirá el palio que lo acredita como arzobispo de Concepción, ceremonia que se celebrará en la misma Basílica de San Pedro en una solemne eucaristía que presidirá el Papa Benedicto XVI.



En la casa de Las Cruces el día del hermoso encuentro de los Cardenales Juan Francisco y Raúl, acompañados de Reinaldo y Sylvia en mayo 1990.





Acto de presentación de las Memorias en la Pontificia Universidad Salesiana en Roma en junio de 2007. Homenaje al centenario del natalicio de don Raúl. El Secretario de Estado Vaticano Tarcisio Bertone junto a Reinaldo Sapag.



En el mismo acto en Roma. El Cardenal de Honduras Oscar Rodríguez Maradiaga con Ascanio Cavallo y Reinaldo Sapag.

CAPÍTULO V

LA CURIA VATICANA

Don Raúl siempre respetó, acató y obedeció a sus superiores, ya sea en la congregación o en su sacerdocio o como obispo, o arzobispo y cardenal.

Sin embargo, él conocía muy bien su propio carácter; se sabía intrépido, audaz, capaz de llevar adelante la más difícil de las misiones pero poniendo siempre como escudo y como sentido de vida el mensaje del Evangelio, la palabra de Jesús. Precisamente por lo anterior, es que él decidió que su vocación sacerdotal tenía que volcarla en una congregación. Pensaba que esas características tan propias de su personalidad, requerían de una instancia directa a la cual rendir cuenta. En muchas ocasiones me dijo que no dudó ningún instante en que él debía desarrollar su vocación sacerdotal en una orden religiosa y no pertenecer al clero diocesano. Fue por ello que su primer intento, una vez titulado abogado, de ingresar a un seminario para iniciar sus estudios sacerdotales, fue el de golpear las puertas de la Compañía de Jesús en calle San Ignacio.

Siendo estudiante de leyes en la Universidad Católica de Chile, siempre se destacó por su gran espíritu religioso. Asistía diariamente a misa y comulgaba prácticamente a diario en la capilla que dispone esa universidad en la Casa Central, único recinto donde se impartían las pocas carreras que se enseñaban en sus aulas en aquella época.

El rector de la universidad en aquel entonces era el padre Carlos Casanueva Opazo, quien al constatar la intensa vida religiosa de don Raúl, decidió invitarlo a los retiros espirituales que bajo su dirección se efectuaban en el balneario de Las Cruces, durante las

vacaciones de invierno. En aquel tiempo cuando corría el año 1926, no era fácil llegar desde Santiago a Las Cruces, puesto que los trenes sólo llegaban a Cartagena. Posteriormente para seguir hasta Las Cruces, había que hacerlo a través de una ruta por la playa, donde un ferrocarril tirado por caballos, hacía el trayecto hasta ese lugar.

En un montículo estratégicamente ubicado, con una vista espectacular al océano, se encontraba la casa de don Raimundo Barros, quien estaba casado con una hermana de monseñor Carlos Casanueva. Entonces él solicitaba a su cuñado que le facilitara la Casa a fin de juntar en ese hermoso lugar, a aquellos estudiantes de la Universidad Católica que habían mostrado una mayor inclinación hacia la vida religiosa. Así don Raúl, estando en tercer año de derecho, percibe con nitidez el llamado del Señor para servirlo a través del sacerdocio. Allí, en esos retiros de Las Cruces fue cuando nació su vocación.

Hoy día esa casa que pertenece actualmente a la Congregación de las monjas Argentinas, se mantiene en pie, a pesar del paso de los años y los terremotos, aún cuando se observan claros signos de deterioro. Allí, en ese montículo sigue estando la misma casa donde don Raúl decidió seguir a Jesús y ser fiel a su mensaje de amor.

En el año 1987 yo adquirí una vieja casona en Las Cruces, la cual había quedado inhabitable a raíz del terremoto del año 1985, que tan duramente afectó a ese sector de la Costa Central de Chile. Esa propiedad se encuentra colindante hacia el sur con la antigua casa de los retiros espirituales de don Raúl, hecho que yo no sabía al momento de efectuar esa compra.

Demolí la vieja casona y comenzaron los trabajos de construcción de una hermosa casa, obra del prestigiado arquitecto y amigo, Jaime Silva. Don Raúl me acompañó varias veces en sus fines de semana en Punta de Tralca, a visitar el avance de las obras. Cuando se efectuaron los tijerales en 1988, allí estuvo bendiciendo el lugar y después, el día de su inauguración fue él, junto al padre Fernando Cifuentes, a bendecirlo en un sencillo y emotivo acto que se efectuó en el living de la nueva casa, con una vista también muy hermosa

hacia el mar y las rompientes de las olas en los roqueríos de la Punta del Lacho en Las Cruces.

A don Raúl le gustaba mucho ir a mi casa, incluso para alojarse en ella. Le gustaba ver el mar y el movimiento perpetuo de sus olas. Me dijo en una oportunidad que en Las Cruces sólo se había alojado en dos lugares, con una diferencia de 64 años entre uno y otro, y que casualmente las dos casas se encuentran una al lado de la otra.

Cuando don Raúl se percata de la fuerza de su vocación, como consecuencia de la poderosa influencia de las prédicas imbuidas del espíritu ignaciano de monseñor Carlos Casanueva, decide comunicar su decisión a dos grandes amigos de juventud y compañeros en la Escuela de Derecho: se trata de Luis Felipe Letelier y de Alberto Muñoz, quien también, este último, asistía a los retiros de Las Cruces. Casualmente ambos, posteriormente, se ordenarían de sacerdotes en Turín, el mismo día y en la misma congregación: los salesianos de don Bosco.

Sin embargo, le quedaba a don Raúl una autorización muy importante: la de su padre. Decide hablar con él y le confiesa lo que pasaba por su alma y su deseo de ingresar a un seminario para ser sacerdote. Esto ocurría cuando cursaba tercer año de derecho, por lo que le restaban dos años para titularse de abogado. Su padre lo escucha atentamente y finalmente le dice que primero termine sus estudios y que una vez que obtuviese del título profesional, podía ingresar al seminario si así lo deseaba. Don Raúl siempre recordaría con gran cariño el sabio consejo de su padre, a pesar que en aquellos momentos lo único que él deseaba era ingresar al seminario. Señaló lo anterior por el hecho que sus estudios en la Escuela de Derecho le serían posteriormente muy útiles en su intensa vida como sacerdote, obispo, arzobispo y Cardenal.

La fuerza de las intensas prédicas del padre Carlos Casanueva, lo hacen pensar en ingresar a la Compañía de Jesús. Así que apenas obtenido su título de abogado, no dudó un instante en que debía de ingresar a esa congregación, a pesar de que monseñor Cas-

anueva le aconsejaba que el sacerdocio en Chile se podía ejercer de mejor forma en el clero diocesano. Sin embargo, don Raúl se conocía a sí mismo y argumentaba que dado su temperamento, necesitaba disponer de una permanente autoridad a quien rendirle cuenta de sus actos y así regirse por normas que él debía aceptar y acatar.

Por estas dos razones, por la influencia ignaciana de las prédicas de don Carlos Casanueva y por la otra, su temperamento impetuoso que requería un freno a través de una congregación o una orden religiosa, es que don Raúl decidió golpear las puertas del Colegio San Ignacio en dos oportunidades a fin de manifestar su decisión al propio padre Zorrilla. En la primera oportunidad éste no pudo atenderlo y en la segunda, a pesar de haber concertado cita previamente, nadie le abrió las puertas del colegio, por lo que pensó que el Señor no quería para él que fuese sacerdote jesuita.

Fue en definitiva su amigo de la Escuela de Derecho, Luis Felipe Letelier, quien al escuchar los relatos y las frustraciones de don Raúl, le aconsejó que fuera a plantearle su vocación al padre Valentín Panzarasa y, más aún, se ofreció a acompañarle al Patrocinio de San José en el mes de diciembre de 1926. El padre Panzarasa (¡Mire que llamarse Panzarasa! Comentaba jocosamente don Raúl), le entregó una gran cantidad de lectura salesiana en especial referida a la vida y obra de don Juan Bosco. Durante el verano de 1927 se dedicó a leer y conocer acerca de este gran santo salesiano. Al volver a sus estudios de Derecho ese año, confesaría a quien quisiera escucharlo que don Bosco lo había cautivado. Así, don Raúl sella su decisión de convertirse, una vez terminados sus estudios de Derecho, en sacerdote salesiano, ingresando a la congregación el 28 de enero de 1930, a la edad de 22 años y ya titulado de abogado, cumpliendo así con la voluntad de su padre.

La vida de don Raúl como seminarista se desarrolló de acuerdo a sus sentimientos más profundos. Se sintió cómodo en la congregación salesiana, a pesar de que en su familia hubiesen preferido la Compañía de Jesús, más que nada por el hecho que los jesuitas aparecían como una orden de mayor influencia y vinculación social que los humildes salesianos.

Ordenado sacerdote en Turín, después de ocho años de preparación y estudio, don Raúl retorna a Chile en el año 1938, iniciando así su intensa labor sacerdotal que desarrolla con eficiencia y demostrando enorme capacidad para llevar adelante las tareas más difíciles, tareas grandes que él se auto imponía con sencillez y humildad. Hay que hacer cosas grandes, solía decir, y así, con el apoyo de su congregación, se convirtió en un salesiano ejemplar que se distinguió rápidamente por sus enormes cualidades personales.

Sus vinculaciones con la Curia fueron en esos tiempos más bien esporádicas y su natural temperamento de un hombre de acción, entregado a Dios, lo volcó a las tareas, principalmente educativas, en su propia congregación. Sin embargo, don Raúl se percataba que la Iglesia se estaba alejando del pueblo. Miraba con decepción como los evangélicos y protestantes ganaban terreno en los sectores populares; pensaba que las líneas directrices que provenían de la curia romana, no acercaban a la Iglesia Católica al pueblo. Don Bosco, lo había cautivado por ser un hombre moderno y de acción y él quería ser también como el Santo salesiano.

Sólo cuando llega a Cáritas primero, y después al ser nombrado obispo, arzobispo y cardenal por el Papa Juan XXIII, don Raúl aprende a conocer y palpar la rígida organización de la Iglesia Católica Universal. Siendo obispo de Valparaíso, en 1960, recibe las primeras noticias de que el Papa Juan XXIII había decidido convocar a los obispos a un concilio el que se denominó Vaticano II. A pesar de que la idea de un concilio nace en el pensamiento del Papa Juan XXIII, a fines del año 1958, con el objeto de analizar los problemas de la Iglesia Católica en el mundo contemporáneo, sólo se adopta la decisión de llevarlo a cabo ese año de 1960.

Cuando en 1958 se elige Papa a Juan XXIII, el padre Raúl poco o nada sabía acerca de este nuevo pontífice. Don Raúl había viajado a Italia ese mismo año, en el mes de octubre, para asistir al Capítulo General de la congregación salesiana en Turín. En esos tiempos la elección del superior salesiano en Chile, era decidida en ese capítulo, y don Raúl esperaba ser electo provincial como justo premio a su incesante labor sacerdotal, tanto en Cáritas como tam-

bién en los Colegios salesianos, en especial en la Gratitude Nacional donde en esos momentos ejercía la labor de director.

A don Raúl le decepcionó la forma en que se desarrolló el Capítulo General en Turín, puesto que al observar la actitud de sus superiores y los documentos que se le entregaron, pudo percatarse que el Capítulo estaba “cocinado” y que los problemas que se planteaban para ser analizados, ya lo habían sido por las autoridades de la congregación quienes tan sólo esperaban la ratificación de los participantes a decisiones ya adoptadas, y actuando como si ellas fueran de su exclusiva competencia, sin dar paso a un debate pluralista y constructivo.

El nuncio de Su Santidad en Chile, en esa época, era monseñor Sebastián Baggio, con quien don Raúl mantenía muy buenas relaciones. Incluso más, intuía que el nuncio lo tenía en mente para ser designado obispo de la Iglesia Católica chilena. Los informes y las opiniones de los nuncios siempre han sido muy gravitantes en estas decisiones; me atrevería a decir que en la mayoría de los casos resultan ser definitivamente decisivas.

Al enterarse monseñor Baggio que don Raúl no había sido electo provincial, se propuso informar a la Santa Sede de la conveniencia de designarlo obispo. Así, el nombre de don Raúl comenzó a circular en la Curia vaticana, sin que él lo supiese. Monseñor Baggio concluye su misión Chile en abril de 1959, siendo trasladado a Roma a fin de cumplir nuevas e importantes tareas en la Santa Sede. En su reemplazo es designado monseñor Opilio Rossi quien llega a Chile en junio de 1959. Poco tiempo más tarde, el 9 de septiembre, el nuncio cita a don Raúl para comunicarle que el Santo Padre ha decidido designarlo obispo de Valparaíso.

Ante este nombramiento don Raúl comienza a conocer el funcionamiento de la Curia vaticana. Se interioriza de la personalidad de Juan XXIII, su biografía como así también los hechos que marcaban su acción como papa y así pudo advertir qué tipo de conducción le daría a la Iglesia Universal, este gran Sumo Pontífice.

Una vez anunciado el Concilio, la Iglesia Chilena comenzó a movilizarse, a fin de discutir cuál sería la posición del Episcopado del país ante tan importante evento.

El administrador apostólico de Santiago era en aquella época el obispo Emilio Tagle C., quien decide citar a una reunión a los obispos, a fin de intercambiar opiniones acerca del Concilio al que llamaba el Papa Juan XXIII. Esa reunión se efectúa en Santiago y a la cual asisten los distintos obispos de Chile.

Presente en esa reunión estaba el obispo de Concepción y rector de la Universidad Católica de Chile, monseñor Alfredo Silva Santiago, quien, al pedir la palabra, señala que no hay nada que discutir, ni nada por qué preocuparse ya que todo está previamente “cocinado” por la Curia vaticana y nuestro papel, dice monseñor Silva Santiago, sólo será el de aprobar los esquemas que nos propondrá la Santa Sede a través de la Curia vaticana.

Don Raúl guardó silencio en esa oportunidad y meditó acerca de lo similar que resultaba ser la opinión del obispo de Concepción, con lo que a él le había correspondido observar y vivir en el Capítulo General de su propia congregación en Turín, dos años atrás.

Parecía ser que la historia de la Iglesia se definía mediante decisiones que eran adoptadas por aquellos que ostentaban el poder y la autoridad, sin que puntos de vista diferentes, pudieran siquiera ser planteados. Lo que había ocurrido en el Capítulo General Salesiano, y ahora en el Concilio que se convocaba, parecían tener el mismo destino.

Convencido como estaba de la necesidad de que la Iglesia se debía modernizar, que debía ser más abierta y más cercana al pueblo, don Raúl se propuso, a partir de ese momento, que no se podía aceptar que la Curia vaticana decidiera por toda la Iglesia Universal y entonces decide jugarse por entero por aquellos cambios que él veía como imprescindibles en el seno de la Iglesia de Chile, de América y del mundo.

Estos hechos fueron los acicates que movilizaron a don Raúl a fin de utilizar toda su energía; todo su amor a la Iglesia y al Evangelio, toda su capacidad de acción tantas veces demostrada, a jugarse por entero a fin de provocar los cambios indispensables, para una Iglesia que se había quedado atrás con el paso de los tiempos. Había que transformar sus estructuras para así cumplir de mejor forma con el Evangelio, con la palabra de Jesús.

Pero este empeño de cambiar las bases mismas de la burocracia y el poder en el interior de la Iglesia, no le resultaría fácil. Don Raúl había decidido adoptar una actitud de liderazgo que sin duda le significarían muchos desencuentros, muchas incomprensiones, muchas tristezas, muchos momentos de dolor y soledad. El camino que iba a recorrer y que hoy todos aplaudimos, era difícil y no estaría, de ningún modo, exento de duras y frontales críticas.

Quisiera relatar algunas de estas situaciones en las cuales se ganó enemistades, dolores, sufrimientos y lágrimas. En más de una oportunidad me comentó que sus objetivos en el cumplimiento de sus tareas pastorales, estuvo lleno de sinsabores, que no le había sido fácil llevarlas a cabo aún en el seno de la misma Iglesia, que tanto amó, que se le comprendiera y que se aceptase su manera de actuar.

Los problemas de Don Raúl tanto con la Curia en Santiago como con la Curia vaticana fueron de diversa naturaleza y magnitud. Por cierto que nadie puede esperar que los puntos de vista de cada cual tengan la aprobación unánime del resto y es incluso bueno que ello así sea. Sin embargo, don Raúl tuvo situaciones extremadamente dolorosas, que a él lo afectaron en sus más íntimos sentimientos, sintiéndose muchas veces incomprendido.

Hoy, muchos lo aplauden y agradecen a Dios habernos regalado a nuestra patria y a nuestra iglesia, un sacerdote como el Cardenal Silva.

Una de sus historias que contaba muy asiduamente fue la que le correspondió llevar adelante con motivo de la reforma agra-

ria. Para don Raúl esta reforma fue la gran esperanza de la década de los sesenta. Era una necesidad urgente, un grito de auxilio que se oía desde todos los rincones del agro de América Latina, donde los campesinos eran sometidos y condenados a modos de vida indignos del ser humano. Pero era también un símbolo, un augurio, un adelanto de los cambios profundos que debían producirse en nuestras sociedades, mediante el imperio de la caridad, el amor al prójimo y la conciencia social. La reforma de la estructura agraria era un deber que no se podía soslayar. Con estas expresiones recordaba el Cardenal Silva el papel que le tocó jugar en la reforma agraria chilena. Y agregaba: “Esta reforma es indispensable, puesto que la legislación social es infringida en porcentajes demasiados altos, desde la falta de contratos de trabajo hasta las malas condiciones de vivienda, salubridad, y alimentación; la alta mortalidad infantil del país se radica principalmente en el campo: la difícil situación del pequeño agricultor, debido a los desequilibrios en los precios y la falta de apoyo técnico y crediticio; la depresión general del campesinado en materia de sueldos, estabilidad, trato justo y descansos; y, en fin, índices crecientes de emigración de la población rural a las ciudades en busca de mejores horizontes. “Por todo lo anterior don Raúl clamaba por una reforma agraria urgente y agregaba:

“Como resultado de este cuadro, la producción agrícola no aumenta al mismo ritmo que la población; la rentabilidad de su explotación viene en un descenso continuo, el Estado ha tenido que iniciar la importación de alimentos; y, por si fuera poco, una amplia capa de la población campesina vive en condiciones inaceptables”.

Frente a este panorama, don Raúl decide entregar los fundos que en ese momento poseía el Arzobispado de Santiago, a cooperativas campesinas.

Poco antes de ser designado Cardenal, los obispos de Chile unánimemente habían suscrito un documento pastoral denominado “La Iglesia y el problema del Campesinado chileno”, el cual se sustentaba en la reciente encíclica del Papa Juan XXIII titulada “Mater et Magistra” la cual instaba a llevar adelante profundas reformas sociales, a fin de poder conseguir la eliminación de las injusticias y las

desigualdades, fermento de una violencia que don Raúl quería evitar a toda costa.

Sin embargo, al proponer su plan de entregar los fondos de la Iglesia, las críticas arreciaron tanto al interior del mismo arzobispado como también, en laicos de pensamiento conservador, vinculados a los partidos políticos de derecha y también en muchos sacerdotes y obispos que manifestaron su pleno rechazo a la propuesta de don Raúl. Los canónigos del Cabildo Metropolitano expresaron su rechazo en forma categórica y muy mayoritaria. Uno de ellos le dijo con dureza que la medida planteada era comunista; otro intentó darle una clase acerca de las normas de la Santa Sede, señalándole que se había ganado la pena de excomunión, puesto que cuando los que administran bienes de la Iglesia, lo destinan a otros fines quedan excomulgados. Pese a lo anterior, don Raúl había conversado previamente con el Papa Juan XXIII sobre el tema, ya que daba por sentado el rechazo del Cabildo a su propuesta. Para lograr esta aprobación, don Raúl le había expresado la necesidad de la consecuencia entre el magisterio y la acción real de la Iglesia y que por lo tanto sino se entregaban los fondos a los campesinos estaba en juego un serio problema de credibilidad de la Iglesia.

El Papa bueno, después de pensarlo un rato, le dice: “Hágalo” y luego de guiñarle un ojo le reitera: “Hágalo, yo lo respaldo”.

Por cierto que don Raúl siempre guardo un cariño y una admiración muy grande por Juan XXIII, lo consideró un amigo y un protector, puesto que entre ellos se había producido una sintonía muy grande acerca de los cambios que debían impulsarse en la Iglesia, a pesar de los frenos que quería imponer la curia vaticana.

En el mismo Concilio, la labor del Cardenal Silva para impulsar esos cambios, fue decisiva y protagónica. Logró el apoyo de muchos obispos de Latinoamérica, hasta tal punto que el Cardenal Döpfner de Alemania agradeció el aporte elocuente del postergado Episcopado de América Latina. Por cierto que don Raúl defendía con vehemencia y claridad sus puntos de vista, lo que significaba en los hechos concretos, la oposición tajante y duros ataques por parte

del sector conservador de la Curia vaticana. Don Raúl no aceptaba que el Concilio fuese “cocinado” como lo había pronosticado monseñor Alfredo Silva Santiago.

Cierto es que el Cardenal Silva tuvo en el Concilio, el apoyo de muchos sectores que admiraban su capacidad de acción, su coraje, su valentía y su consecuencia para con el Evangelio y el magisterio. Pero no es menos cierto que su acción también le trajo poderosos y enconados enemigos. Las cartas en su contra y las acusaciones directas al Nuncio Apostólico eran frecuentes. Incluso más, algunos sectores optaron por enviar cartas directas a la Santa Sede, criticando y atacando al señor Cardenal, quien estoicamente y poniendo su compromiso sacerdotal y su amor a Jesús por delante, nunca se rindió o adoptó posiciones acomodaticias para estar bien con los poderosos o con la Curia. Su certeza de estar haciendo lo que Jesús haría en su lugar, fue ciertamente su mayor fuerza moral.

En otra oportunidad don Raúl me contó lo que le había ocurrido con la Curia como consecuencia de haber creado la Mesa Episcopal. En esos momentos el Papa era Juan Pablo II y Pinochet el presidente de la Junta Militar. La decidida y valiente posición de don Raúl en defensa de los derechos humanos y su clara oposición a que se cometieran actos tan horribles, le significó al Cardenal tener que soportar los más deleznable ataques. Buscaban cualquier circunstancia, por más pueril que fuera, para atacarlo y desprestigiarlo.

Don Raúl, con los excedentes que se generaron con la venta de la antigua casa arzobispal de calle Mac-Iver y otros donativos efectuados a la persona del Cardenal, creó la Mesa Episcopal y adquirió en cierto momento unas 40 hectáreas de terreno las que dedicó a la plantación de uvas de exportación, encargándole su administración a un excelente profesional, su sobrino político Samuel Santa Cruz, casado con una hija de la señora Clementina Silva Henríquez, Florence Hudson Silva.

Con los resultados económicos de esta inversión, don Raúl financiaba todos los gastos del Arzobispo sin tener que recurrir a los escuálidos recursos que disponía la Iglesia de Santiago.

Arreciaban los ataques por esta decisión. Llegaron cartas e informes denunciando este “escándalo”, tanto a la Nunciatura como al Arzobispado. La maldad llegó a Roma en momentos que el Nuncio en Chile era don Sótero Sanz, quien le comunicó a don Raúl que existía un extenso informe en su contra, acusándolo de hacer negocios con los dineros y bienes de la Iglesia de Santiago. Algunos obispos se habían sumado a la crítica, por lo que el Cardenal sufría los embates del gobierno, de la derecha económica y política, de algunos obispos y de parte de clero, hasta tal punto, que el Nuncio Sótero Sanz le dijo en una oportunidad a don Raúl que él era el hombre más odiado y más discutido de Chile.

Poco después de que se le comunicó que la Curia en Roma ya tenía en su poder el libelo acusatorio, el Cardenal tenía programado un viaje a Roma. Es recibido por el Papa Juan Pablo II quien lo amonestó severamente, señalándole que un pastor jamás podía ser acusado de “negociante”.

Para don Raúl esa entrevista fue extremadamente dolorosa y los sentimientos de impotencia le hicieron llorar, llorar ante tanta maldad.

Posteriormente don Raúl envió una carta a su amigo el Cardenal Baggio en la cual en una de sus partes le señalaba: “No soy dueño de nada, y el día en que el Señor o el Santo Padre me llame a dejar esta Iglesia, me iré con las manos vacías tal como entré a ella”.

“Cualquiera explicación que se estime conveniente pedirme, estoy llano de darla. Y si la Santa Sede no está segura de lo que yo digo, desearía que se enviara a un visitador extraordinario en materia económica, para que viniera a inspeccionar las cuentas del Arzobispado de Santiago, su economía, y cuál es la acción del cardenal arzobispo en ella. Quisiera quedar tranquilo en esta materia. Tal vez es orgullo de mi parte, pero he tenido la preocupación de no ser carga al Arzobispado de Santiago, y, como San Pablo, quisiera decirle que con mis manos he contribuido a sustentar a la Iglesia de Santiago y no al revés; y no quiero tampoco que en el futuro se crea que voy a dejar una carga a mis sucesores. Quisiera establecer claramente quí-

nes son mis adversarios y quiénes son los que me discuten y están en contra mía. Sin embargo, yo espero que la historia hará justicia a cada uno. Por otro lado, creo que la acción de la Iglesia de Chile en este momento como nunca ha estado más cerca de los pobres, y goza de inmensa simpatía del sector mayoritario del país”.

“Le quedaría muy agradecido que su Eminencia Reverendísima hiciera llegar mis descargos, con la prudencia del caso, a Su Santidad el Papa, para que se quede tranquilo sobre la acción que desenvuelve el cardenal arzobispo de Santiago”.

Fecha: 20 de agosto de 1975.

La llegada, en 1978, de monseñor Angelo Sodano como Nuncio Apostólico en Santiago, no cambió las circunstancias tan adversas con la que tuvo que realizar su labor pastoral el Cardenal Silva. Por el contrario, las relaciones con el Nuncio Sodano no fueron fluidas, y más aún, con el conflicto bélico con Argentina ad portas, tal como se relata en este libro, las relaciones empeoraron aún más. Angelo Sodano, muy apegado a las normas y a las políticas de la curia vaticana, acentúa las críticas a don Raúl, a pesar de advertir el apoyo inmenso que el pueblo de Chile le brindaba a la Iglesia y a su pastor.

Ante todo este cuadro de pugnas internas, se advertían claramente dos visiones de la acción de la Iglesia. La de monseñor Sodano intentando entenderse con los militares, escuchando las críticas al Cardenal Silva y tratando de mantener relaciones diplomáticas de entendimiento con las autoridades de gobierno. Por otra parte la de don Raúl, en la que se advertía una posición de acogida y defensa del pueblo sufriente cuando sus derechos eran violados a diario por un terrorismo de Estado inaceptable. Lo anterior no significa que monseñor Sodano aceptara la violación a los derechos humanos por parte de la Junta Militar, sino que su posición se sustentaba en el hecho de que los pastores de la Iglesia y principalmente sus obispos, sólo debían anunciar el evangelio y predicar la palabra del Señor, sin crear instituciones al amparo de la Iglesia, destinadas a desarrollar actividades claramente contrarias a la posición oficial del gobierno de Chile. Por cierto, que don Raúl no pensaba lo mismo.

Dos visiones: una obsecuente con los objetivos de la diplomacia vaticana, postulando que la Iglesia no podía inmiscuirse en la problemática interna de los gobiernos. Por la otra, la voz de los sin voz, la que se levantaba con vehemencia y ardor, no sólo para defender los derechos conculcados sino que además, creando instituciones bajo el amparo de la Iglesia, para así generar caminos de acogida amorosa a tantos chilenos que sufrían los embates de una dictadura implacable. Angelo Sodano representaba el prototipo de una Iglesia obsecuente, don Raúl la de una Iglesia comprometida con el pueblo, con sus ovejas y su destino. Ambos pensaban que sus puntos de vista eran los que le correspondía llevar adelante en la acción pastoral de la iglesia en Chile.

Es por ello, que las relaciones de ambos fueron difíciles, y plagadas de críticas por parte de la Nunciatura a la acción del Cardenal, puesto que Sodano, en concordancia con su rol diplomático y político, intentaba por todos los medios que la acción de la Iglesia de Santiago y la de su Arzobispo, se concentrara en una tarea netamente religiosa y así no llevar a cabo acciones pastorales, que tanto molestaban al gobierno de la dictadura. Monseñor Sodano deseaba una Iglesia más cercana a un gobierno que se declaraba católico, y así, disponer de más influencia en los círculos del poder. Por cierto que este empeño de Sodano no debe confundirse como un apoyo irrestricto a la dictadura militar. Baste recordar el incidente en que un grupo de miristas solicitaron asilo en la Nunciatura en 1984 y de qué modo Angelo Sodano los defendió, a pesar de las presiones del gobierno militar para que fuesen entregados a los organismos estatales.

En este mismo libro se relatan otros aspectos difíciles que debió enfrentar el Cardenal Silva con la Curia Vaticana, en especial cuando Angelo Sodano era Nuncio Apostólico y el padre Jorge Medina, Pro gran Canciller de la Universidad Católica. Tanto Sodano como Medina desarrollaron una tarea silenciosa de oposición al trabajo que efectuaba el Arzobispo de Santiago. Eran dos estilos distintos, dos maneras de ver la acción de la Iglesia, dos criterios muchas veces antagónicos.

Jesús también tuvo que sufrir los embates del pueblo escogido por Dios, sufrió y murió por amor. ¡Cuánto dolor del alma tuvo que vivir don Raúl por ser consecuente con el mensaje de su fuente inspiradora y de la razón por la que quiso entregarse al sacerdocio de Cristo!

Esta vocación irrenunciable del Cardenal Silva y sus claras diferencias con monseñor Sodano fue también un gran motivo de preocupación, puesto que bien sabía que la opinión y los informes de Angelo Sodano serían claramente determinantes en la designación de nuevos obispos. Es por ello, que llama definitivamente la atención que habiendo sido la tarea pastoral del Cardenal Silva Henríquez, tan elogiada en el mundo entero, y tan cercana al pueblo de Chile, ninguno de sus colaboradores más cercanos y directos hayan llegado a ser obispos.

Estando yo con él, muchas personas amigas que lo visitaban, le consultaban acerca de ello y le expresaban sus puntos de vista claramente discordantes con las decisiones de nombramientos de obispos que efectuaba la Santa Sede; no porque los designados no tuviesen méritos, sino que principalmente por el hecho de que los principales colaboradores de don Raúl, no accedieran a un cargo obispal. Especial mención se hacía siempre de Cristián Precht, el discípulo predilecto de don Raúl, quien hasta el día de hoy, a pesar de sus innegables méritos y su fidelidad extrema a su Iglesia, no ha sido designado obispo. Otro tanto ocurrió con los padres Juan de Castro, Wenceslao Barra, Alfonso Baeza y tantos otros. Muchos católicos esperan que la Santa Sede ojalá pudiese reparar esta omisión, puesto que ello demostraría un reconocimiento a la acción pastoral de Don Raúl y también a quienes colaboraron con tanta abnegación y fidelidad a la Iglesia, en momentos tan difíciles de la historia reciente. La edad de ellos no debe ser un obstáculo a una reparación justa y necesaria.

Don Raúl escuchaba estos comentarios sin emitir opinión alguna. Nunca una palabra de crítica o rechazo a las decisiones vaticanas; nunca una expresión contraria a monseñor Sodano. Aún en los momentos de mayor crítica a su persona, de mayor rechazo a sus

decisiones, nunca su voz se levantó para responder al ataque de la misma forma que él lo recibía. Su otra mejilla siempre disponible para el próximo embate, su dolor intenso e interno lo recibía y lo ofrecía a su Señor.



Nassir Sapag, Eduardo Arriagada, Cardenal Silva y Reinaldo Sapag en noviembre 1983 con motivo de la presentación del texto "Preparación y Evaluación de Proyectos". Atrás se pueden distinguir a don José Elías y Domingo Santa María.



Los autores con don Raúl ese mismo día en el Acto de Presentación realizado en el Colegio de Ingenieros de Chile, siendo presidente don Eduardo Arriagada.



Bendición de la Aldea de Niños Cardenal Caro de La Pintana, el 26 de septiembre de 1992, un día antes de su cumpleaños 85.



Con el Encargado de Negocios de Italia Tomasso de Vergottini, en la casa de Las Cruces. Febrero 1991.

CAPÍTULO VI

LAS MEMORIAS DE DON RAUL

Una de las tareas más importantes que efectuó don Raúl, una vez que dejó el Arzobispado de Santiago en el año 1983, fue la redacción de sus memorias. Todos sus cercanos, partiendo por su propia Congregación Salesiana, le manifestaron en más de una oportunidad la necesidad de escribirlas, y así dejar un testimonio perpetuo de su hermosa y fecunda labor como sacerdote, obispo, arzobispo y Cardenal; más aún tomando en consideración los difíciles momentos en que le correspondió ejercer su labor pastoral, en un Chile dividido por posiciones políticas antagónicas que según su propia expresión, engeguecía a los hombres provocando odios e intolerancia.

El padre Gustavo Ferraris tuvo desde un principio, una participación protagónica en este empeño de dejar por escrito, para las generaciones futuras, la intensa vida sacerdotal de don Raúl. Se conversó largamente acerca de cómo desarrollarlas, llegándose a la conclusión de que era imprescindible la participación de un profesional de alto nivel, quien debería coordinar todas las acciones necesarias para llegar a buen término una obra gigantesca que requería años de elaboración. Se barajaron varios nombres, acordando al fin que el destacado historiador de la Pontificia Universidad Católica de Chile, don Nicolás Cruz, podría ser la persona indicada. Fue el propio padre Gustavo el encargado de contactar a Nicolás y organizar una reunión con el señor Cardenal en su nueva y recién habitada casa de calle Los Pescadores en la comuna de Ñuñoa.

Nicolás aceptó con entusiasmo la misión que se le encargaba, y en conjunto con don Raúl y el padre Gustavo, se delinearon los procedimientos que se utilizarían a fin de lograr unas memorias del más alto valor testimonial e histórico. Yo participaba esporádi-

camente en esas reuniones, encargándoseme la misión de organizar algunas sesiones de trabajo con personas que habían colaborado con el señor Cardenal, en las tantas y variadas acciones que desarrolló durante su vida de pastor. La secretaria de don Raúl, señora Carmen Muñoz, se encargaría de ayudar a la obtención de documentación, lo cual no era tarea fácil, en consideración a la gran cantidad de instituciones en la cuales participó don Raúl, ya sea estando a cargo de ellas, o por haberlas creado en su búsqueda incesante de ayuda y amor a su prójimo, en especial los más débiles o desvalidos de la sociedad.

Conjuntamente con la recopilación de antecedentes, Nicolás conversaba asiduamente con el Cardenal, grababa esas conversaciones y se organizaban paralelamente almuerzos con otras personas que habían colaborado con don Raúl, en alguna de las tantas obras dirigidas o creadas por él. Se comenzó por la familia, por la infancia de don Raúl en la región del Maule, razón por la cual se tuvieron reuniones especialmente con las dos hermanas vivas de don Raúl en esa época, Clementina y Anita. También se conversó con otros familiares y así se comenzó a recopilar tanto los antecedentes que ya existían, como los nuevos aportes que entregaban las personas entrevistadas, todo lo anterior bajo la observación y participación directa y permanente de don Raúl.

Después de varios meses de intenso trabajo, Nicolás llega un día de fines de 1984 a la casa de don Raúl y le hace entrega de los dos primeros capítulos de las memorias, en sendas hojas tamaño oficio. El Cardenal le agradece su trabajo y le manifiesta que se llevaría esos capítulos para su revisión en Punta de Tralca. En consideración a que comenzaba el período de vacaciones, le manifestó que se volverían a reunir a principios de marzo de 1985 y que él lo llamaría a fin de entregarle sus comentarios al trabajo efectuado.

En cierta mañana de enero de ese año, paso a visitar a don Raúl en Punta de Tralca. Lo encontré sentado en su sillón, y después de saludarme me dice que está leyendo los dos primeros capítulos entregados por Nicolás. Le señalo que me interesaba mucho su opinión acerca de ellos y que no interrumpiera su lectura y que mientras

tanto, yo revisaría los diarios que estaban encima de su mesita al lado derecho de su sillón.

Me senté frente a él, y mientras revisaba los periódicos, levantaba la vista de vez en cuando, observándolo y escudriñando su semblante como queriendo deducir a través de sus expresiones, su parecer acerca de esos dos primeros capítulos. Sin embargo, me encontré con un rostro impenetrable, por lo que nada pude descubrir en mi intento de anticipar lo que necesariamente me comentaría después de su lectura.

Deben haber pasado unos 15 ó 20 minutos antes que terminara su revisión. Después de ello, ordena pausadamente las hojas y al mismo tiempo que las dejaba encima de la misma mesita donde yo había retirado los periódicos, me dice mirándome a los ojos: “Este no soy yo”.

Noté la desazón de don Raúl al hacerme este comentario tan lapidario. Para mi también lo fue, ya que había sido testigo y actor del enorme esfuerzo desplegado por el padre Gustavo, Nicolás, la secretaria Carmen Muñoz y muchos otros que habían entregado tanto tiempo y dedicación a fin de disponer de esas memorias. Después de un rato de silencio, me dice que todos los antecedentes están correctos, que la recopilación y el trabajo efectuado ha sido veraz y exhaustivo, pero él sentía que el relato estaba hecho de tal manera que no era él quien estaba expresando sus propias vivencias. Pedí su autorización para leer algunas partes de los capítulos entregados y pude constatar que efectivamente los antecedentes recopilados eran completísimos; ciertamente que Nicolás había hecho un gran trabajo. Le comento mi opinión a don Raúl, quien me responde diciéndome que sus memorias tenían que representarlo a él y que no deseaba un relato histórico de su vida. Después de otro rato de silencio me dice con firmeza: “No quiero continuar con esto”. Estériles fueron mis argumentos para hacerlo cambiar de opinión.

Con posterioridad a estos hechos, don Raúl conversó con el padre Gustavo Ferraris comunicándole su decisión. También resultaron estériles los argumentos del padre Gustavo para convencerlo

de lo contrario y así, el trabajo iniciado con tanto entusiasmo, quedó definitivamente paralizado ese verano de 1985. Decenas de cintas grabadas y un gran número de documentos recopilados quedaron guardados en calle Los Pescadores, ante la abrupta decisión de don Raúl de no continuar con sus escritos.

Por cierto que nadie deseaba que el trabajo quedara inconcluso, y sin excepción, todos los que hablaban con don Raúl acerca de este tema le manifestaban, con buenos argumentos por parte de algunos de ellos y con mucha vehemencia por otros, que no podía dejar inconcluso su testimonio de vida, que sus memorias constituían un documento histórico de enorme valor. El Cardenal sabía mi opinión y yo le sonreía cada vez que lo apabullaban con argumentos para que reanudara su trabajo, frente a los cuales don Raúl no disponía de argumentos sólidos para mantener paralizada una obra de tanta importancia.

Por aquellos tiempos, el diario “La Época” estaba publicando la “Historia Oculta del Régimen Militar”, bajo la dirección de un periodista excepcional: Ascanio Cavallo, en momentos en que Emilio Filippi era el director del periódico. A don Raúl le encantaba leer los capítulos que semanalmente aparecían en el diario “La Época” y siempre alababa con entusiasmo el enorme esfuerzo periodístico e investigativo que encabezaba Ascanio. A la sazón yo había tenido algunas reuniones con Ascanio y nos habíamos hecho amigos.

Decidí conversar con él y le propuse un plan para disuadir a don Raúl de cambiar su posición, y así continuar con el trabajo de sus memorias. Le expliqué a Ascanio lo que había ocurrido con ellas y le conté con qué entusiasmo don Raúl se expresaba acerca de su trabajo en el diario “La Época”. Y a continuación le conté que tenía la idea de editar un libro con las 10 homilías escritas por don Raúl durante el régimen militar, con ocasión de los Te Deum por la independencia Nacional de los 18 de septiembre. Le expliqué que antes de 1973, el señor Cardenal encargaba las homilías a diversos canónigos, quienes eran los oradores en tan solemne ocasión. Sin embargo, a partir del 18 de septiembre de 1973, o sea una semana después del golpe mili-

tar, el Cardenal había decidido ser él quien redactaría y pronunciaría al país y a sus gobernantes el mensaje de la Iglesia.

La primera de esas 10 homilías se pronunció en la Gratitude Nacional, en consideración a que el centro de Santiago no daba garantías de seguridad, en la Plaza de Armas, lugar donde se encuentra ubicada la Catedral Metropolitana. Las nueve homilías restantes sí se pronunciaron en el principal templo del país.

Conversamos con Ascanio acerca de lo que había ocurrido el año 1979, cuando el relacionador entre la Iglesia y la Junta Militar era don Jorge Court, quien le exigió a don Raúl la entrega previa de su homilía por expresas instrucciones del general Pinochet. Nunca antes en la historia de Chile había ocurrido una situación de esta naturaleza. A pesar de su negativa inicial, finalmente le hace entrega de la homilía que tenía preparada. Pinochet revisa el documento y de su puño tarja todo aquello que no desea que se diga en el Te Deum, se lo devuelve al general Court señalándole con rudeza que le advierta a don Raúl que si leyera cualquiera de los párrafos censurados por él, la Junta Militar y todos los funcionarios de gobierno, invitados a la solemne ceremonia, harían abandono del Templo Catedral. Don Raúl rezó y meditó mucho acerca de esta imposición de la dictadura y decidió finalmente leer tan sólo los párrafos no censurados y así se lo comunicó al relacionador entre la Iglesia y el Gobierno, pero advirtiéndole que se reservaba el derecho a editar y publicar posteriormente la homilía en su integridad.

Le cuento a Ascanio que pensaba hablar con don Raúl a fin de que se publicara el libro con todos los Te Deum, y que mi plan consistía en que él, como autor de la "Historia Oculta del Régimen Militar", describiese la situación que vivía el país antes de cada homilía. De esta forma se podía entender mucho mejor las homilías, al contextualizarlas mediante los antecedentes que había logrado reunir Ascanio y el diario "La Época", en el excelente y extraordinario trabajo por ellos realizado. Ascanio acoge con entusiasmo la idea y se compromete a iniciar su trabajo introductorio a cada una de las homilías, haciendo especial análisis a aquella que Pinochet decidió censurar. De esta forma el libro incluiría tanto la homilía

que se pronunció como aquella que el Cardenal había querido pronunciar, la cual sólo se había publicado en la revista llamada “Iglesia de Santiago”.

Después de haber conversado lo anterior, le expresé a Ascanio que mi intención se fundaba en que este sería el primer paso, y que si se producía una sintonía entre él y don Raúl, quizás podría acceder a continuar con el trabajo de sus memorias. Rogué al Señor para que ello pudiera ocurrir.

Cuando le conté a don Raúl mi intención de publicar el libro con las características anotadas, reaccionó con mucho entusiasmo y así concertamos una primera reunión con Ascanio. Noté de inmediato el cariño con que el Cardenal lo trató desde el primer momento. Por cierto que venía acompañado del gran prestigio que tenía como periodista y por su excelente trabajo en el diario “La Época”, diario predilecto de don Raúl que leía a primera hora todas las mañanas, y que lo recibía de obsequio en su casa de Los Pescadores. Don Raúl me decía que a él lo querían tanto en el diario, que en vez de enviarle un ejemplar de regalo, todos los días le llegaban dos.

Hicimos el trabajo en el que nos colaboró muy estrechamente la secretaria del señor Cardenal. Pudimos reunir todas las homilías, y Ascanio fue entregando su parte introductoria contextualizando cada una de ellas. El Cardenal revisó el trabajo de Ascanio y dio su aprobación a los textos. Así, el libro se pudo publicar en el año 1988 con una introducción mía explicando el hecho de la censura ya relatado, y una presentación desarrollada por Máximo Pacheco Gómez, amigo muy querido de don Raúl. El libro fue un éxito; se hizo una hermosa presentación en la cual también participó el confesor del Cardenal, el entonces padre salesiano Ricardo Ezzati, hoy recientemente designado Arzobispo de Concepción.

Al final de este libro se podrá apreciar una fotografía del señor Cardenal en el día de la presentación. Su emoción fue enorme al recordar los 10 años de prédicas implorando la paz, la justicia, el respeto a los derechos humanos. Sus lágrimas no pudieron contenerse al agradecer las palabras que sobre él se dijeron en ese día de

recuerdos a su gigantesca obra y acción de pastor, donde su palabra retumbaba con fuerza en el templo Catedral exigiendo la paz del Señor, la paz entre los hombres.

Todos los presentes se pusieron de pie y mientras él permanecía en su asiento fue rodeado por sus amigos que lo aplaudieron durante los interminables minutos en que sus lágrimas corrían por sus mejillas, hasta que logró superar la inmensa emoción que lo embargaba.

Pero más allá de lo ocurrido ese día, se había producido otro hecho fundamental: estaba el camino pavimentado para plantearle la continuación de las memorias, ahora bajo la coordinación profesional de Ascanio. Cuando conversé con don Raúl acerca de esta posibilidad, mientras comentábamos con alegría lo que había ocurrido el día de la presentación del libro, y yo le mostraba las fotografías, él me mira fijamente a los ojos y me dice: “Podría ser”. Mi alegría fue inmensa puesto que se abría una puerta que podría culminar con la publicación de ellas.

Ascanio se reúne con el Cardenal y se ponen de acuerdo de cómo llevar adelante tan ambicioso proyecto. Entre ellos surgió una sintonía muy intensa que permitió que se entendieran y que vibraran juntos a fin de hacer posible que un día se editaran las memorias de este sacerdote, quizás el pastor más influyente y valiente de la Iglesia Católica Chilena en toda su historia. Después de esa reunión, Ascanio me solicita que para una mayor transparencia, converse con el director de “La Época”, Emilio Filippi y le cuente lo que estaba ocurriendo con las memorias, ya que él pensaba utilizar el equipo de periodistas y administrativo del diario, a fin de disponer de apoyo profesional para el desarrollo de ellas, puesto que no se disponía de financiamiento alguno para este trabajo de tanta envergadura.

Mi conversación con Emilio fue muy grata, ya que nos une una gran amistad, forjada en tantos años difíciles en que este gran periodista se jugó por la libertad de expresión en Chile, en los terribles momentos en que la censura y el control de todos los medios por parte de la dictadura, tenían acallada a la prensa chilena y a

sus periodistas, quienes, obligados algunos por las circunstancias de aquel entonces, y muchos otros obsecuentes o comprometidos con la dictadura, escribieron las páginas mas oscuras del periodismo chileno. Emilio ha sido un ejemplo de consecuencia. Su nombre, junto al de Ascanio, Juan Pablo Cárdenas, José Carrasco, Fernando Paulsen, María Olivia Monckeberg, Marcia Scantlebury, Abraham Santibáñez y tantos otros que se me escapan, debieran estar en el libro de oro de quienes no claudicaron, en ningún momento, a los principios fundamentales de un periodismo honesto y limpio al servicio de la verdad y de la comunidad.

Le conté en detalle a Emilio el proyecto de las memorias y la participación de Ascanio y su equipo en ellas, ante lo cual se pronunció muy favorablemente desde un principio, pero indicándome que para hacerlo posible era necesario que don Raúl aceptara a que se publicaran los capítulos en fascículos coleccionables del diario “La Época”, de la misma forma que se había hecho con el trabajo de Ascanio en la “Historia Oculta del Régimen Militar” y en forma previa a la edición de las memorias.

Al conversar con don Raúl acerca de esta posibilidad, él la acepta de inmediato y así quedó sellado un acuerdo que permitió resolver el impasse por lo que sus memorias pudieron concretarse.

El trabajo de Ascanio fue arduo y él y su equipo de “La Época” hicieron un esfuerzo muy elogioso desde todo punto de vista. Yo por mi parte, estaba atento a todo lo que Ascanio podía requerir tanto en documentos como en fotografía, y también con invitaciones a almorzar a la casa de don Raúl a diversas personas que habían protagonizado, junto al Cardenal, los hechos que enhebrarían la trama de las memorias trabajadas por Ascanio en permanente vinculación con don Raúl, quien entregaba su visión de los hechos y revisaba con esmero cada capítulo que se iba redactando en primera persona.

Recuerdo el día en que el Cardenal revisó los mismos dos capítulos en los que se relata su infancia junto al Maule. Ahora los estaba leyendo en su escritorio ubicado en el segundo piso de su casa de Los Pescadores. Cuando fui a verlo, para indagar que le había

parecido el trabajo de Ascanio, me mira en forma pícara y me dice: “Ahora sí que soy yo”.

Los primeros facsímiles aparecieron en el diario “La Época” en el año 1987. El Cardenal seguía recibiendo el obsequio de los dos periódicos y celebraba mucho la forma en que se iban publicando los capítulos, ya que ellos aparecían con una gran cantidad de fotografías que Ascanio y su equipo habían logrado reunir. Don Raúl cuando había revisado los capítulos, éstos no contenían las fotografías que aparecían en el periódico. Ciertamente que él se sentía muy feliz por la publicación y por supuesto yo también.

El primer volumen de tres que se habían planificado con Ascanio, se presentó en el Centro de Extensión de la Pontificia Universidad Católica de Chile el año 1991, cuando ya se había recuperado la democracia y el amigo de don Raúl, don Patricio Aylwin Azócar, era ya Presidente de Chile. Hablé personalmente con don Patricio y le solicité que fuera él quien presentara el primer tomo de las Memorias. Por cierto que aceptó de inmediato, y así me dediqué a organizar su presentación. El Cardenal se sintió muy honrado por este hecho tan significativo, que fuera el propio Presidente de Chile quien le rindiera un homenaje a su valentía de pastor ante más de mil invitados. Don Patricio, el mismo día que asumió la Presidencia de Chile, en un hermoso acto en el Estadio Nacional, donde se reunió con emoción el pueblo de Chile a aclamar la democracia y a su líder, al referirse al Cardenal Silva en su discurso, lo describió como “ese hombre bueno y justo”. El pueblo de Chile reunido en el Estadio Nacional, en el mismo estadio que sirvió de cárcel y centro de tortura a los primeros presos políticos de la dictadura, el mismo estadio que visitó don Raúl días después del golpe, para llevar un mensaje de esperanza y solidaridad de la Iglesia a los que sufrían los primeros horrores de la dictadura, el mismo estadio en el que el papa Juan Pablo II, al dirigirse a miles de jóvenes chilenos, apuntó con su índice el rostro de Jesús en una pantalla gigante, gritándoles “Miradlo a Él”, en ese mismo estadio donde habían ocurrido tantos hechos importantes de la vida nacional, el pueblo de Chile al escuchar las palabras de su presidente en democracia, refiriéndose al Cardenal como lo hizo, se levantó en un solo y estruendoso aplauso, mientras

las gargantas gritaban a todo pulmón: “Raúl, amigo, el pueblo está contigo”.

Fue muy emocionante ese día de la presentación del primer tomo de las memorias. El rector de la Universidad Católica, Juan de Dios Vial Correa, estuvo en el estrado principal junto al Cardenal Oviedo, el Presidente Aylwin, el Cardenal Silva, Ascanio Cavallo y yo, siendo él quien le da la bienvenida a esa universidad, con la cual había tenido tantas dificultades en el período del rector delegado militar, el Almirante Jorge Swett Madge, hasta tal punto que se había sentido obligado a suspender su cargo de Gran Canciller, tal como se ha relatado en el primer capítulo de este libro.

Cuando el primer tomo de las memorias estaba listo, había que pensar en quien podría ser el diseñador de las portadas. Entonces se me ocurre la idea de solicitarle al destacado artista y pintor nacional, don Nemesio Antúnez, que fuera él quien hiciese el diseño. Le comento a don Raúl esta posibilidad y la aprueba de inmediato. En esos momentos, ya restablecida la democracia, Nemesio Antúnez había sido designado director del Museo de Bellas Artes. Le solicito una entrevista y me recibe en ese hermoso palacio; le cuento el motivo de mi solicitud y él accede de forma inmediata, pero a continuación me dice que para poder saber como enfrentar el diseño, le gustaría conocer el contenido de los tres tomos de las memorias. Le explico que aún no se encontraban totalmente listas pero que sí podía señalarle qué aspectos de la vida de don Raúl abarcaría cada uno de ellos.

Después de escucharme atentamente me señala que le dé un tiempo para pensar y que lo llame en unos 15 días más. Una vez transcurrido ese tiempo lo llamo por teléfono y me dice que tiene un primer borrador, y que puedo pasar a buscarlo a su oficina. Llego donde él y me extiende una acuarela con las dimensiones de las tapas de la memoria que yo le había entregado, incluidas las solapas y el lomo con la dimensión del grosor del primer tomo. Nemesio se había preocupado de doblar la cartulina como si fuera el libro de verdad. Esta situación lo obligaría a rehacer su acuarela, puesto que al doblarla, la imprenta no podía replicarla a la perfección, apare-

ciendo en la fotografía esos dobleces. Es por ello que existen sólo dos originales de esas acuarelas, la primera con las marcas de los dobleces que está en poder de mi hijo Claudio y la segunda, que está debidamente enmarcada sin ningún doblez y se encuentra en mi casa de Las Cruces.

Al extender su trabajo ante mi vista, Nemesio me señala que ha querido mostrar la vida de don Raúl mediante colores de acuarela que vayan representando su intensa vida relatada en las memorias. En el tercer tomo de las memorias relato esa conversación de la siguiente forma:

Nemesio Antúnez: Sociedad Ediciones Copygraph desea rendir un sentido homenaje de gratitud a don Nemesio Antúnez, autor de las acuarelas de cada una de las portadas de los tres tomos de estas Memorias.

El propio don Raúl decidió que fuera don Nemesio el artista que diseñara las portadas.

Cuando fui a recibir el trabajo realizado, don Nemesio me relató el sentido de las portadas. En una reunión anterior, en el Museo de Bellas Artes, me interrogó profusamente acerca de las Memorias y así pudo conocer los períodos de la vida del señor Cardenal que abarcaba cada tomo. Cuando me entregó las acuarelas, me expresó que los colores de ellas en cada tomo, representaban la vida de don Raúl.

Así, en el primer tomo los colores blanco con azul y blanco con amarillo, representan el cielo de donde llega el niño Raúl y su incorporación al sacerdocio representado por los colores blanco con amarillo que representan la intensa vida sacerdotal del señor Cardenal, dando paso luego a los colores blanco con gris, para simbolizar los difíciles momentos vividos por la patria en la década de los setenta. En este tercer tomo, dominan los colores blanco con gris que intentan, junto con el relato de sus memorias, representar los oscuros tiempos en que por muchos años tuvo que dar testimonio a favor de tantos chilenos que sufrieron la opresión. Por último, surgen nueva-

mente los colores blanco con azul, que representar la tarea cumplida y el cielo azul eterno, en donde Dios espera a este hombre ejemplar.

Don Raúl quedó muy contento al saber cómo Nemesio Antúnez había resuelto el diseño de las portadas.

Algún tiempo después de la presentación del primer tomo y estando conversando con don Raúl, le cuento que Nemesio Antúnez se encontraba gravemente enfermo de un cáncer y que le quedaba muy poco tiempo de vida. Entonces el Cardenal me dice: “Quiero ir a verlo y darle personalmente las gracias por su generosidad de diseñar las portadas sin pedir nada a cambio”.

Hablo con Nemesio en su casa de Pedro de Valdivia Norte y con emoción me dice que se sentirá muy honrado con la presencia de don Raúl en su casa. Convinimos día y hora. Así, una mañana del mes de marzo (dos meses antes de su muerte) pasé a buscar al Cardenal a su casa y fuimos juntos en mi automóvil a visitarlo. Ambos se saludan con efusión. El aspecto de Nemesio ya acusaba su enfermedad. Nos sentamos en el living de su casa iniciándose una conversación muy fluida y amistosa. El Cardenal le agradece el trabajo de diseño de las portadas y Nemesio le responde que nada tiene que agradecerle y que muy por el contrario era él quien tenía que agradecer a don Raúl por su valentía y coraje al defender a los que sufrían la persecución y la violación a los derechos más fundamentales de la persona en tiempos de la dictadura. Don Raúl respondió que lo que él había hecho era lo que correspondía hacer a todo aquel que quería seguir a Jesús y su Evangelio, agregándole que en la parábola del buen samaritano se encontraba el compendio de la palabra de Jesús sobre los derechos de la persona.

Después de un buen rato de conversación en la cual don Raúl le preguntó acerca de su salud, llegó el momento de la despedida. Nos levantamos los tres y entonces don Raúl lo abraza y le dice: “Rezaré por usted”. Nemesio Antúnez le responde que él es agnóstico a lo cual don Raúl le dice “usted también es un hijo de Dios aún cuando usted no crea en Él”. Nemesio le responde: “Señor Cardenal al ver lo que usted hizo por Chile, a nombre de la Iglesia y de Dios, he pensado

que si usted ha mostrado tanta fuerza y valentía es que quizás exista algo más después de esta vida”. Y entonces el Cardenal con emoción le dice: “Si usted está pensando en ello es que usted ya se ha convertido” y levantando su mano derecha le dio la bendición diciéndole posteriormente: “Usted ha sido un hombre bueno, Dios lo premiará”.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Nemesio y también en los míos. Poco tiempo después, en mayo de 1993, estaría muerto.

Nemesio pensaba que tenía que hacer una acuarela por cada tomo. Sin embargo, la imprenta salesiana que actuó sólo como impresora de la Memorias, me señaló que ello no era necesario, ya que se podían cambiar los colores de la acuarela primitiva sin necesidad de volver a dibujarla. Así, el segundo tomo apareció con los colores conversados con Nemesio, en donde priman los colores blanco con amarillo, apareciendo en la parte baja de la acuarela, los colores grises evidenciándose así el inicio de uno de los tiempos más oscuros de nuestra historia patria.

Este segundo tomo se presentó en el Colegio Salesiano Patrocinio de San José. Le pedí a Eduardo Frei Ruiz-Tagle que hiciera la presentación oficial, a lo que él accedió con gran entusiasmo. Eduardo había conversado con don Raúl tiempo atrás, cuando pensaba dedicarse a la política y le pidió consejo, en consideración a la profunda amistad que habían cultivando don Raúl con su padre, Eduardo Frei Montalva. Don Raúl alentó a Eduardo a seguir el ejemplo de su padre, un incansable luchador por la justicia y la promoción del pueblo chileno. Al momento de esa conversación, Eduardo era socio de la exitosa empresa Sigdo Koppers la cual mostraba excelentes resultados económicos y enormes perspectivas de futuro como quedó comprobado posteriormente. Entonces, Eduardo, estimulado por el señor Cardenal, decide dedicarse por entero a la política y vende su participación en la empresa. Con ello daba un ejemplo inequívoco de que no es compatible la política, con la propiedad de importantes empresas nacionales.

Este segundo tomo apareció a la luz pública en noviembre de 1991, o sea muy poco tiempo más tarde que el primero. Mientras

tanto, Ascanio seguía incesante en su trabajo de elaboración, junto a don Raúl, del tercer tomo, el cual incluía en sus páginas buena parte del oscuro período del gobierno militar.

A raíz de una diferencia muy importante de gestión universitaria con el entonces rector delegado, el almirante Jorge Swett Madge, situación que se relató en un capítulo anterior.

Este tercer tomo fue el más complejo y difícil de construir. El señor Cardenal no deseaba que su testimonio de vida y su acción de pastor en esos períodos tan complejos de la historia patria, pudieran herir a sectores políticos que en esa época marcaron un período de antagonismo e intolerancia muy profundos. Don Raúl revisaba con gran cuidado, cada uno de los capítulos de este tercer tomo y fue sin duda el que requería de mayor tiempo de elaboración.

Se había convenido que las Memorias concluían justamente en la época que se recuperaba la democracia y la plena vigencia del respeto a los derechos humanos, por los cuales tanto había luchado don Raúl. Al término de la dictadura, en marzo de 1990, don Raúl tenía la edad de 82 años, y hacía más de seis años que era emérito o jubilado como él decía cuando le preguntaban qué significaba lo del emérito.

El tercer tomo de las Memorias se concluyó en el mes de abril de 1994. Todo el trabajo entregado por Ascanio fue revisado y aprobado por don Raúl; entonces le digo que estábamos en condiciones de editarlo en forma inmediata. El señor Cardenal medita un momento y después me dice: “Pienso que sería mejor que no lo publiquemos todavía quizás lo que digo en este tercer tomo podría herir a alguien”. Yo le argumenté señalándole la importancia histórica de publicarlo y que era necesario hacerlo de inmediato y así dejar concluida una obra de tanto significado para la Iglesia y para Chile. No pude convencerlo, por lo que hablé con el padre Gustavo Ferraris, para que me ayudara en la tarea de convencerlo puesto que de esperar, como lo quería don Raúl, hasta después de su muerte, se podía perder el alto significado humano y religioso de su valiente postura de defensa de aquellos que fueron torturados, masacrados

o asesinados por una dictadura implacable que causó tanto dolor y sufrimiento. Don Raúl y la Iglesia Católica fueron la voz de aquellos que no tenían voz, en tiempos en que muchos no creían en el terrorismo de Estado e incluso, negaban airadamente que las manos de los militares chilenos se encontraban manchadas de sangre inocente o que abusaran del poder causando tanto dolor y muerte.

Durante mucho tiempo intenté convencer a don Raúl que diera la autorización para publicar el tercer tomo. Conversé con muchos amigos comunes a quienes se les invitaba a la casa de calle Los Pescadores, a fin de que me ayudaran a convencerlo de la conveniencia de imprimir el tercer tomo. Finalmente accede, pero pone algunas condiciones, ya que él no deseaba que se hiciese ninguna presentación pública de ese tomo y que la fecha que se entregara en librerías no fuese cercana a alguna elección política, de manera que no hubiese posibilidad de que se mal interpretara la aparición de sus Memorias, con alguna intención de influir en el resultado eleccionario. Así, pudo finalmente aparecer publicada la última parte de sus Memorias en el mes de septiembre de 1994.

Recientemente, el 9 de abril de 2007, el mismo día que se cumplían 8 años de su fallecimiento, se hizo la presentación pública de los tres tomos. El acto se realizó, otra vez, en el Centro de Extensión de la Pontificia Universidad Católica de Chile. El evento fue organizado por mí y contó con el apoyo de la Fundación Cardenal Silva Henríquez, la Pontificia Universidad Católica de Chile, la Universidad Católica Raúl Silva Henríquez, la Fundación Aldea de Niños Raúl Cardenal Silva Henríquez y la Editorial Copygraph.

El homenaje fue magnífico. Hicieron uso de la palabra los ex presidentes de Chile don Patricio Aylwin Azócar, don Eduardo Frei Ruiz Tagle y don Ricardo Lagos Escobar. Además asistió la Presidenta de la República señora Michelle Bachelet Jeria, el presidente de la Conferencia Episcopal de Chile monseñor Alejandro Goic, también dirigieron algunas palabras el editor don Ascanio Cavallo y yo.

Estuvieron presentes el Cardenal Arzobispo Francisco Javier Errázuriz, el obispo Fernando Chomali, monseñor Tomás Gon-

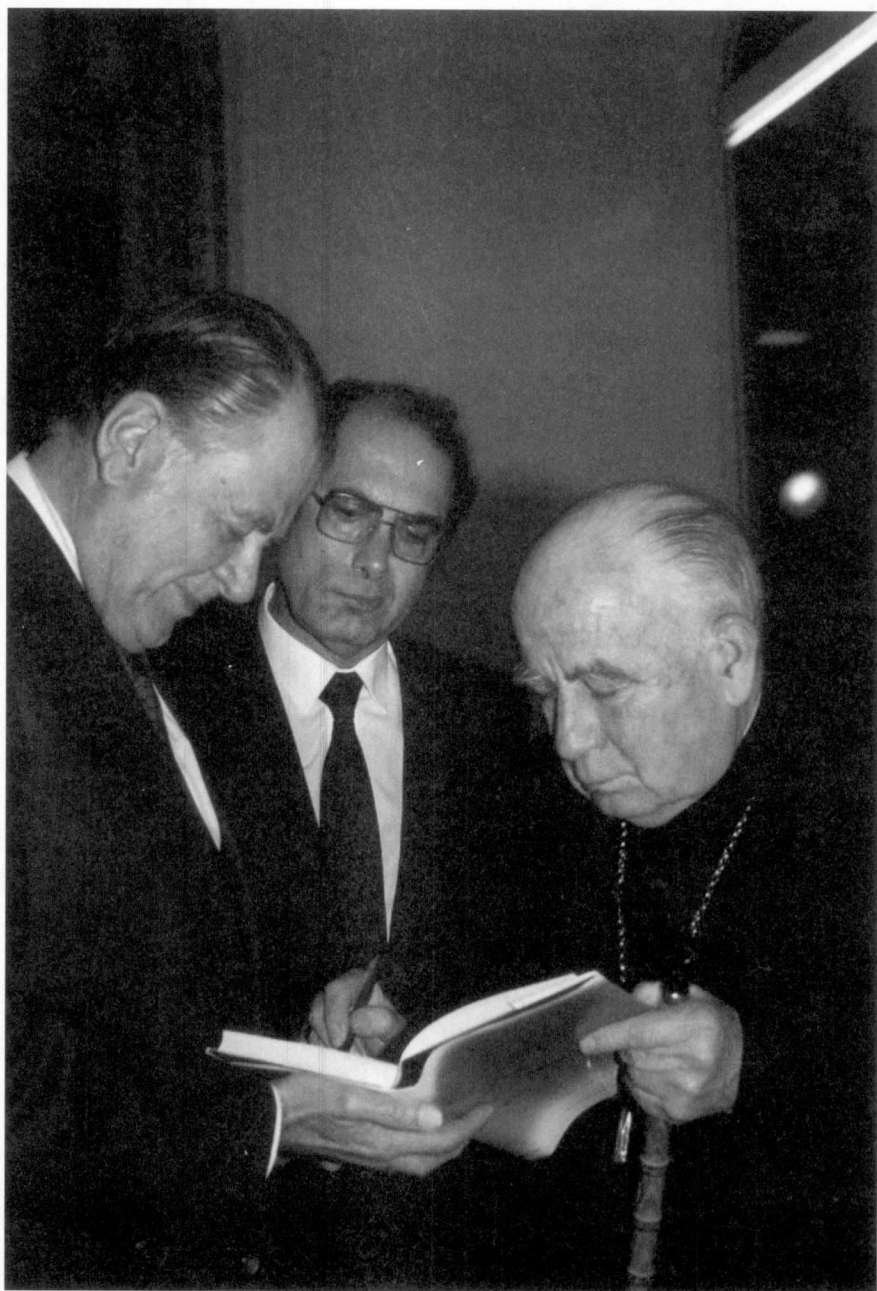
zález y monseñor Andrés Arteaga. Estaba también presente la única representante de los Silva Henríquez, la hermana de don Raúl, la señora Clementina. Ministros de Estado, senadores, diputados, subsecretarios, jefes de servicio, dirigentes sindicales, empresarios, políticos, representantes diplomáticos, congregaciones de religiosos y religiosas, sectores de universidades, directores de colegios y en fin, una multitud de más de mil personas que escucharon con recogimiento los testimonios que dieron cuenta de la vida y acción del querido y recordado Cardenal Silva.

El Cardenal Tarcisio Bertone SBD, secretario de Estado Vaticano, envió un caluroso mensaje de adhesión desde la Santa Sede. Lo mismo hizo el recién nombrado arzobispo de Concepción, monseñor Ricardo Ezzati, presidente de la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez. El padre inspector salesiano, Natale Vitali, fue el encargado de leer las hermosas palabras que llegaban desde Roma y Concepción.

Muchos fueron los mensajes de adhesión que llegaron en esa oportunidad. Deseo destacar el enviado por Pablo Cabrera, embajador de Chile ante la Santa Sede, quien envió también desde Roma un saludo muy emotivo, recalcando las enormes condiciones humanas y de fidelidad al Evangelio demostrado por don Raúl, en tantos años de acción pastoral.

La extraordinaria Orquesta de Niños del Colegio de los Sagrados Corazones de Manquehue, dirigida por don Ricardo Lobos, fue la encargada de amenizar el acto. Los pequeños niños se robaron el corazón de los asistentes, por la belleza y sincronización con que deleitaron a los presentes. Más de 60 pequeñuelos dieron un concierto muy hermoso, que provocó grandes aplausos por parte de los importantes invitados.

Pero quien más aplausos recibió fue don Raúl, ya que todos los oradores expresaron con sentimientos muy profundos, la gigantesca tarea del Cardenal Silva, de don Raúl y su enorme repercusión en todos los chilenos, de cualquier religión o de cualquier posición política.



Dedicándole el Primer Tomo de sus Memorias en la Universidad Católica, en 1991, al Presidente de la República don Patricio Aylwin.



Acto de Presentación del Primer Tomo de las Memorias en la Universidad Católica, acompañado por el Rector Juan de Dios Vial, el Presidente de la República don Patricio Aylwin, el Cardenal Carlos Oviedo y Reinaldo Sapag. Junio de 1991.



Don Raúl no pudo contener las lágrimas en el Acto de Presentación de los Te Deum en el Régimen Militar. Rodeado por Monseñor Ezzati, Reinaldo Sapag y Máximo Pacheco. Agosto de 1988.



Otro momento en ese mismo acto



El senador Eduardo Frei y Reinaldo Sapag, el día que Frei presenta el Segundo Tomo de las Memorias en diciembre 1991.



Presentación de los Tres Tomos de las Memorias en la Universidad Católica. Los ex presidentes Aylwin, Frei y Lagos, más la Presidenta Michelle Bachelet, monseñor Alejandro Goic y los responsables de la edición Ascanio Cavallo y Reinaldo Sapag, 9 de abril de 2007



Otra toma en la misma ocasión.

CAPÍTULO VII

VEN DULCE MUERTE

Es un día viernes 9 de abril de 1999; la Pascua de Resurrección recién había sido el domingo 4, razón por la cual se estaba viviendo la semana de la resurrección. Me levanté temprano, puesto que tenía que dictar clases en la universidad. Me quedé conversando con mis alumnos un poco más de lo habitual, por lo que eran aproximadamente las 10:30 de la mañana cuando entregué mi carpeta de clase en la dirección académica. Allí me informan que tengo un llamado urgente de mi oficina.

Mi amigo, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, se encontraba en estado de coma en la Casa de Salud Salesiana que lleva por nombre Felipe Rinaldi, en honor a un santo sacerdote salesiano beatificado por su santidad Juan Pablo II el 29 de abril de 1990. El Cardenal Silva había asistido a esa ceremonia de beatificación en Roma, acompañado de los sacerdotes salesianos Carlos Alonso y Fernando Cifuentes. Curiosamente, estos tres participantes de la Inspectoría Salesiana de Chile en aquella ceremonia, se encontraban enfermos en la Casa de Salud ese 9 de abril de 1999.

Me apresuro a llamar a mi oficina a fin de indagar acerca de la urgencia de la llamada recibida. Mi secretaria me informa que el padre Augusto Aliaga, administrador de la Casa de Salud, me había llamado personalmente con el objeto de comunicarme que el estado de salud de don Raúl había empeorado significativamente. Desde el martes 6 de abril se encontraba en estado agónico, esperándose su muerte en cualquier instante. Sin embargo, don Raúl había mostrado una resistencia física admirable por lo que nadie se atrevía a pronosticar el momento en que ocurriría su deceso.

El informe que me entregan es apremiante, el tiempo de vida que le queda al señor Cardenal es mínimo, razón por la cual me dirijo de inmediato a calle Macul 5940, donde se encuentra ubicada la Casa de Salud.

A mi llegada, alrededor de las 11 de la mañana, observo que el señor Arzobispo de Santiago, monseñor Francisco Javier Errázuriz, está rodeado de periodistas a la salida de su visita a don Raúl.

Con el corazón latiéndome con fuerza entré en la Casa de Salud en busca del padre Augusto Aliaga, con el fin de poder saber algo más del estado de salud de don Raúl. Mi amigo, compadre y diácono, Enrique Palet, me había informado la noche anterior que Iván Radovic, también amigo y gran colaborador de don Raúl, había asumido la función de recibir a las visitas en el salón, procediendo a informarles de la situación del enfermo, o a llevarlos a que pudieran verlo en su estado de inconsciencia, que ya se prolongaba por cuatro días. Afortunadamente, apenas me asomé por el pasillo pude ver a lo lejos a Iván junto al padre Augusto. De inmediato me hacen señas para que me acerque a ellos, lo que hago a paso apresurado. Me recibieron informándome que la situación era gravísima y que el deceso podría producirse en cualquier momento. De inmediato me invitaron a pasar a verlo.

La puerta de acceso a la habitación N°11 se encontraba semiabierta. Entro y observo al señor Cardenal recostado hacia su izquierda. A ese lado de su cama se encontraba una de sus hermanas, Clementina, quien con el rostro ensombrecido por la angustia, acariciaba la mano derecha de su querido hermano, en la que se enrollaba un rosario de color marrón. Al otro lado de la cama se encontraba Anita, la otra hermana de don Raúl.

Desde la puerta de acceso quien se encontraba más cerca era Anita. Me arrodillé a su lado confundiéndonos ambos en un abrazo emocionado en donde se entremezclaron nuestras lágrimas. A pesar de mi gran dolor, me sentí muy feliz con las expresiones de cariño de Anita quien hizo hermosos recuerdos de la compañía que mi familia y yo le habíamos brindado a don Raúl en 28 años de amistad. Real-

mente me sentí muy conmovido por esas palabras tan hermosas que provenían del corazón de esta generosa, bondadosa y sencilla mujer a la que siempre he admirado.

Después de unos minutos a su lado, me acerqué a la señora Clementina y arrodillándome a los pies de la silla donde ella se encontraba sentada, nos mantuvimos abrazados por algún tiempo. Nos apretamos las manos mientras las lágrimas corrían por nuestras mejillas. La señora Clementina había estado permanentemente junto a don Raúl, incluso la noche anterior se había quedado a alojar en la Casa de Salud ante la posibilidad de que falleciera durante el transcurso de ella. Con abnegación y con entrega infinita, acompañó a su hermano durante toda la crisis, rezando junto a él y procurando que su trance final fuese tranquilo, sin dolores ni sufrimientos.

Como el señor Cardenal se encontraba recostado hacia ese lado, pude observar su querido rostro en forma directa. Noté que su respiración era dificultosa a pesar de que se encontraba auxiliado con una válvula que le proporcionaba oxígeno en forma directa y permanente, colocada en su nariz.

Su mano izquierda se encontraba conectada con el suero que se le estaba proporcionado, por lo que sólo podía tomar su mano derecha a fin de acariciársela. Durante un buen rato permanecí de rodillas junto a don Raúl y la señora Clementina, observando el rostro sereno y pacífico del señor Cardenal. Después de unos quince minutos me levanté y salí al pasillo en donde se encontraban los familiares de don Raúl, quienes estaban esperando el desenlace de la situación.

Con mi apuro por ver a don Raúl, no me había acercado a ellos a mi entrada al recinto. Ahora, después de haberlo visto, me dediqué a saludarlos y conversar con ellos. Allí se encontraban Claudio Silva, hijo de don Octavio Silva Henríquez y su señora Adriana; también estaba la madre Mariana Silva de la Congregación del Amor Misericordioso, Florence Hudson Silva, hija de la señora Clementina y su esposo Samuel Santa Cruz, Lilian Hudson Silva, también hija de la señora Clementina y su esposo Carlos Moreira, la religiosa

Amelia Silva Encina (Amelita), María Elena Valenzuela, hija política de Anita Silva Henríquez, Teresita y José Valenzuela Silva, hijos de la señora Anita, Francisco Javier del Solar, sobrino nieto de don Raúl y Lucía Silva.

Compartí con ellos, preguntándoles por sus familias y conversando acerca de don Raúl. Me alegré mucho cuando María Elena, la hija política de Anita, me contó que la noche anterior habían visto una entrevista que me hicieron en un canal de televisión acerca de la obra de don Raúl y su perfil humano. Me señaló que todos habían estado muy de acuerdo en que mis expresiones reflejaban con mucha fidelidad la real dimensión humana y religiosa de don Raúl, y que la semblanza que yo había hecho acerca de la acción pastoral del Cardenal, les había reconfortado a todos y en especial a Anita. Por mi parte, le señalé que si algo bueno había resultado de esa entrevista se lo debía al Espíritu Santo ya que a él le rogué con fervor que me ayudara y me iluminara a fin de que mis palabras tuviesen la virtud de expresar con fidelidad el verdadero sentido profético de la acción pastoral de mi amigo el Cardenal.

De pronto, la madre Mariana Silva recuerda que en la capilla se estaba celebrando la misa de todos los días a las 11:30 horas.

Partimos a la capilla, junto a varios de los familiares. Llegamos cuando se iniciaba la consagración. La misa la oficiaba el padre Carlos Weiss, muy querido amigo de mi familia, quien se ordenó sacerdote junto a don Raúl en Turín, el 3 de julio de 1938.

Los rostros de los sacerdotes que viven en la Casa de Salud y que asisten a la eucaristía diaria -tan entregados a Dios- contrastaban con los de los familiares y los nuestros. Ellos, en serena espera de su encuentro definitivo con el Señor, observan este paso trascendente del señor Cardenal como el gran premio a su fecunda vida de pastor. Un paso muy bien ganado al cielo eterno, a la contemplación eterna del rostro de quien estos padrecitos tanto aman, el de Jesús, el buen Pastor que cuida de sus ovejas. “Yo soy el camino, la verdad y la vida, quien cree en mí, aunque muera, no morirá jamás”. Los rostros nuestros, sintiendo el dolor de la pérdida puesto que ya no lo veríamos

más, aunque tuviéramos también la certeza de que el señor Cardenal estaba dando el gran paso por el que luchó toda su vida: el paso al reino de los cielos, al reino prometido. Tantas veces me había dicho el señor Cardenal que para llegar a Dios había que amar al prójimo. Una vez me señaló que el compendio de su acción pastoral como sacerdote se centraba en la parábola del buen samaritano. San Lucas es el único evangelista que relata esta parábola de Jesús, de la siguiente manera: Se levantó un maestro de la ley y, para ponerlo en apuros, le dijo: “Maestro. ¿Qué debo hacer para conseguir la vida eterna?”. Jesús le dijo: “¿Qué dice la Biblia? ¿Qué lees en ella?”. Contestó: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con todo tu espíritu; y a tu prójimo como a ti mismo”. Jesús le dijo: “Tu respuesta es exacta, haz esto y vivirás”.

Pero él quiso dar el motivo de su pregunta y dijo a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?”.

Jesús empezó a decir: “Bajó un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de bandidos que lo despojaron de todo. Y después de haberlo molido a golpes, se fueron dejándole medio muerto.

Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote, quien al verlo pasó por el otro lado del camino y siguió de largo. Lo mismo hizo un levita que llegó a ese lugar, lo vio, tomó el otro lado del camino y pasó de largo.

Pero llegó cerca de él un samaritano que iba de viaje, lo vio y se compadeció. Se le acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó. Después lo puso en el mismo animal que él montaba, lo condujo a un hotel y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al hotelero, diciéndole: “Cuídalo. Lo que gastes de más yo te lo pagaré a mi vuelta”.

Jesús entonces preguntó: “Según tu parecer, ¿cuál de estos se portó como prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores? El contestó: El que se mostró compasivo con él”. Y Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo”.

La caridad de Cristo nos urge, o dicho de otra forma: el amor de Cristo nos urge. Nos urge a ayudar al desvalido, al desamparado, al campesino sin tierra, ni previsión ni futuro, al niño abandonado, al joven que necesita formación y al trabajador al que no se le respetan sus derechos, a los sin casa, a los pequeños empresarios agrícolas o urbanos que necesitan de apoyo financiero para poder surgir y tener una vida más digna, a los torturados, a los que perdían su libertad por pensar distinto, a los desaparecidos por la acción de un gobierno que no respetaba los derechos mas elementales de la persona. Todo esto lo vio el señor Cardenal en su patria, y no pasó de largo. Su corazón se compadecía con el que sufre, se urgía justamente por amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza y con todo su espíritu. Y ese amor necesariamente tenía que proyectarse en el prójimo, en todos los chilenos que sufrían por cualquier causa. Eso era para él lo importante: los niños, mujeres y hombres de su patria. Para eso estaba entregando su amor a Dios. Su oración de todos los días al Padre de los Cielos se centraba en poner su alma, su corazón, su fuerza y su espíritu en el servicio al hombre, cualquiera fuere su posición social o política. Su oración y su prédica nos imploraba con vehemencia: “No podemos pues invocar a Dios, Padre de todos, si renunciamos a conducirnos fraternalmente hacia todos los hombres creados a imagen de Dios”. En otra oportunidad, con serenidad de rostro y de alma nos diría con lágrimas en sus ojos: “Vuestro pastor sólo quiere servir a todos, y muy especialmente a los pobres, a los humildes, a los que sufren. Si logra enjugar una lágrima, mitigar un dolor, aunque esto sea a costa de grandes incomprensiones, se sentirá feliz”.

En todo esto pensaba mientras me encontraba de rodillas en la hermosa capilla de la Casa de Salud, al momento de recibir la comunión. A pocos metros agonizaba este hombre que había entregado con alegría y fecundidad su vida a los demás, a los que sufren. El mandato de Jesús al maestro de la ley, el Señor Cardenal lo había hecho vida: “Vete y haz tu lo mismo”.

En la capilla se encontraba también Ernesto Livacic y su esposa Betty Rojas, muy queridos amigos de don Raúl. Conversé un rato con ellos y con otras personas que habían asistido a la santa misa.

Posteriormente, me dirigí nuevamente a la habitación del señor Cardenal. En el pasillo, justo frente a la puerta de la pieza, el padre Natale Vitali, inspector de la Congregación Salesiana, se encontraba conversando con el doctor Víctor Muñoz, quien esa mañana, en vista del agravamiento de la salud del señor Cardenal, había decidido quedarse en la Casa de Salud. Los días anteriores iba a visitarlo varias veces por día, entregaba su informe médico primero a los familiares y a la congregación y posteriormente a los periodistas, sin escribirlo previamente, para retirarse después a sus tareas médicas habituales.

Pude conversar posteriormente con el doctor Muñoz, quien me señaló que las capacidades físicas del señor Cardenal estaban llegando a su fin y que sólo cabía esperar.

En la habitación del señor Cardenal, que se encontraba con la puerta abierta, la situación se mantenía invariable. La señora Clementina observando sin parar el amado rostro de su hermano y, al otro lado de la cama, su otra hermana, Anita, acompañándolo con su silencio.

En ese instante, el padre inspector solicita un momento de atención y pide que todos se le acerquen al pasillo, frente a la pieza. Los familiares que se encontraban en el salón contiguo a la habitación de don Raúl salen al pasillo juntándose ahí con los que ya se encontraban frente a la pieza. Las hermanas salen también de la habitación de don Raúl y forman un ruedo junto al doctor Muñoz y al padre Natale Vitali. Este explica que apenas producido el deceso, se va a proceder a llevar el cuerpo de don Raúl a la Clínica de la Universidad Católica, con objeto de embalsamarlo. Expresa que en la Casa de Salud no existen las condiciones requeridas para llevar a cabo esta tarea. Solicita que se mantenga reserva de esta situación puesto que no se desea que los periodistas y él público en general se percaten de ello.

Manifiesta asimismo el padre inspector que inmediatamente producida la muerte, se haría un comunicado a la prensa indicando que la salida del cortejo hacia la Gratitud Nacional se efectuaría aproximadamente dos horas después. Era el tiempo requerido para

que se trasladara el cuerpo de don Raúl a la clínica y volviera a la Casa de Salud.

En los momentos que se hacían estos anuncios, me encontraba junto a Anita, la hermana menor del señor Cardenal, quien me agradece mis palabras de la noche anterior en el canal de televisión. Y a continuación me muestra una medalla de oro con la imagen de la Virgen María, la que colgaba en su pecho sujeta por una fina cadena del mismo metal contándome que se la había regalado su hermano Raúl con motivo de su primera comunión. Su generosidad –me dijo- siempre fue ilimitada. Él, con los ahorros de su exigua mesada como estudiante de derecho en la Universidad Católica, se sacrificó al máximo para regalarle esa medalla que la ha acompañado toda la vida.

A pesar de que todos sabíamos que la muerte de don Raúl podía ocurrir en cualquier momento, nadie podía asegurar la hora exacta en que ello ocurriría. Le pregunto a la señora Anita cuáles son sus planes, y ella me dice que al igual que el día anterior iría a almorzar fuera de la Casa de Salud y que por tanto nos encontraríamos en la tarde. La señora Clementina también se retira del lugar, pero ella se quedaría en el interior de la Casa de Salud y que por tanto nos encontraríamos en la tarde. El padre inspector, Natale Vitali se acerca a la señora Clementina y le invita a almorzar junto a él, la misma invitación le hace al doctor Víctor Muñoz, dirigiéndose los tres a los comedores de la Casa Salud.

Con el objeto de acompañar al señor Cardenal, entra a su habitación su sobrina Florence Hudson Silva y su hermana Lilian. También lo hace Iván Radovic quien se ubica frente a la cama del señor Cardenal, apoyado en la muralla frente a ella, al lado de la puerta que comunica con la habitación en donde en ese momento se encontraban algunos de sus familiares. Yo también ingreso a la pieza y me siento en la silla que antes había ocupado la señora Clementina, por lo que me encontraba frente a frente con el rostro tan querido de mi amigo el Cardenal. Poco rato después ingresa Amelita, la sobrina religiosa. Sin percatarme de su presencia, yo continuaba sentado en esa posición cuando una enfermera de la Casa de Salud me pide que

le deje la silla a la religiosa. Lo hice de inmediato trasladándome al lado izquierdo de la cama. Allí, me puse de rodillas y comencé a acariciar el hombro y el brazo derecho de don Raúl, quien me daba la espalda.

También estaba en la habitación la enfermera universitaria Fernanda López, quien estaba permanentemente al lado del señor Cardenal, saliendo sólo cuando las circunstancias así lo demandaban. En esta situación nos encontrábamos cuando ingresa el auxiliar paramédico Mario Gutiérrez, quien nos solicita que salgamos de la pieza puesto que era necesario cambiar de postura a don Raúl ya que se había mantenido por mucho tiempo inclinado sobre su costado izquierdo. Entonces, todos nos retiramos dejando al personal paramédico efectuar su tarea.

No habían transcurrido cinco minutos de los hechos relatados cuando sale el personal y nos indica que podemos ingresar nuevamente.

Ingresamos nuevamente a la pieza del señor Cardenal. Su sobrina Florence se queda de pie junto a la ventana, cerca de una mesita en donde se encontraba una radiocasete portátil. Ingresa la sobrina Lucía Silva quien se sienta en la silla al lado derecho de la cama, donde había estado Amelita. Lilian Hudson lo hace a la izquierda. Iván Radovic vuelve a ubicarse en su posición estratégica que le permitía observar todo lo que acontecía en el interior de la habitación. Yo, por mi parte, procedí a arrodillarme nuevamente al lado de Lilian.

Ahora, el señor Cardenal había cambiado de posición, y se encontraba inclinado hacia su derecha, por lo que quienes estábamos al lado izquierdo de su cama podíamos observar su rostro en forma directa. Su mano izquierda seguía conectada con el suero que su enfermera se preocupaba de regular de cuando en cuando. Su mano derecha continuaba rodeada por su rosario color marrón. Lilian desliza su mano debajo de la del señor Cardenal. Me encontraba así, arrodillado y rezando en silencio cuando Florence, de pie cerca de la ventana, toma un libro de oraciones y procede a leer en voz alta

la oración de la Buena Muerte, de San José. Todos los que estábamos allí procedimos a responder en voz alta los requerimientos de respuesta a que nos insta el oratorio. Lilian en un gesto de gran delicadeza, me toma la mano derecha, que yo tenía sobre la cama y me la pone encima de la del señor Cardenal. La mano de don Raúl se encontraba rodeada en su palma por la de Lilian y en su parte superior por la mía.

A las 13 horas con 35 minutos ingresa a la habitación Monseñor Tomás González, obispo salesiano de Punta Arenas, hoy Emérito, acompañado por tres de sus colaboradores.

De inmediato, me pongo de pie pensando que el padre obispo podría querer estar más cerca del señor Cardenal. Monseñor González se queda de pie frente a la cama, delante de Iván Radovic, quien se mantenía apoyado a la pared, en el mismo lugar. Después de una pequeña oración, Monseñor González se retira de la pieza con el grupo que lo acompañaba.

Entonces nuevamente me arrodillo al lado de don Raúl, volviendo a tomar su mano. Florence no había dejado de recitar las oraciones póstumas, mientras que por la radiocasete se escuchaba melodiosa la hermosa pieza musical de Bach titulada "Ven, dulce muerte". Cada vez que el casete llegaba a su fin, se volvía a colocar. Desde mi primer ingreso a la habitación, esa mañana, los sonos de Juan Sebastián Bach acompañaban a don Raúl en su lecho de muerte. En ese instante entra su sobrino Claudio Silva quien se ubica de pie frente a su cama.

La enfermera siempre muy diligente observaba todo lo que acontecía en su alrededor. Permanentemente preocupada de que el suero fluyera sin contratiempos, tenía todos sus sentidos puestos en que el señor Cardenal no tuviese sufrimiento alguno en su agonía. Hasta tal punto era su preocupación por él, que en un momento pensó que el peso de mi mano podría estar provocándole alguna molestia, ya que el rosario se encontraba presionado por ella. Entonces procede a correr el rosario para que así nuestro contacto no tuviera interferencias y por lo tanto no hubiera riesgo de que se presionara su mano.

En mi posición privilegiada podía observar a no más de un metro de distancia el querido rostro de don Raúl. Mi mano de vez en cuando lo acariciaba. Lo sentí algo helado, razón por la cual llamé a la enfermera y le dije que encontraba que la temperatura del cuerpo del señor Cardenal la sentía muy baja. Ella, profesionalmente, toca la frente y el cuerpo de don Raúl y me dice que no me preocupe puesto que la temperatura es normal.

Mientras tanto Florence continuaba con sus oraciones. Los compases de Bach seguían acompañando nuestra vigilia, mientras mis ojos llorosos no dejaban de observarlo. Durante todo el tiempo que estuve de rodillas junto a él, desfilaron por mi mente algunos de los tantos momentos vividos en conjunto en esos veintiocho años de amistad. Miraba con amor filial ese rostro tan querido que había aprendido a conocer tanto. El señor Cardenal ha tenido un significado extraordinariamente importante en mi vida. También la tuvo para muchos chilenos anónimos que hoy le agradecen hasta el infinito su bondad extrema. Han sentido su labor y su acción pastoral sin haber tenido la oportunidad de estrechar su mano, o conversar con él en su mesa. El señor Cardenal luchó y trabajó por su patria y por su pueblo con un amor a toda prueba, y eso el chileno lo siente y lo percibe y es la razón por la que este pueblo lo ama, lo admira y lo venera. Hombre de Dios, profeta de nuestra patria, un nuevo santo para Chile. En eso pensaba cuando levanté la vista y observé el cuadro que colgaba sobre la cabecera de su cama. La Virgen María con el niño Jesús en sus brazos. La María Auxiliadora que don Raúl tanto amó. Todos los días de su vida invocaba su nombre pidiendo su dulce intercesión: “María, auxilio de los cristianos, ruega por nosotros”.

En una conversación que tuviéramos tiempo atrás don Raúl me dijo: “No dudes nunca, en cualquier momento de tu vida, rezarle a la Virgen. Ella es la omnipotente intercesora. Con ella a tu lado siempre lograrás su apoyo incondicional”. Y agregaba: “El primer milagro de Jesús, en las bodas de Caná, se hizo porque la Virgen se lo pidió. En esa oportunidad Jesús contestó a su petición con dureza, diciéndole: “Mujer, ¿cómo se te ocurre? Aún no ha llegado mi hora”

Sin embargo, la Virgen María no se amilanó ante esa negativa tan categórica y le dijo a los servidores: “Hagan todo lo que él les mande”. Y Jesús, entonces, a pesar de sus dichos y de su negativa inicial, procedió a efectuar su primer milagro; no pudo ir en contra de los deseos de su madre”. Y luego el señor Cardenal me dijo: “¿Cómo no va a ser ella la omnipotente intercesora? No te olvides, ella es la omnipotente intercesora”.

Cuántos recuerdos pasaron por mi mente mirando el rostro sereno y agónico de mi amigo el Cardenal! Lo contemplo a él y a la Virgen con el niño que parecían custodiar su paso a la eternidad. No dejé de contemplarlo en ningún instante, tenía la plena conciencia que su vida se extinguía y que nunca más volvería a estar con él en esta tierra. Pero sabía que su espíritu se quedaba con nosotros, para iluminar nuestras vidas y el porvenir de esta patria que él tanto quiso.

Mis ojos tristes y llorosos observaban a este hombre tan querido en su lecho de muerte, entregado a las manos de su Dios a quien tanto amó. ¡Cuánta fuerza y tenacidad puso en todas las obras que emprendió!

“Gracias Señor por todos los trabajos que me has dado: en la vida religiosa, en el trato con mis hermanos, en el abandono de mi familia, en la dedicación a los niños pobres. Gracias”.

Mientras contemplaba su agotamiento, venía a mi mente su fuerza incontenible puesta al servicio de tantas actividades que hicieron posible que los hombres se entendieran y que no se dejaran influenciar por quienes pretendían llevarlos por los caminos torcidos de la violencia. “Me he visto en situaciones tan difíciles: decirles a los hombres que se amen cuando el odio les llena el corazón; decirles a los hombres que sean justos, -que le den a cada uno lo suyo- cuando la ambición los ciega; decirles a los hombres que sepan perdonar, cuando la venganza hierve en su corazón; decirles que sean mansos cuando quieren usar la violencia”.

¡Cuánta fuerza puso al implorar a los hombres que fuesen capaces de destruir el odio para así evitar que el odio mate el alma de Chile!

“Gracias, Señor, porque mi débil voz más de una vez ha hablado, ha sonado, ha suplicado”.

Y ahora sus fuerzas físicas se extinguían inexorablemente. Me daba cuenta de que su respiración era cada vez más lenta.

“¡Que difícil es, Señor, todo esto! ¡Qué difícil es entrar en la lucha de los hombres para apaciguarlos, para hacerles creer que amar es mil veces más hermoso que odiar, y que una vida, una ciudad, un estado, una nación no se construyeron sino con el amor!”

¡Cuánta fuerza para promover la paz entre Chile y Argentina!, porque “La guerra no puede existir entre dos países hermanos. Debemos buscar los caminos de la paz con sacrificios y con amor”.

“¡Paz, paz, nunca guerra! ¡Nunca unos contra otros!” Y se logró la paz.

Ahora, allí en ese lecho de muerte, este Cardenal, tan querido que había cumplido con creces el mandato de amor a Dios y al prójimo con toda su alma y con toda su energía, ya no le quedaban fuerzas, su vida llegaba a su fin.

“Más de una vez sentí a mi lado tu voz que me daba ánimos, que me decía: No tengas miedo. No seas cobarde. Sigue”.

Sí, su fuerza venía de lo Alto, venía de Dios quien se la entregaba con generosidad a este hijo predilecto.

“Yo quiero obrar por ti, quiero hablar por tu voz, quiero amar por tu amor”. “Gracias, Señor”.

Con cuánta tenacidad este hombre que ahora aparecía sin fuerzas y entregado a su Dios había luchado, levantando su voz para hacer escuchar a los que no tenían voz.

“Yo no sé si he sido capaz de hacerme oír.... Yo no sé si en esta patria nuestra que todos amamos y por la cual tú has puesto

en mi corazón un inmenso amor, mi voz ha sido capaz de sembrar semillas de bondad, de paz y de comprensión. No lo sé. El fruto no se debe al esfuerzo. Te lo debo a ti, Señor. Haz tú fructificar esta semilla, te lo pido humildemente”.

La vida corporal se terminaba en este hombre tan amado. Ya no había en él más fuerzas para entregar en esta tierra. Todo llegaba a su consumación después de cuatro días de agonía.

Quizás, esta lenta agonía en donde él no sufrió dolor alguno y tampoco se percató de lo que le estaba ocurriendo, constituía un nuevo regalo a su patria querida. Todos pudimos, ahora, mirar con objetividad su vida de servicio, su búsqueda incesante de la justicia, de la verdad, del perdón, de la solidaridad, de la bondad, de la generosidad, de la paz, de la formación de los jóvenes, del desarrollo intelectual, de la oración; su amor incondicional a Dios, a la Iglesia, al Papa, a sus sacerdotes y religiosas, a sus padres, a su familia, a los niños —en especial los de la Aldea de Punta de Tralca—, a los trabajadores que no se les reconocen sus derechos, y tantas y tantas acciones de amor a su prójimo y a todos los que sufren. ¡Cuánto nos entregó este hombre santo!

Don Raúl nos regaló cuatro días de agonía para que pudiéramos revivir y admirar la coherencia de su vida, de su obra y de su mensaje:

“No soy nada...
Tú no puedes querer, Señor,
que todo el esfuerzo de este hombre
que Tú llamaste a tu servicio,
sea inútil.

Por tu amor, por tu bondad,
haz que se cumpla la palabra
de tu sacerdote:
te pido que crezca el amor,
que llegue la comprensión,
que los hombres sean hermanos,

que se acabe la violencia,
que se termine la guerra.
Señor, te lo dice el pobre niño
que Tú llamaste hasta aquí,
y que ha dejado muchas cosas
por seguirte.
Tú no puedes dejar de responder a este llamado.
Tú eres mi Padre, Tú eres mi amor,
el único amor de mi vida.
gracias, Señor
por mi impotencia, por mi debilidad.
Te pido serte fiel siempre
A pesar de todo ello.
Te pido que me incline ante la verdad:
que yo la manifieste;
que no me deje vencer ni aun por el afecto
que yo les debo a los más pobres,
y a los más humildes;
que no me deje vencer por no ver la justicia;
que la vea, que la sirva,
aunque a veces sea doloroso el servicio,
el estar siempre a tu servicio.
Tú, Señor, eres el Camino, la Verdad y la Vida.
¡Déjame, Señor, seguir este Camino,
déjame vivir esta Verdad,
déjame llegar a esa Vida que me espera!

Te lo pido humildemente,
por el amor que yo siento.
Así sea”.

Ya no quedan más fuerzas para aspirar el aire necesario para vivir. Su vida se apagaba manifiestamente, estaba llegando a esa Vida que lo esperaba. La respiración se va haciendo cada vez más y más débil, hasta que finalmente en forma imperceptible, dejó de respirar. Entró en la resurrección del Señor, de su Señor. Su rostro tan querido se veía tranquilo y en paz. La paz de los hombres justos en su encuentro con el reino de los cielos.

Eran las 13 horas con 45 minutos. El Cardenal había muerto.

Su mano, ahora sin vida, seguía amorosamente aprisionada entre la de Lilian y la mía. Las lágrimas empezaron a correr incontenibles queriendo expresar la inmensa pena por la pérdida irreparable.

Iván Radovic que observaba la escena, sale con rapidez de la habitación; segundos antes lo había hecho la enfermera quien se había percatado de lo que estaba ocurriendo. Instantes después llegan la señora Clementina, el padre Inspector y el doctor Muñoz acompañados de Iván y la enfermera.

Soltamos la mano de don Raúl y nos retiramos de la habitación. A la salida me abracé con algunos familiares y posteriormente, llorando, me fui solo a la capilla de la Casa de Salud, me arrodillé frente al santísimo, en el mismo lugar que acostumbraba ocupar don Raúl en su silla de ruedas, puesto que durante su estadía en la Casa de Salud durante esos últimos años de su vida lo acompañamos con Sylvia, mi esposa, a la misa dominical y comencé a rezar diciendo: Ahora está contigo. Gracias Señor por habernos regalado a un hombre santo y bueno. Gracias Señor por haberme permitido compartir veintiocho años de amistad. Gracias Señor por todo lo que entregó a nuestra Patria y a los pobres. Gracias Señor porque él me enseñó a conocerte de verdad. Gracias Señor por haberme permitido estar junto a él en este instante supremo cuando él llega a tu presencia. Permíteme Señor ser fiel a tu mensaje y al de don Raúl. Dame vida nueva para servirte cada día más, para ser cada día mejor, para amarte con todo mi corazón, con todo mi espíritu, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Permíteme Señor ser digno de ti y de don Raúl.

Las lágrimas no dejaron de acompañarme en mi oración ante ese altar en que el Señor Cardenal había orado todos los días durante más de cuatro años, como tampoco han dejado de acompañarme ahora cuando escribo estas vivencias.

Sé que estas lágrimas son propias de mi egoísmo. Llora porque no lo tendré más cerca de mí. Llora porque necesito aún de su presencia aunque sea en el silencio. Llora porque este amigo que

me abrió su corazón de par en par ya no estará junto a mí. Siempre su palabra santa y sabia me dio paz y me acercó a Jesús. Lloro porque mi amigo que tantas veces estuvo conmigo, ya no lo estará más para reconfortarme, para compartir la mesa con mi familia o, las golosinas con mis hijos y nietos, a los que tanto quiso.

Yo sé que él está junto al Señor y que seguirá guiándome desde el cielo. Sin embargo, y a pesar de ello, lloro por no tenerlo, lloro porque se ha ido. Mis lágrimas no son por él, que está gozando la dicha inmensa de estar junto al gran amor de su vida. Lloro por mí, lloro por mi orfandad.

Reinaldo Sapag Chain

